

R. PRIETO Y J. LÓPEZ DÓRIGA

SILUETAS OVETENSES



OVIEDO:

Imp. Asturiana.—Agustín Laruelo

1889





DOS PALABRAS.....



UN erudito escritor asturiano, Máximo Fuertes Acevedo, el diligente historiador de nuestro movimiento literario, me preguntaba en una de sus cartas, desde Badajoz:

—«Leo con gusto en *El Carbayón*, las SILUETAS OVETENSES. ¿Quiénes son los autores?»

Yo le dí los nombres de los amigos queridísimos, que figuran en la portada de este agradable libro, y aquel distinguido publicista, que registra con patriótico afán los escritos y trabajos de nuestros paisanos, se manifestó muy complacido con la obra y, como

II.

otros muchos, manifestó la conveniencia de coleccionar periódicamente aquellos artículos.

Tal es la historia de este pequeño volumen que ha de tener muchos lectores entre los buenos hijos del solar ovetense; y aunque la publicación no necesitaba introductor ó presentador para el público, es lo cierto, que los simpáticos autores quisieron que yo emborronase estas primeras páginas.

En ocasiones semejantes se busca una firma acreditada en la plaza de las letras, que garantice el documento; mas, como ahora nada de eso sucede, estoy seguro, segurísimo, que dirán lectoras y lectores:

—¿Y entonces porqué *prologuea* V?

La respuesta y explicación por mi parte no pueden ser satisfactorias.

No bastará decir que yo soy ó pretendo ser fino y correspondo al favor que se me hace; ó que, como *vecín* antiguo de *La Quintana*, puedo ser útil á su gente diciéndola quienes son los nuevos inquilinos. que con tanta gallardía adquirieron vecindad de preferencia; ó que, como padre y autor de *El Libro de Oviedo*, parto humilísimo de mi cerebro canicalvo ó calvicano, puedo tener algún título para decir á los de *Vetusta*:

— Ahí están reunidas las SILUETAS OVETENSES que tanto os complacieron en las columnas del popular diario asturiano; son únicamente sabrosa prueba de más y más sazonados frutos, que ofrecen cosechar en el dilatado y fértil campo de las cosas y casos ovetenses, nuestros amigos Ramón Prieto y José L. Dóriga. Como los artistas de fácil y rápido lápiz, que con acertadas manchas negras sobre fondo claro, indican exteriores contor-

III.

nos y trazan en silueta un acabado retrato. así ellos—lean ustedes las páginas siguientes, si no me creen por mi palabra honrada—pintaron y describieron á maravilla los puntos salientes de nuestras costumbres locales, y les bastó para tanto, tras de observación minuciosa, algunos rasgos airosos y pinceladas con gracia de su pluma bien cortada, como se dice siempre de las plumas, aunque ya no se cortan ni tajan, como en tiempos que pasaron.

Todo esto, pero dicho con más donosura, como lo dirían *Clarín*, *Armando. Saladino*, *Luís del Carmen*, *Pepe García* y no muchos más, lo escribiría aquí aquel señor, á quien Prieto y Dóriga debieron buscar y preferir para firmar un prólogo.

Por eso yo no le califico de tal y digo únicamente «dos palabras» al público pagano. Escúcheme éste con benevolencia, pues no he de entretenerle ó molestarle por mucho tiempo.

No vengo en son.... *de bombo*, ni he de decir que mis amigos son unos chicos guapos, porque ya no están para merecer, y uno y otro,—aunque yo les tomé la delantera por haber nacido antes,—caminan para Villavieja: he de callar que uno es abogado y otro médico. buenos padres de familia y cristianos viejos; ni siquiera he de decir que, en la ocasión presente y en esto de las SILUETAS, lo hicieron bien y escribieron mejor; y ¿qué más? no he de consignar aquí, que *ambos á dos* prestan un servicio á su pueblo pintando y fijando sus costumbres, poniendo, á veces, los puntos sobre las *ies*.

Pero porque calle todo esto y mucho más ¿se me puede exigir que calle otras cosas que tengo

IV.

en la punta de la lengua, que se me escapan de la boca en la ocasión presente?

A tanto no me obligo y, en cumplimiento de la misión que se me ha confiado, tomo parte —y parte buena— en los merecidos aplausos con que los vecinos *de la mió Quintana* recibieron y reciben las SILUETAS OVETENSES.

—Los pintores de costumbres escasean entre nosotros y es preciso acometer esta empresa,—me ha dicho en repetidas ocasiones Gumer-sindo Laverde Ruiz, eximio escritor, cuya aureola de gloria alumbra á un mismo tiempo la tierra de *dos Asturias* La de Oviedo, añadía aquel amigo doctísimo, está por ahora lejos de tener Truebas, Peredas, Fernán Caballeros, etc., que sorprendan y graven la vida de los pueblos; que reproduzcan en el libro su propio color y los cambiantes á través de nuevos usos: urge cultivar el *género* y apreciar el dulcísimo sabor de la *tierruca*: pintar elementos que pasan desapercibidos ó andan desparramados; examinar lugares y tipos, paisajes y paisanaje de la ciudad y de la aldea; y, en una palabra, acopiar materiales que han de tener algún día lugar muy apropiado y deleitoso.

Cuantos con algún cuidado estudien las diversas manifestaciones de la literatura provincial, y conozcan la brillante muestra que de su ingenio y diversas aptitudes literarias dieron, dan, y es de esperar que den, los escritores asturianos, se manifestarán conformes con el Sr. Laverde; y además ahí están los hechos que lo comprueban.

Los artículos de costumbres y los que pudiéramos llamar de *folk-lore* urbano son en este camino los primeros pasos, y prosiguiendo la ruta es de esperar se llegue hasta obra de mayor empeño y más significación, produciendo libros que, si *aquí y hoy* se leen con verdadero deleite, ¿qué

V.

no pasará lejos de estos *rinconcinos*; y mañana, después de algunos años, cuando se aprecien mejor las cosas al contraste y comparación con las mudanzas?

Por estos motivos cuando aun no estaba en incubación la impresión del presente volumen con los apreciables escritos de Dóriga y Prieto y más aún, cuando no se habían escrito algunos de los siguientes artículos, los cité con encomio en el capítulo X (pag. 421) de *El Libro de Oviedo*, y conste que no vuelvo á mencionarle en son de anuncio.

Apuntaba allí algunas costumbres y rasgos característicos de nuestro pueblo (léanlo ustedes, pero no pidan prestado el libro, que es enojoso) y no pude menos de acordarme de las SILUETAS OVETENSES de mis compañeros Prieto Pazos y López Dóriga. También se fué la memoria á más lejanos años y á pasados periódicos donde aparecieron curiosos artículos sobre costumbres tipos y lugares de Oviedo, como *El Nalón*, *La Tradición*, *El Invierno*, (1) *La Joven Asturias* (revista), *El Faro Asturiano* y otros.

(1) No resistimos á la tentación de indicar algunos de estos trabajos publicados en *El Invierno* (1859) periódico científico-literario, que inspiraron con otros estudiantes ovetenses los malogrados escritores Antonio Arango (*Simbad*) y Gonzalo Castañón (*redactor 105*)

“Celebridades contemporáneas, Benito el portero;” “Los Trascorrales” y “La Botillería” por (SIMBAD)—“Cimadevilla;” “El Bombé;” “El sacón;” “El mayorazgo de Aldea” y “Prolegómenos de la Féria” por 105.—“El Paseo de Santa Clara” y “El pollo” por M. F. LAPREDA—“Los Arcos de la Plaza” y “Las tertulias de confianza,” POR EL REDACTOR 63.—“Rosendo,” por BRÁULIO.—“La calle de la Tahona,” por E. BUSTILLO y “Mi patrona,” por R. PARDO.

Por último, en el almanaque asturiano de *El Carbayón para 1887* se publicó precioso artículo sobre “Cimadevilla,” debido á la pluma de un escritor ilustre y maestro queridísimo.

VI.

Continuación de aquellos trabajos, que el inspirado *Antonín Arango* llamaba «museo ovetense», son los ahora escritos y reunidos por Prieto y López Dóriga.

El índice solamente de SUS SILUETAS EVOCA recuerdos gratísimos de nuestro *puebliquin* tan *atopadizu*

«El cañu del Fontán», «Los caños de Regla», «La Fontica» y «La Fuente de los Teatinos» son curiosos capítulos de lo que pudiéramos llamar hidroterapia ovetense. «El Rastro», «A la compra», «La calle de Uría», «En la Feria», «El campo de la Lana», «Los Trascorrales», «Los chígres», pudieran figurar en un cuestionario de economía política de la Ciudad de los Obispos. Para la sociología fruelana hay *conceptos* trascendentales en «El Paseo de los álamos», «La Pedrera de la Universidad», «El Casino», «El Campo de los Patos», «Las casas de vecindad» y «El día de San Martín». El *sport* está representado en «El club venatorio de la calle de Jesús». Los asuntos bélicos se tratan «Con el batallón» y en «El prado Picón». Complemento de un precioso cuadro de Parcerisa es «La Misa de doce». Y en encantadora miscelánea ó enciclopedia *folk-lórica* tienen cabida «El Campo de San Francisco», «El Martes de Pascua», «La Plaza de la Constitución», «Las fiestas de San Mateo», «La Procesión de la Parroquia», «La romería de la Candelera», «El bollo de la Magdalena», «Los Jardines de San Juan y San Pedro», «El miércoles de Pumarín» y «La Giraldilla».

En prólogos á libros de poesía es de cajón ó de buen tono tomar con pinzas un trocito de balada, endecha, dolora, algún madrigalejo etc., co-

VII.

mo aperitivo para los lectores. Aquí no procede semejante tarea, porque la prosa, siendo agradable, hay que tomarla de un tirón.

Tomen ustedes—pero en las librerías de Martínez, Galán, Lavandera etc.—las SILUETAS OVIENSES y han de agradecerme el consejo. Después de este librito vendrán otros; porque Prieto y Dóriga tienen puesto el caballete y preparados lienzos, paletas y colores para seguir pintando costumbres, tipos y rincones.

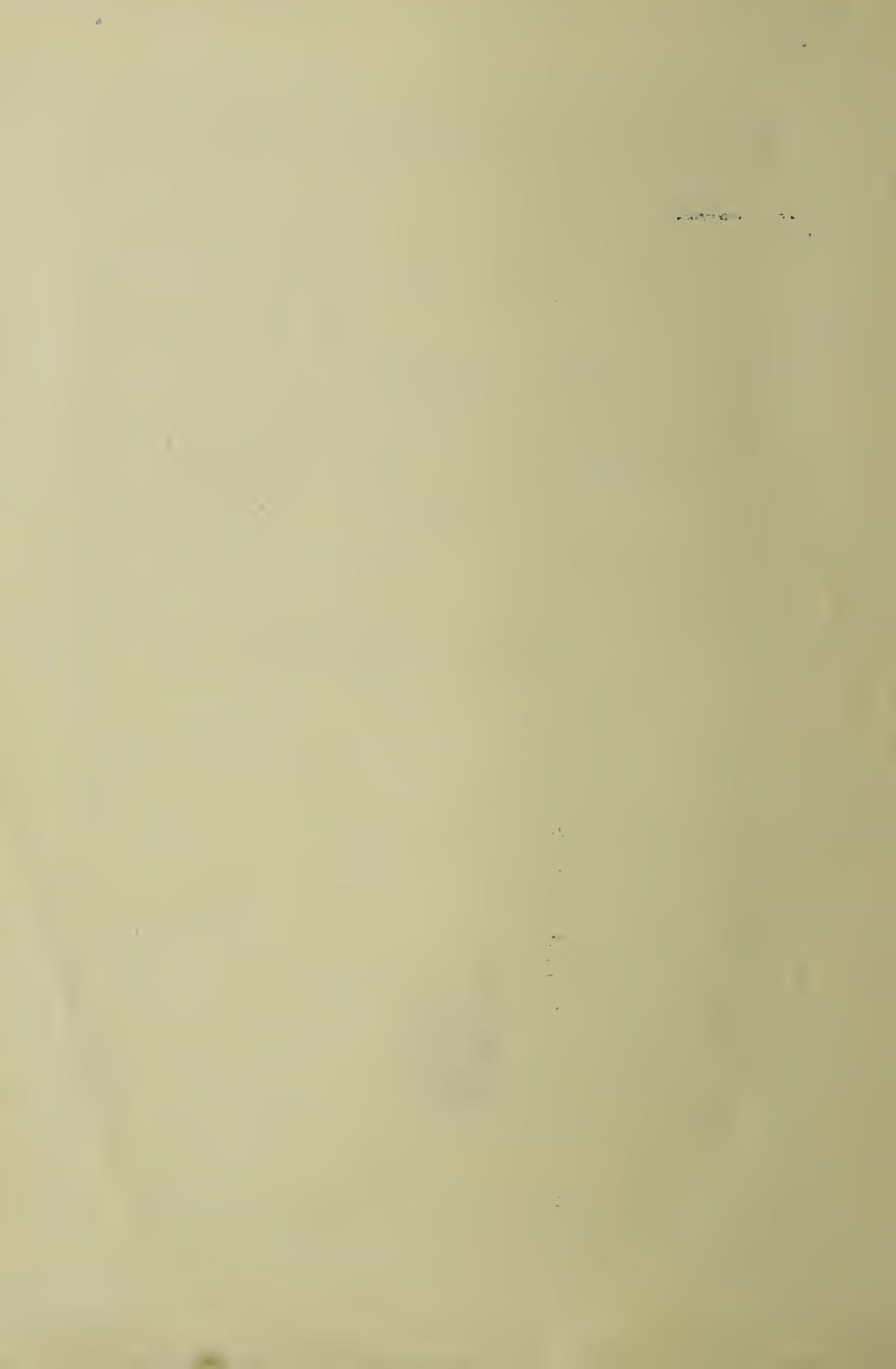
Si para muestra basta un botón, no negarán los lectores que las 32 SILUETAS siguientes, son todo un muestrario delicioso.

Hay para todos gustos, porque ¡es mucho Oviedo este Oviedo!

Bien por Prieto y Dóriga ó por Dóriga y Prieto.

FERMÍN CANELLA Y SECADES.



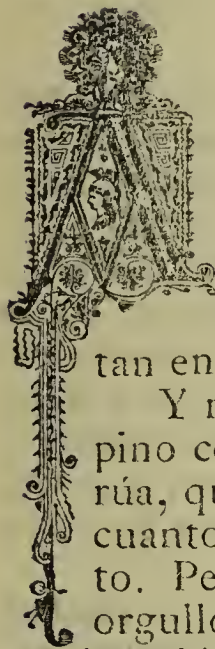


R. PRIETO.

SILUETAS OVETENSES.



EL CAÑU DEL FONTAN



UNQUE de achaques poéticos padecieron todas las épocas, las fuentes del Parnaso, aún la célebre Castalia no serían citadas mas veces que la del Fontan en Oviedo.

Y no es por lo que valga. No vale un pepino comparada con la candasina de Santa-rúa, que por lo rica y abundante admiran cuantos van en peregrinación al célebre Cristo. Pero precisamente la del Fontan cifra su orgullo en lo poco que vale, y sobre todo en su situación especial. Está en la plazuela que hoy se llama de Daoiz y Velarde, afeando un ángulo de la hermosa y blasonada casa que en otros tiempos fué del Duque del Parque. Para llegar á eilla es preciso bajar unos cuantos escalones, porque está situada á dos metros bajo el nivel de la plazuela, y para beber en el *cañu* se requiere doblar la cerviz hasta tocar casi con la cabeza en el suelo, porque el *cañu* está á una cuarta lo más, del piso de la fuente. El colocarlo tan bajo obedecería á que allí manase el agua, pero si fué capricho, buenos caprichos tenía el que dirigió la obra.

El célebre *cañu* de iatón dorado, recibe pocas

veces las caricias de la limpieza, pues las que van á la fuente se cuidan de sus herradas sin meterse en incumbencias municipales. Tiene un alto frontispicio, tan pretencioso como feo, que termina en un embaldosado donde crece el musgo, cubriéndolo de verde alfombra. Cien historias pudiera contarnos, y ojalá las contara, porque habrá oído mucho, sobre todo cuando tenía por vecinas en la casa del Duque, primeramente la fábrica de armas portátiles, y luego la de cigarros, hace años suprimida.

El *cañu*, como claramente se vé, vale bien poco, y aún del agua no hablan muy bien, y hasta le atribuyen la perrería de cortar el jabón. Pero esto es meterse en porquerías de baja estofa. Así como es, se considera la fuente como un talisman de que se echa mano cuando alguno viene con sanas intenciones de Nerón, ó queriendo implantar severidad catoniana. Si á la capital llega el hombre más enérgico, ha de doblarse como un junco para beber en el *cañu* del Fontan, y se tiene como proverbial que el que se dobla es hombre al agua (sic).

Pero esto no es más que un dicho. Cuentan como cierto que en otros tiempos, tan buenos como los actuales, el Ministro de la Gobernación buscaba entre los hombres más aptos de sus subordinados uno, dotado de entereza, inteligencia y celo, avezado á luchar con caciques, para nombrarle gobernador de Oviedo. Un ministro encuentra siempre lo que quiere, porque el que *buscándose las* encuentra una cartera, es capaz de hallar hermosura en la cara de Moyano. Halló por lo tanto las condiciones apetecidas en uno de sus adeptos, y le trasladó á Oviedo con marcado disgusto del agraciado, que regía una de las pocas

provincias que se gobiernan con un freno de seda. El nombrado, al despedirse del Ministro, oyó las instrucciones correspondientes, y como ultimatum la frase de..... «pero guay de vos si bajáis á *beber en el Fontan.*»

—Y qué es eso?

—En Oviedo lo sabreis.

Desde las escaleras del Ministerio, hasta que se apeaba del tren en la Pola de Gordón, para tomar allí la silla correo, no hizo nuestro Gobernador electo mas que reflexionar el alcance que pudiera tener la prohibición paradisiaca del Ministro.

—Pero, señor, qué tendrá que ver un Gobierno civil con el agua de determinada fuente... no debe ser por lo nociva. Si así fuera estaría cegada. Además, á los ministros les importa poco la salud de los Gobernadores. Apenas nos dán disgustos...! Estará en litigio? Habrá sido causa de algun conflicto entre autoridades? No cabe duda que la dicha fuente tiene importancia, cuando de ella se habla en el despacho de Gobernación. Desconozco á los compañeros de viaje, y no creo prudente arrostrar el ridículo, preguntando á cualquiera..... Y volvía á rebujarse en el gaban de pieles y sumerjirse en otro abismo de consideraciones.

A la llegada de la silla correo esperaban al nuevo Gobernador, como es de rúbrica, autoridades y funcionarios públicos, desconocidos para el recién llegado. No era natural que entonces preguntase, ni tampoco lo hiciera en la subsiguiente visita oficial, que recibió en el salón del gobierno.

Ya en su casa formó propósito decidido de no plorar al ordenanza.

Le miraba con fruición y espiaba sus movimientos como gato al ratón, esperando el momento de dar el zarpazo. Por fin le preguntó:

—Cómo te llamas?

—Ramón (como casi todos los criados de confianza y no pocos ayudas de cámara, ordenanzas y cocheros.)

—Serás de Oviedo.....

—Sí, señor, y protegido de D. Alejandro Món. (Como quien dice ahí te vá esa: ya sabes á quien tienes en casa)

—Bien, hombre, bien. Creo que los asturianos sois buena gente.

—Sí, señor. Aquí ha de *hallarse*.

—Pero eso del agua del Fontan.....

—Con que el señor está enterado?....

El Gobernador vió desmoronarse sus ilusiones, como castillo de naipes. Pensó que quedaba en mejor lugar dándose por enterado, y tuvo la debilidad de decir:

—Sí, hombre, sí. En Madrid todo se sabe.

Pero al siguiente día, cuando el Secretario le iba dando cuenta de los asuntos y cuestiones pendientes, le abordó preguntándole:

—Y eso del agua del Fontan, qué es?

El Secretario soltó la risa en las propias barbas de su excelencia.

—Pero es cosa de risa? Se me ha dicho de un modo sério.

—Entonces no sé lo que és, replicó el Secretario. Entendí que V. se refería á la frase aquí empleada cuando una autoridad viene con ínfulas de despotismo, ó empleando medidas de rigor, ó aumentando las horas de trabajo en su departamento, ó queriendo luchar con vicios ó costumbres inveteradas del país. Entonces los ovetenses salen

de éste, ó de otro despacho, renegando, y echando pestes al innovador; pero sonriéndose, y murmurando: «ya irá á *beber al Fontan*: esto és, ya le cortaremos las alas y apagaremos sus fuegos. Nada importa que venga con más humos que los de Huelva: el autócrata calmará sus impetus, y se estrellará contra nuestra tenacidad. Ha de bajarse hasta besar nuestros piés» ya irá á *beber al Fontan*. La fuente se halla en una hondonada, y el caño está tan cerca del suelo que para beber se requiere dob'ar mucho la cerviz. En una palabra, tal frase significa «ya se doblegará ante nosotros.»

—Pues no temo, contestó el Gobernador. He de tener el gusto de beber en el Fontan, aún desoyendo altos consejos, y aseguro que no por esto he de gobernar peor. Al contrario. Dicen que para gobernar á los asturianos se necesita carácter de acero; pues el acero mejor templado en las márgenes del Tajo, se dobla, y vuelve á ser lo que era. Por doblar la cerviz en el Fontan nada se pierde si vuelve á verse erguida ante exigencias que no pueden atenderse, y arbitrariedades que no deben tolerarse. Nada, nada, iremos al Fontan. Quiero tener ese gusto. La prohibición de un Ministro no ha de alcanzar mejor fortuna que la del Paraiso.

Una mañana las vendedoras de barros de Faro, que tenían sus puestos en la plazuela, vieron con sorpresa que dos *señores* bajaban al *cañu* del Fontan, y entre risas y cuchicheos uno entregó al otro el bastón y el sombrero, y se dobló hasta tocar con los lábios el borde del caño.—Basta, le dijo el otro: no necesitáis beber. Vuestra postura ha sido la clásica. Ya veis que está colocado el caño de tal modo que para beber se requiere nece-

sariamente doblegarse hasta el punto que lo habeis hecho.

Cuentan que aquel Gobernador dejó gratos recuerdos, que le debe la provincia muchos beneficios, y que el Ministro satisfecho de su conducta y su tacto político, nunca hubiera creído, aunque se lo juraran, que nuestro prefecto se había doblegado á beber en el Fontan.

Cuentan además que sus predecesores y sucesores no bajaron á *beber en el Fontan*; que muchos de éstos no servían para descalzar el coturno al del gaban de pieles, y que á pesar del horror al Fontan no dejaron otros de doblar la cerviz hasta besar el polvo.

De nada sirven las bravatas del primer momento, ni el horror al Fontan. El que se humillare será ensalzado, dice San Mateo. El ir á *beber al Fontan* no perjudica: lo que ofende y daña son otras cosas no para contadas en estos *buñuelos*; porque buñuelos deben llamarse las siluetas que con un mal carbón vamos trazando.



EL CAMPO DE SAN FRANCISCO



QUIERA querido pintarte en mejores días; allá cuando tus árboles vestidos de hojas, no mostrasen esos brazos descarnados que acusan algo de muerte.

Pero nada te importe. Siempre eres el mismo. Espléndido, hermoso, encanto de los que aquí vivimos y prenda querida que recuerdan con orgullo, los ovetenses que residen lejos. Podrán las galas primaverales realzar tu belleza, pero te sucede lo que á las mujeres guapas, de veras, que no necesitan atavío, y están tan lindas con un salto de cama, ó una bata desceñida, como en los salones vistiendo rico traje y valioso prendido.

No hay forastero que se vaya sin verte, ni comisión de paseos y arbolado que no ponga en tí su mano sacrílega. Verdad es que no siempre fueron desaciertos. Esa fuente rústica de las ranas, que ocupa el centro de pequeña plazoleta, circuida de follaje de exhuberante vegetación; el ensancho del paseo, como secuela de haber variado la carretera, barra de bastardía que nunca mereció cruzarte; la nueva avenida, que llaman la *gran*

vía y es vía estrecha, en días de festejos; el arreglo del bosque y los jardines, y la cañería de gas, que como red venosa surca tus entrañas; son beneficios indudables que has recibido, merced al erario municipal. Bien es cierto que de ese erario, destinadas á tí, salieron algunas pesetas que acaso á tí no llegaran, y se invirtieran en caminos, no muy rectos para llegar al cielo, pero que sí conducen á las moradas de activos y serviciales muñidores. También ese erario pagó las arenas que alfombraron el salón en las carreras, tan á disgusto de los velocipedistas, como de los míseros mortales que en aquellos días paseamos más de lo de costumbre.

Los que hace años no te han visto, te desconocerán seguramente. No puedo recordar, porque friso en los treinta, como estabas á mediados del siglo, pero tengo noticias que no eras ni por pienso un modelo de fraile franciscano, pobre y menesteroso. Eras rico en lozanía, y admiraba la frondosidad de tus robles, cargados de bellotas, y el verdor de tus castaños, cuajados de erizos.

Ahora el ayuntamiento, mano de gato que te acicala, cuida más de tí, persuadido de lo que vales, y dé que tienes perfecto derecho á exigir limpieza en los caminos, podas oportunas, plantío bien entendido, renovación de lo que muere, vigilancia que impida destrozos, piso sentado y fino en los paseos, y que el agua de Fitoria salte gozosa por los surtidores de las fuentes. Todo puede concedérsete menos esto último. Andamos en expedienteo para traer agua de nuevos manantiales, y en tanto que no sea un hecho realizado, falta frecuentes veces á muchos que la pagan y no la beben. Mientras no supere al consumo no puede concederse para recreo.

El campo de San Francisco no contrae sus exigencias al municipio. Trascienden á los particulares y ya nos tiene obligados, con sus atractivos, á visitarle en los dias serenos y hermosos, de esos que entran pocos en libra asturiana. Sobre todo se ha impuesto á las mujeres de tal modo, que podrán ir de trapillo por cualquier parte, Cimadevilla inclusive, pero jamás se atreverán á subir al salón del Bombé, sin componerse y emperegilarse. Por eso conviene verlo en una tarde de paseo concurrido, en que lucen las pollas trajés de diversas telas y colores, y sombreros adornados con pájaros con las alas abiertas, y los pacientes papás sus gabanes de paño liso y cuello de terciopelo.

Allí se ven muchas mamás (resucitando antiguas galas, que consintieron cien arreglos) que contemplan hechizadas á sus hijas, mientras éstas contestan las miradas insinuantes de los pollos, bien dignos de lástima porque, rindiendo culto á la moda, van agarrotados con unos cuellos que acartona el almidón y semejan dogales de mastín. Allí las modistillas se contonean orgullosas, moviendo las charreteras de pasamanería, y pagando con sonrisas las descargas de flores con que las ametrallan.

Allí pueden contarse por cientos los *bebés* que con sus niñeras interrumpen el paso, para hacer una gracia ó para que los bese algun amigo de la familia. Allí por fin pueden escucharse las notas de la charanga del Batallón de Cazadores, notas que satisfacen al oido mas exigente, y que van á morir donde muere la ola de conversaciones que se levanta sobre aquel agitado mar de cabezas

En las filas de sillas que se colocan á los lados

del salón, principalmente en la fila de la derecha, entrando por la escalinata de la *gran vía*, se sitúan muchos observadores y amantes de la contemplación desinteresada de los que pasean.

Una señora, con cuya colaboración puede cualquiera comprometerse á fundar, con éxito seguro, un periódico satírico, estaba sentada á mi lado, en una de esas tardes en que el paseo se hallaba de bote en bote, y me decía:

—Desengañese V., los sombreros parecen hechos á cachetes. Esta moda obedeció á que en la tienda de una francesa, que en la confección de sombreros da la pauta, cayó una caja sobre una forma, y ésta quedó con tales entrantes y salientes, que por lo extravagante dijo la dueña: ésta será la moda durante el invierno. Mire V. esa señora con una túnica de malla, con viso de seda oro viejo. Esa no consigue lo que la francesa. De seguro no aclimata la moda. Negro y oro, ni que fuera Lagartijo en corrida de beneficencia.

—Tiene V. razón. Que se vean esas cosas en las boqueadas del siglo XIX!!!

—Y esa señora se pasa de fina. Ayer tarde entró en la Sevillana preguntando: ¿tiene V. azúcar centrífuga cristalizada en romboedros?

—Qué me dice V.!

—Ni más, ni menos. Su casa parece de *punto*, porque allí todo está hecho á ahuja.

—A pesar de esa señora hoy está el paseo brillante.

—Una nota desafinada se escapa á la mejor orquesta. El paseo es magnífico, y las ovetenses, y las que sin serlo viven en Oviedo, suelen estar, en cuestión de modas, á igual altura que las madrileñas, cosa que á éstas les sorprende, y hasta contraría, cuando en el verano nos visitan, y se en-

cuentran con que están aquí muy traidos y llevados vestidos semejantes á los que con tanto afán guardaban en el fondo del baul.

—Pues sepa V. que se me escapó decir en una revista de un baile, que iban las chicas vestidas con poco gusto.

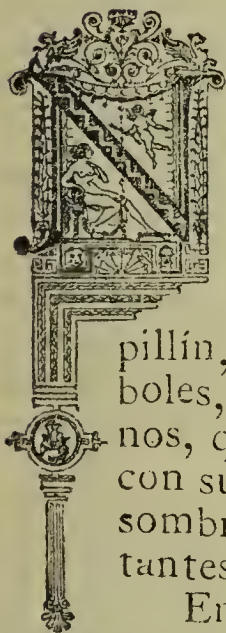
—Aquello fué triste escepción de la regla general. Por eso le chocó á V. más, seguramente. Alguna vez la economía obliga á confeccionar en los pátrios lares, vestidos que debieran salir de los talleres de Leandra, pero V. sabe que la economía doméstica es una virtud tan digna de encomio, como digna de estudio esa economía política que tanto preocupa á Vds.

—De modo que V. cree que nuestro paseo es de capital de segundo orden?

—Ya lo creo. Como mujer de militar he recorrido toda España, porque los militares son verdaderos judíos errantes, que nunca llegan á calentar el rido, y en mi excursión por España he visto tan pocos paseos como el de Oviedo, que, sin temor á equivocarme, me atrevo á afirmar que los que no hayan visto lo que hay por esos mundos de Dios, mal pueden comprender que tienen un tesoro de gran valía en el hermoso campo de San Francisco.



EL RASTRO EN OVIEDO



o es ni remedo del madrileño.

Aquí sólo tiene lugar los jueves y domingos y las ventas se verifican á campo raso, en la pradera del Campillín, bajo las copas de unos cuantos árboles, añosos los más y jóvenes los menos, que si en invierno dan un tono triste, con sus cañas escuetas, en verano prestan sombra protectora á la multitud de contratantes.

En la época actual, á las ocho de la mañana, aquello está desierto, pero á las nueve parece el campo de Agramante.

No hay vendedores. Son vendedoras ó revendedoras. Los hombres de este suelo tienen á menos vender ropa vieja.

Llega la mercancía en ventruda cesta, que guarda tesoros de indumentaria y estienden sobre el cespéd floreada colcha, tan sucia, que si tuviera piés iría sola al río, y sobre ella van colocando pantalones con remiendos multicolores, pero mal cosidos; chaquetas de grasiento cuello; chalecos de varias épocas desde la caída de Riperdá hasta nuestros días; gorras, cuyo forro acartonado no atraviesa un proyectil cónico; sombreros deformados por el uso; cuadros que honran poco á

pintores, dibujantes y litógrafos; frascos que encerraron zarzaparrilla Bristol ó tinta dicróica; alguna cartuchera milicianana; ropa blanca, llamada así aunque no lo parezca, recogida acaso de la cama de un tifoideo ó de un varioloso, zapatillas, botas y zapatos que se sonríen por cien agujeros, libros que abren sus hojas á la luz dos veces por semana y tantas veces vinieron al mercado que ya saben el camino, y docenas de botellas, que guardaron espumosa sidra ó amílico peleón, inclinadas tristemente unas sobre otras esperando que alguno, al pasar, les diga buena boca tienes.

En banquetas, taburetes y sillas bajas se sientan unas cuantas docenas de mujeres que, como dueñas de todos los deshechos descritos, tienen el penoso deber de elogiarlos, para que los compradores traguen el anzuelo.

No se figuren VV. que entre las vendedoras ván á tropezar con alguna cara que tenga el más remoto vestigio de la belleza circasiana. Parece que las caras están en perfecta consonancia con la mercancía. Son caras de *deshecho*.

Una nube de aldeanos zumba alrededor de los puestos. La gente artesana de Oviedo apenas acude á comprar, y acaso más bien van á vender las prendas que se caen de viejas ó alguna que, aunque usen, les proporciona aquel día un puñado de calderilla que vá á parar más tarde al cajón del tabernero.

Y los aldeanos toman el mercado de trapos como cosa suya y hasta creo que lo juzgan á cubierto de las miradas de los transeuntes porque se prueban las prendas con la propia confianza que lo harían en el rincón de la panera.

De precios no puede hablarse porque rayan

en lo inverosímil. Hay quien sale del Campillín calzado y vestido por siete pesetas. Y que vengan el Louvre y el Printemps, el Saint Joseph y el Saint-Denis con catálogos.....

Aunque, con tales precios, se harán seguramente muchas transacciones, un sinnúmero de ellas se inician, y despues de media hora de regateo no se llevan á cabo. Allí se defiende un perro chico con verdadero ahínco.

La algarabía es tanta que si se verificasen las compras y ventas en mercado cubierto aturdirían las voces al sordo más pertinaz

El cuadro que ofrece el mercado es pintoresco. Aquella multitud de colores, de caras, de objetos, de cacharros y de ropas, resulta hermosa vista en conjunto. Por eso Menendez Pidal sacó de él partido haciendo un cuadrito lleno de vida, elogiado, al verlo, por León y Escosura.

Que la venta de ropas usadas puede estender enfermedades no cabe duda; que el venderlas en un sitio cerrado por las casas de varias calles es peligroso, tampoco ofrece duda alguna; que hay lugares más apropósito fuera de la población donde pudiera colocarse el mercado, á nadie se le oculta; que nadie se acuerde de Santa Bárbara hasta que truena, es cosa sabida, y que á los *ediles* toca velar por el bienestar del vecindario, y que velarán por él, debe ser un axioma.

Después de ver el mercado decía un observador: antes estaba alfombrado de verde, pero ahora no crece una yerba. Las *brocas* de los zapatos de la gente de aldea son como Atila: todo lo talan.



EL PASEO DE LOS ÁLAMOS



o hay duda alguna, los álamos se han quedado tristes. La primavera y el verano les conceden alegrías sin cuento, ropaje hermoso y auras embalsamadas que suben del jardín envolviéndolos en aroma de rosas

El verano les permite ver aquellos niños de cabeza rubia, con blancos vestidos, que son en la tarde sus constantes contertulios, que dan al paseo animación y vida, que juegan, corren, gritan, ríen. ruedan los aros, caen cien veces sin lastimarse una y llegan jadeantes al regazo de sus niñeras, encantadas acaso con las zalamerías de los cazadores de la Habana, ó del país.

Los álamos ódian el otoño, porque los vientos otoñales arrancan á girones sus vestidos y les desnudan con saña para que sufran tiritando los horrores del frío y la nieve se les agarre con tentáculos de hielo

El otoño es el *Conde de Sepúlveda* del invierno. Es el aposentador que viene á prevenir la llegada, avisándonos que debemos descolgar del

ropero, capas y rusos, los gabanes acolchados, las fajas de diez vueltas y las camisetas de apretado tejido, y nos aconseja que abandonemos los paseos donde el Norte se pavonee triunfante y pueda acarrearlos algún serio disgusto.

El Paseo de los Álamos sufre las consecuencias de este consejo y no se vé ya á los que por allí discurrían esperando el regreso del batallón y la llegada del tren de las siete, que fué el que más bañistas y espedicionarios retornó á los hogares.

El Paseo de los Álamos surgió de la nada, como sale todo. Hace pocos años aquello era un trozo de los menos cuidados del Campo de San Francisco. Aquel trozo se trocó en paseo, bastante capaz, de buen ver y que llena cumplidamente el objeto.

No son pocos los que dicen que basta lo hecho, pero de gustos se ha escrito bastante, aunque se afirme lo contrario, y algo debiera hacerse para que sin grandes dispendios, quedase más adornado, con mayor número de asientos, mejor piso, y se le dotara de una fuente esbelta y una elegante tribuna para la música.

Los álamos tienen sus horas de prosa villana. Entiéndase que hablamos del paseo. Hay horas en que se ve aquel sitio ocupado por obreros. Son las horas de descanso, de los almuerzos y las comidas. Los trabajadores se tumban en el césped de los jardines ó se acuestan en los bancos del paseo.

Repetidas veces he visto algunos que devoraban el contenido de una fiambarrera ó el potaje que encerraba humeante cazuela; pero convertido el paseo en refectorio, no atrae. Acaso en aquellas mezclas, que saborean, no haya presi-

dido el mejor acierto, ni el condimento sea el más adecuado, pero los pobres no pueden pedir delicadezas culinarias. que son caras, y comen con gusto, aunque al que pasa no le apetezca.

Ni aún estas horas pueden llamarse de prosa villana. Pronto el obrero duerme y sueña y en sus sueños, como cuando está despierto, puede poetizar á su antojo y acariciar fantasías del espíritu tan elevadas y tan nobles como las del que come en opípara mesa. Lo único prosáico es el olor á potaje.

Álguen dijo, no recuerdo donde, que era el paseo de los melancólicos. Es verdad. Tiene algunos aficionados de esos que llevan la cabeza baja, como si fueran contando las arenas del piso, pero los álamos no quieren buhos. Que se vayan en busca de tuyas ó cipreses y dejen el campo á gente risueña, de la que se enardece á los acordes de la charanga.

A los álamos les levantaron un falso testimonio. Dijeron que tenían color político. No señor. No tienen más color que el violado claro en los días serenos y grisáceo en los nublados, con las pecas de familia. Pero porque allí se daba cita un grupo de conservadores, y se cambiaran impresiones. y acaso acordaran medios de defensa contra persecución injusta, no ha de considerárseles ya ortodoxos netos.

Los álamos no descenden á pequeñeces y para ellos Cánovas; aun cambiando de estado, es tan angelical como Sagasta. Martos y Compañía. Todos son buenos, aunque se crea lo contrario, y ya saben los álamos que tantos beneficios les debe el país, como el *paisaje* y el *paisanaje*. El enarenado paseo tiene abiertas sus entradas de par en par, á negros y blancos y aunque lo del

grupito sea cierto, tambien lo es que las autoridades, prohombres y amigos del fusionismo le dispensaban, en los dias buenos, el alto honor de preferir e á los demás paseos. Conste pues que el paseo de los Álamos es imparcial de veras, no como el de Gasset.

Se han lucido los álamos en las últimas fiestas de San Mateo, porque era bonita la iluminación de aquel sitio y sus inmediaciones, pero dicen que de aquel número de faroles colgados de las ramas bajaron pocos y que al formarse, á los árboles expediente por la irregularidad, les preguntaron: qué se ha hecho de los faroles? en qué se han convertido?

—En savia.



LA PEDRERA DE LA UNIVERSIDAD



QUERIDOS estudiantes, ya me teneís entre vosotros.

Vengo á la pedrera á recordar aquellos tiempos, en que, con menos años y más pelo, formaba yo parte del cordón de escolares, que, esperando la llegada del profesor, ó aprovechando los intervalos de clase á clase, distraíamos nuestros ocios fiscalizando y atisbando cuanto pasára ante las puertas de la Universidad.

Devotos de ciertas caras, cuyas dueñas con atrevimiento temerario, cruzaban las calles adyacentes, en las horas académicas, más de una vez he sido testigo, y no mudo, del fuego granado que se les descerrajaba con alevosía y ensañamiento convirtiendo sus pálidas mejillas en rojas amapolas.

Con ó sin razón, se juzgaba á todas dignas de piropos y chicoleos. Las morenas por sus ojos negros, como oscura noche, y su crencha rizada de ébano puro; las rubias porque se veía el cielo en sus pupilas, y el oro californiano cubriendo, como casco, sus cabezas de cera; las delgadas por su talle de palma real, y las gruesas por sus curvas esculturales. A ninguna se le ponía pero, y eso que teníamos por vecinas á las recoletas, cuyas caras, á la sazón, no servirían de modelo á los

modernos Fidias. Como no cito tiempo, ninguna puede darse por aludida. Si se diera, adivinando la época que callo, y el espejo le asegurase que mi apreciación no era justa, mejor para ella y para su marido, si lo tiene, que lo dudo, porque ciertas hermosuras difícilmente encuentran postor.

Teníamos un sinnúmero de parroquianas, que diariamente cruzaban nuestros dominios, y alguna vez se discutió con calor si guiaba sus pasos la necesidad, ó entraba por mucho el deseo de recibir la oleada de lisonjas, que alhagaban sus oídos, con detrimento de la modestia. Era por lo tanto de cajón que, viéndonos tan continuamente favorecidos, hubicra unos cuantos de tanda para poner puyas á cuantas pasaran, y como la proximidad de la Escuela Normal de maestras, obligaba de veras á muchas alumnas á sufrir los dardos escolares, y entre elementales, completas y superiores, la normal reunía un buen contingente de maestras *en canuto*, la pedrera estaba siempre concurrida y animada, dominando esa incomparable alegría estudiantil, solo menguada cuando llega el *Dies iræ* del exámen, y eriza el pelo la lectura de los epígrafes del programa.

Las maestras solían romper de vez en cuando su prudente silencio. Recuerdo que un barbilampiño— que en barbas y en estudios se hallaba á mi altura— era muy dado al requiebro y dijo en determinada ocasión á una trigueña:

— Tu aliento es brisa de Mayo, porque á tu paso brotan aquí las flores como si fuera un jardín cada boca de estudiante.

— Verdad es, contestó la trigueña. Parece que se acerca el verano, á juzgar por los moscones que nos acosan.

— Quisiera ser mapa-mundi ó *globo terráqueo* para conseguir que usted me mirase, le decían á otro que llevaba en la mano una esfera armilar.

— Es que le tendría á usted enfundado para preservarle de telarañas.

Juzgo que hoy seguireis los usos del ayer cuando os veo embozados en vuestras capas apoyados en la pared de la Universidad, tomando el sol (y acaso el pelo á cualquiera) y tan bullangueros y alborozados como los de otros días. No sé si seguís cubriendo de flores á las que las merezcan, pero su jongo, con fundamento, que los que han discurrido por el campo de la estética y la *calotecnia* (!) saben apreciar las bellezas de carne y hueso tan bien ó acaso mejor que las literarias

No hace una semana que ví á uno de los que se peinan á lo chulo, que estaba accionando con el sombrero, acaso por lucir el flequillo ó porque se viera mejor el pelo que desde sobre la oreja viene á invadir la cara. Echaba pestes contra el que desterró el raído manteo.

— Qué honra para el estudiante que llevase en su manteo las huellas del pié de su adorado tormento!

— Ninguna, chico, ninguna. Más les gusta á las mujeres una capa nueva y un pantalón bien cortado, que un manteo raído y unas medias de aquellas que por tener tantos agujeros parecían medias de rejilla.

— Yo gozaría tendiendo el manteo para que sirviera de alfombra á cualquier moza garrida. Alguna vez me apetece tirar la capa.

— Pues yo no tiendo la ropa, ni al sol, aunque el sol la preserve de polillas. Si pestañeara

la Venus de Milo y pasara por aquí no consentía que pisara estos embozos cuyas bandas de terciopelo con sus rayas doradas son el encanto de la que en el balcón me espera. El lodo ó el polvo son enemigos de la limpieza, y los piés mejor calzados ensucian lo que pisan, aunque sean piés tan breves y diminutos que con las orejas de un gato se les haga un par de zapatos, como dicen en «Lanceros »

En la pedrera de la Universidad se sabe todo porque los estudiantes son buenos *reporters* y tienen noticia de cuanto pase ú ocurra, se murmure, mienta ó diga en el casco y en el extra-radio de la capital, y no hay tema que deje de ser objeto de conversación, ni asunto que no sea cernido en el cedazo de la crítica de tanto papi-niano.

Bien pudiera dar una muestra de aquella^s discusiones, siempre acaloradas, de aquel deseo de persuadir ó imponer su criterio á fuerza de pulmón, según los caractéres y los pulmones, de aquel gozo bullicioso y continuo que sale á la cara y es patrimonio de los que, sin cargos ni mortificaciones, se hallan en la primavera de la vida, de aquel vagar por la pedrera, el pátio y el claústro, formando grupos animados ó discutiendo por aquellas baldosas, charlando, riéndose y gozándose en una provocación al compañero, alusiva al traje ó sombrero que estrena, á lo poco que le crece el bigote, ó á los desaires de su dama, acentuados cuando la noche anterior estaba á *perro puesto* mirándola desde la butaca.

Los estudiantes son monárquicos porque llevan gustosos el yugo impuesto por su reina absoluta, la alegría: y si rara vez se vé una cara

triste es como nube que pasa, para que despues apreciemos mejor el azul del cielo.

Pero ya que sin querer hemos mentado el ceño que nubla, por breve espacio, aquella cara risueña, debemos esplicarlo. Es que la treinta y una le ha dejado sin dinero, sin pitillos, con una deuda al coime del billar, sin ganas de estudiar el Santamaria (ni el ora pro nobis) y sin fuerzas para presentarse al encargado, ni escribir á su padre pintándole su situación. Queda el recurso de pedir un duro para sacarse una muela, pero lo ha hecho tantas veces que en las vacaciones del verano le ha enseñado su madre las cuentas y figuran tres dentaduras completas.

Pero estando en la pedrera es espuesto sacar los trapillos á relucir, porque no vaís á respetar la hospitalidad y temo que me echeís con cajas destempladas. Callaré que en los cafés, en los paseos, en el teatro, en el circo, en los bailes públicos, porque particulares ni pintados los hay, en las calles y en todas partes se tropiezan estudiantes. No hago visitas domiciliarias y por lo tanto no veo los que se rompen los codos en la mesa de la posada estudiando y repasando sus asignaturas, pero sospecho que si los matriculados son pocos y tantos se encuentra uno en todas partes, contados serán los que puedan llevar con propiedad el nombre de estudiante. Libreme Dios de daros consejos que para mi hé menester, pero si hé de deciros que los que hemos tenido la honra de estudiar en la Universidad de Oviedo y los que la tienen en la actualidad estamos más obligados á sostener izada la bandera del aprovechamiento porque acaso en ninguna otra Universidad española se reuna un cláustro de profe-

sores, tan ilustrado, competente y celoso como el de nuestra escuela.

Así, pues, la cuenta puede quedar zanjada si el alumno como alumno llega á la altura alcanzada por el profesor como profesor.

Que esto es difícil no se me oculta, pero también yo sé que no os gustan las conquistas fáciles. Las fuerzas físicas obedecen á las leyes físicas. Pues el medio de conseguir alguna vez que suceda lo contrario lo teneís en la mano. Ya vencereís la ley con la fuerza. Estudiad y dominareís las leyes con la fuerza... de voluntad.

Un padre de los que ratiocinan como pocos me decía: los verdaderos estudiantes son los que sin recursos ni amparo de ningun género hacen su carrera ganándose el pán en el mostrador de una botica ó como practicantes en un hospital. Aquellos no piensan más que en vivir para estudiar. Estos sólo se preocupan de diversiones y sólo piensan en componerse, acicalarse, comer bien, tener buen cuarto, libros de recreo, blanda cama que les retiene hasta hora avanzada, y quejarse del pueblo y de la vida que en él se hace. Es preciso satisfacer sus gustos y estar con ellos muy contentos porque tarde, mal (ó nunca) aprueban sus asignaturas. Son como plantas exóticas que necesitan vivir en una atmósfera de mimo, cuidándoles con esmero y con desvelos. En fin son unos estudiantes de *estufa*.



LA MISA DE DOCE



ACE algún tiempo un amante de las Bellas Artes, que coadyuva á su florecimiento con sus talentos, su trabajo y su dinero, encargó á Robles un cuadro, que representase la salida de misa de doce.

El cuadro había de pintarse en la redacción de *El Carbayón*, para que el artista pudiese copiar fiel y cómodamente los tipos que salían por el arco pequeño, sesgado, de indisputable mérito que se domina desde la redacción. Pero el cuadro no se pintó, por la pereza de Robles, cuyo *dolce far niente* roba al arte buen número de obras, que proporcionarían al pintor nuevos triunfos y no poco provecho. Y es lástima, porque animarían el cuadro las aldeanas, con sus refajos verdes, amarillos ó rojos, con sus pañuelos de cabeza atados arriba, blancos, anaranjados, azules, tornasolados ó color fuego, y con sus mantas atadas atrás, con abultado nudo. Veríanse en él los aldeanos con sus fajas moradas, con sus calzones oscuros, con cuchillos los más, y los chalecos de grandes solapas y botones dorados, con sus camisas cuyo cuello dobla un poco sobre el de la parda chaqueta, luciendo casi todos sombrero y asomando, por casualidad, y como avergonzada, alguna que otra

trasnochada montera, de terciopelo raído, con el pico doblado (como oreja gacha). También se verían algunos ciudadanos con chisteras afelpadas, pollos aguardando la salida de la cara beldad, niñas de 15 á 30, porque hasta ahí llegan, empavesadas como navíos, con chalecos crema, de corte masculino, y señoras con negras y arrasadas manteletas, con encajes, más ó menos flamencos, pero que no salieron seguramente de los talleres franceses de Argentan ni de los hábiles dedos de las obreras de Alenzón. Este mundo está sembrado de imitaciones.

Si el cuadro comprendiese la esbelta torre de la catedral, una parte de la plazuela, y la pedrera y su largo banco de piedra con respaldo de hierro, donde se sientan los de la aldea, y los de la capital, á esperar la hora, pudiera decirse que allí estaba todo, y bastaba enseñarlo para que se viese, retratada fielmente, la salida de misa de doce. Pero hay detalles que no puede copiar el pintor. No puede tener representación plástica ese movimiento que se advierte en el gabinete de aquellas señoras, que están acicalándose para ir á misa, y ven avanzar la manecilla del reloj y se angustian porque no encuentran una prenda, ó se les descolga el vestido por mala parte, se cae un botón, se rasga el velo del sombrero ó se encuentran, al salir, con uno de esos posmas, que cual plaga faraónica, cayeron en el globo para servir de dique á la actividad de los demás.

Tampoco puede copiar al que vé llegar las doce, y oye, con oídos de mercader, las manifestaciones de impaciencia de su madre, y sigue con calma chicha, entre las sábanas, porque la cama se hizo para los días festivos en que no hay clases; que por fin domina la pereza, se arregla sin

prisa, sale con el bastón bajo el brazo, calzándose los guantes, y prodigando saludos, y llega al cánon. cuando al cánon llega.

Tampoco puede copiar lo que pasa en las propias naves del augusto templo, donde las miradas suelen fijarse en el vestido de la vecina, más que en el Eucologio Romano, donde se establecen telégrafos. inadvertidos para las mamás, que roban la atención de las hijas, donde penetran algunas con igual presunción que en una platea del viejo teatro, donde se cuentan por docenas los que no ven la misa, y donde por fin se sostienen pocas, pero animadas conversaciones propias del salón de conferencias.

Recuerdo que me decía un jesuíta:

— No dudo que muchos de los que van á misa de doce la oirán con devoción, pero también es para mí indudable que en esta misa no se advierte en todos el recogimiento con que la oyen los que madrugan. A las doce ya se ha desperzado la etiqueta, que se levanta tarde, como dama de alcurnia; y créalo usted, algunos á esta hora vienen solamente á pagar la visita de cumplido

Como preliminar de la misa hay debajo de las torres, un paseo de caballeros, que aguardan allí la primera campanada. Suena ésta y los que pasean, los sentados en el banco antes citado, los que esperan en la plazuela, los que discurrían por la pedrera, los madreñeros, en su tiempo, y los vecinos de las casas próximas que oyen misa de doce. que no serán muchos, se precipitan en el templo, siendo muy corriente que se haga tan difícil la entrada, como difícil es la salida, si uno se mete en el tropel que á la puerta acude, tan luego termina la misa.

No sé porqué ha de esperarse mejor en la calle que en la iglesia, pero los que lo hacen tendrán sus razones y con su pan se las coman. Solo sí puede asegurarse que entrando apelotonados es más fácil recibir un pisotón rural de los que hacen ver todo el mundo sidéreo.

Una vez dentro, las aldeanas ocupan la nave central, ante el altar de la Luz, donde se celebra la misa, y aquella porción de cabezas con sus pañuelos, forman un empedrado de colores que hace más vistoso el sol que al penetrar por las hermosas vidrieras toma el tono de los cristales pintados por donde pasa. Por eso á veces un rayo solar pone verde al más encarnado y rojo al más pálido.

Los que hayan asistido á misa de doce, ya saben que algunos la oyen desde Belem (con los pastores) otros en la capilla de los Vigiles, y algunos desde Santa Teresa, que es casi lo mismo que oirla desde Avila.

En la acera de san Tirso, esperando la salida de misa, se forma un cordón de jovencitos, y *aliquid amplius*, del que parten saludos ceremoniosos, miradas espresivas ó algún piropo tímido, y esta costumbre tiene tal fuerza de ley que apenas habrá concurrente, en estado de merecer que no se pare ante San Tirso á pasar revista.

Cierto pollíto recién salido del cascarón, decía: á esta misa cada vez viene menos gente. Oviedo está perdido

—Sí, por desgracia, le replicaron, pero no por esto. Otra es la verdadera causa, Reflexione usted un pöco y la encontrará.





EL CASINO



o tema V., la Junta Directiva es muy amable. De lo mejorcito de la Sociedad.

—Pero si me ven entrar con estas tijeras.....

—V. viene á pescar recortes, y para ciertas cosas son imprescindibles. Aquí mismo pudieran hacer servicio. Si se emprendiera algun trabajo de selección, acaso no podríamos dejar pasar como sócios, á algunos, sin trasquilarles el pelo de la dehesa. Nada, nada, consérvelas usted por si hacen falta.

—Tienen Vds. un salón extenso, pero bajo de techo, y no muy ancho.

—Para las necesidades del Casino basta. Aquí se dan al año dos bailes, que no se si llamar de

etiqueta, porque la mayoría de los hombres viene de frac y las mujeres como les parece. Se daban también reuniones de *confianza*, pero la confianza mata, y así murieron. Una noche, á las once, hubo que decir: «apaga y vámonos,» porque las pollas estaban invitadas para las nueve, y á las once no habian venido. Desde entonces no queremos exponernos á otro desaire.

—No se quejarán luego del Casino. Pero ellas saben que consiguen siempre lo que quieren; el día que se les antoje que Vds. abran nuevamente los salones, se abrirán. Las mujeres han venido al mundo para que los hombres hagamos su santísima voluntad.

—Aquí tiene V. la sala de billar. No siempre está tan concurrida, pero el ruido de las bolas, los tacazos en el suelo, las reconvenciones que ese señor de la nariz larga hace á su compañero, la voz ronca de aquel jugador de guerra, el calor que se siente, y esta atmósfera viciada, no tienen nada de grato. Vamos á la sala de tresillo.

—Veo que hay mucho aficionado.

—Antes esto se destinaba á sala de conversación. Algunas veces se jugaba al ajedrez. Los tresillistas ocupaban la sala cuadrada que se vé en el fondo. Pero la afición cunde, la sala aquella es pequeña, en el verano la temperatura se hacía insostenible, invadieron esta otra los jugadores, y aquí se quedaron. Hoy hay siete mesas, y la antigua sala de tresillo está vacía, y no sirve para nada. Le choca á V. cómo se pone aquel señor afeitado..... Es que el que tiene la baraja debió hacer una mala jugada, y le pone como un trapo. Juega peor que él, pero tiene un pulmón como fuelle de órgano, y se impone. No juzgue V. á los demás por igual rasero. Todos saben que en la

mesa y en el juego se conoce al caballero, y demuestran cumplidamente que lo son, pero hay dos ó tres sócios que semejan gallos de pelea. Escuso decirle que las pocas veces en que se oye una reprimenda que sale del diapasón, los demás hacen promesa solemne de no sentarse en la mesa donde está aquel ciudadano. Ese grueso está enfermo del hígado, y ¿qué ha de hacer? poner enfermos á los demás. Pero no le conservan rencor. Al siguiente dia olvidan lo pasado, y le perdonan por aquello de que «no sabe lo que hace,» y vuelven á sentarse, porque les solicitan para hacer el cuarto, ó porque la afición les obliga á ocupar el puesto vacante.

—No tienen Vds en los salones cuadros ni estátuas

—Le parece á V que no es buen cuadro el que, á mi pesar, le tocó á V. ver ahora! Aquí se fuma mucho, el gas es malo y se *ahumarían*: Además no estamos muy sobrados

— Pero el Casino habrá tenido épocas mejores.

—Si las tuvo, hará de eso mucho tiempo, porque no las recuerdo y llevo tres quinquenios de antigüedad. Las habitaciones altas sirvieron en un tiempo de refugio á unos cuantos, que tiraban de la oreja á Jorje, y algo dejarían en la casa. Ahora no permiten, y ojalá no se hubiera tolerado anteriormente

—Volvamos al salón principal, que es hermoso para hacer ejercicio.

—Cuando llueve, aquí nos guarecemos y aquí paseamos, y este es el servicio que ordinariamente presta, pero ahora se utiliza para conferencias. De éstas hablaré á V. largamente en otra ocasión, y si V. se queda unos cuantos dias, oirá alguna. Han deferido á las invitaciones de la Junta orado-

res notables, y disfrutamos de conferencias que honrarían al mismo Ateneo de Madrid.

—Allí veo un piano.

—Acérquese V. Es un Erard magnífico, de cola, pero está mudo. No hay pianista. Mejor dicho, sí le hay, pero estará en la novena. Debe tener novena todas las tardes, porque al año no lo gramos aquí ni un novenario.

—Lástima es que nadie despierte las notas que ahí duermen, porque tendrá voces hermosas, y mejor es oír música que sufrir el ruido del billar. Y el piano habrá costado un pico.

—Este salón inmediato es el favorito de varios socios que se reúnen, cerca de esa chimenea de mármol negro, sobre la que se ven dos jarrones de Sevres. Con ligeras variantes el personal es casi siempre el mismo. Un Excelentísimo señor, á quien debe mucho Oviedo, otro que no es excelencia, pero sí excelente, hombre muy práctico, que salpica la conversación con frases de ingenio, el arquitecto que proyectó y dirige la obra soberbia, que elogiaba usted ayer tarde, un ingeniero militar, prematuramente retirado, á quien llamaron espía los franceses, otro militar retirado, que si en otros días peleó con soldados, hoy pelea con colonos, dos ó tres catedráticos, otros tantos abogados y suele concurrir, cuando está en Oviedo, un novelista, honra de Asturias. También se acercan, de vez en cuando, un millonario, por que crea V. que los hay, otro que ha traído de Cuba tantos miles de duros como de tabacos, un accionista del Banco de España, callado, prudente y nada tonto, y aquel rebajuelo que está medio tumbado en el diván, cerca de la entrada del salón, que se vanag'oria de ser terrateniente y una vez que quiso ejercitar no sé que derechos de

señor feudal, recibió dura lección de sus renteros. Se disfruta de una conversación amena. Ayer, sin ir mas lejos pasamos aquí un rato agradable oyendo contar impresiones de un viaje en este verano á San Sebastian. Al describir un partido en el frontón entre los célebres pelotáris El manco de Villabona, Elicegui, Mardura y Brau, parecía estarse viendo la concurrencia, la animación, como se despertaba el interés por los distintos bandos, los corredores de apuestas voceando y tomando notas, las habilidades y *triquiñuelas* del manco, la fuerza de Elicegui y la constitución física de cada jugador. El tema de esta *causerie* familiar, varía tanto como el tiempo, y crea usted que los de esta tertulia y algunos que vienen á leer los periódicos, son los únicos, no jugadores (en el *lícito* sentido de la palabra) que concurren al Casino, y contribuyen á darle un poco de vida. A la iniciativa de un contertulio, y al apoyo de otros, se deben las conferencias. Aunque solo fuera esto, se les debía bastante ... Vamos al gabinete de lectura

— Ya ve V , no es grande, pero confortable, cómodo y surtido de periódicos nacionales y extranjeros, revistas é ilustraciones francesa, inglesa y española.

— También tienen Vds. una pequeña biblioteca.

— Sí, pero aunque hay algunas obras buenas, y colecciones, con mas ó menos lagunas, de las revistas recibidas, el número de volúmenes es muy corto y no vale gran cosa.

Además algunos sócios llevaban á casa en otras épocas revistas y libros, mediante recibo, ó acaso sin él, y llegó el dia de las reclamaciones, pero lo que no llegaron fueron los números ni los libros.

Ahí tiene usted el cuadro del estado financiero de la sociedad.

—Esto sí que no lo creía.

—Pues es cierto. Ahora venían bien las tijeras. Corte V. esa deuda y le quedaremos muy obligados.

—Pero si esa deuda es nada. Para un casino donde hay tanta gente rica.

—Hágalo V bueno. En uno de los bailes se situó un grupo en el extremo del salón, grupo que se entretenía en cortar sayos que por desgracia no eran realmente de percal, que aún de percal serían bien recibidos. Ese grupo llamado la *leonera* censuraba el poco gusto que revelaban los trajes, y cierto amaneramiento *lamido*, fruto de arreglos, y confección casera. Hay pocas dotes, decía uno, y otro replicó: lo que hay es mucha hambre.

—Pero Vds. están en período electoral perpetuamente? A qué son esas urnas sobre la mesa de los porteros?

—Para votar la admisión de socios. A cada fundador le dan una bola blanca y otra negra. Si el presentado que figura en el cuadro, merece voto favorable, echa la blanca en la urna de votación, y la negra en la otra.

—Pues es un trabajo ocuparse de esto todos los días.

—Es que nadie lo hace.

Salimos del Casino con deseos de que el diálogo se prolongara, pero puede agregarse á modo de posdata, que el café es malo, que lo sirven en vasos, como el de la tía Rufa en Luanco, que los dependientes, en sus relaciones con los socios, dejan algo que desear, y que la galante hospitalidad que en el Casino nos dispensan nos amordaza

hasta el punto de impedirnos mencionar *zunas* de cierto género, como la de aquel socio que respira por la nariz y parece el pito del *Destructor*.

El Casino necesita casa, pero para hacerla le falta lo que nos falta á muchos, y sobra (porque allí de nada sirve) en las cajas de efectivo de nuestro privilegiado Banco de España.





AL OSCURECER EN CIMADEVILLA



N el Almanaque del año actual, que regaló á sus lectores *El Carbayon*, apareció un artículo titulado *Cimadevilla*.

Nada le ha servido al autor para petarse tras los palcos de una X. El estilo despejó la incógnita, y cuantos saben apreciar lo bueno vieron, detrás de aquella inicial, á cierto asturiano distinguido, que escribe tan bien como habla, y habla de un modo que encanta.

Allí se pinta el pasado de Cimadevilla con gran conocimiento de hombres, tipos, costumbres, fueros y privilegios de otros días. Allí se dibuja el presente con rasgos intencionados, y hasta se bosqueja el porvenir, suponiendo lo que puede llegar á ser en tiempos venideros.

Quedó agotado el asunto. Resta la escoria. Pero la escoria es algo. Si ha servido para cosas grandes, porque sabido es que en un escoria! se levantó el monasterio, maravilla del mundo, también puede servir para lo infinitamente pequeño, y prestarse, como primera materia, para emborronar unas cuantas cuartillas.

La escoria de Cimadevilla es la murmuración, y con ésta pasa lo mismo que con la escoria vi-
driada del hierro: corta como navaja de barbero.

Vayamos por lo tanto con cuidado al penetrar en la calle. La lengua de nuevo embaldosado que desde las calles de San Antonio y Rua vá á enlazar con la Plaza Mayor, en el arco del Ayuntamiento, puede simbolizar lo mucho que allí se habla. ¿Cómo nó, siendo Cimadevilla cuartel general de todos los vagos, y punto obligado de descanso de los que no lo son?

Por eso decía muy bien el distinguido catedrático, autor del artículo antes citado «en Oviedo no puede haber misterios.» Ya lo creo. Si los hubiera y estuviesen en las entrañas de la tierra, los vagos, agujoneados por la curiosidad, tendrían su oficio. Irían á desentrañarlos, aunque tuvieran que cavar miles de hectáreas, y regarlas con el sudor de su frente, único sudor que trabajando habrían vertido.

Cimadevilla es una inmensa aduana dotada de personal activo y numeroso. Cada transeunte es un género de adeudo, y de allí nadie sale sin el marchámo, dejando en las tijeras de los vistas girones de reputación.

— Qué animada está siempre esta calle, decía un valenciano!

— Es que hay congreso de fiscales. Aquí es objeto de calificación definitiva, cara, traje, modo

de andar y cuantas prendas físicas, intelectuales ó morales adornen á los que pasan, crucen, atraviesen ó paseen la calle, y caigan bajo la segur acerada de los desocupados, muchos por desgracia.

Hay horas en que la fiscalización alcanza su período álgido. Si hubiera algun aparato que la midiera marcaría la máxima de doce á dos.

Pero con el dia acaban las horas hábiles.

El oscurecer despliega bandera de tregua, luce el gas en los escaparates, van llegando á Cimadevilla los de todos los dias, unos forman grupos, aquellos contemplan las sedas y terciopelos formando cascada en la tienda de Masaveu, otros las petacas, carteras y boquillas de «La Borla,» las mujeres se detienen ante los abrigos, manteletas y encajes de «El Vapor,» los chiquillos abren ojos y boca planeando un ataque á las cajas abiertas en los mostradores de los *turroneros*, brillan los galones de un uniforme en la sastrería de Perez, se sitúan unos cuantos coscones en la puerta de la loteria, toman varios estudiantes un ámplio portal, como teatro de jarana y retozo, pasean por el centro de la calle, magistrados, oficinistas, diputados, catedráticos, concejales, militares y paisanos. se oye el rum rum de las conversaciones y el *bulle-bulle* de toda aquella gente; sobre las cabezas se extiende una ligera niebla que el humo de los cigarros torna pronto azulada, y allí se hace el balance del dia, se comenta el último telégrama. se tocan todas las conversaciones, se arregla la hacienda española, y hasta la paz de Europa y con el establecimiento de la central telefónica, llegan confundidos los suspiros de los anarquistas de Chicago. con los lamentos de Frascuelo, cogido el domingo trece, dia aciago.

Es una necesidad ir á Cimadevilla en aquellas horas, si el tiempo lo permite (como cartel de toros) La calle se estremece de gozo viendo aumentar la concurrencia de noche en noche, y se siente *remocicar* (rejuvenecer) olvidando aquellas amargas reflexiones sobre el porvenir, cuando temía que las nuevas calles se llevaran toda la vida en otras direcciones, dejándola morir de vieja.

Muchos de los que concurren con asiduidad, se creen omniscientes. Se juzgan tan capaces de curar el carcinoma del Kromprinz, como de ganar las elecciones municipales de Leitariegos. De todo entienden. El *ancho campo* de la historia es para ellos tan conocido como el de San Francisco. En política se las echan de avanzados y algunos comen de todos los presupuestos, sin que tengan por inconsecuencia, el que estos vayan autorizados por ministros de bando distinto. La hacienda no es de Cos-Gayón ni de Puigcerver; siempre es la hacienda.

Con aires de teólogos abordan, con la valentía de la ignorancia, las mas árduas cuestiones, dándoles solución atrevida. No suelen ser filósofos, y caso de que lo sean, son filósofos del pórtico, porque no pasan de ahí. Ver salir la gente de la iglesia es muy santo: rezar; no es tanto.

Lo que debe concedérseles es gran afición á la música y buen oído. Mentira parece que en Oviedo, con la afición que existe, se haya hecho tan poco. Ni orfeón, (1) ni sociedades corales. Dos músicas que tienen sus altas y bajas, que no revelan vida floreciente y que no satisfacen por completo. Es preciso decirlo así, para que el lati-

(1) Hoy existe.

gazo las estimule. Verdad es que nadie les proporciona estímulos mas agradables.

Con todos estos elementos puede calcularse lo abigarrado que resultaría un ramillete de conversaciones tomadas al vuelo. Quien las pescára para ofrecerlas como curioso *bouquet* en vez de estos renglones! Deploramos no poder hacerlo y acudamos todas las noches á gastar las baldosas galegas. Con esto nada pierden los zapateros y seguirá siendo Cimadevilla nuestra «Puerta del Sol.»



Á LA COMPRA



E había propuesto no hablar de los mercados, porque para hacerlo era preciso recorrerlos, y de recorrerlos me esponía á no salir sin mancilla, porque nadie está libre de que le acaricie el faldón de la levita una gruesa untaza de cerdo de molinerc, que son los cerdos mejor cebados.

Pero no he tenido que molestarme, porque me ha venido de perillas la siguiente narración, hecha por una alcarreña, ama de llaves de cierta familia recién llegada.

— «Señora, decía la alcarreña, como sé que á ustedes les gusta comer bien, he recorrido las plazas, y si nó satisfecha de los precios, vengo

encantada de la abundancia de productos. Quisiera que usted viese los mercados, Hay uno de cristal y hierro, con techumbre de zinc, no muy claro, bastante espacioso, con unos puestos de madera, nada elegantes, que parecen jaulas de fieras. Lllaman á esta plaza del 19 de Octubre, y no crea V que consiste en que sólo se venda ese dia.

Aunque todas las mañanas límpien las baldosas del piso, siempre están súcias Tampoco hay en el mercado bastantes fuentes. Todo lo que revele limpieza gusta y agrada, y más á las que, somos tan límpias como el acero bruñido. Usted sabe bien señorita, que troné con aquel novio de Cogolludo, linde de mi pueblo, porque sólo se lavaba los dias en que no se publica *El Imparcial*.

Pero no sé cómo describirle lo que en los mercados se encuentra: pencas de verdura, coronadas por rizadas escarolas, anaranjadas y grandes calabazas, cestas de nabos, sacos de lentejas, habas y guisantes, tiernas zanahorias y verdes espinacas, postas de carne, trozos de ternera de color hermoso, pirámides de manzanas doradas, ostentando muchas una mancha roja, acaso de rubor al recibir los besos del sol; planas cestas, de un color que pasa de castaño oscuro, conteniendo las peras para la clásica compota; jamones añejos, arrugados embutidos, negras morcillas, tocinos magníficos, cabezas y patas de puerco, riñonadas, lomo, lenguas y lechones, solomillos, perniles, filetes de carnero, alguna liebre, cuyos ojos conservan todavía impresión angustiosa, patos de nevada pluma y gallinas que cloquean y se impacientan queriendo libertarse

de la cinta de orillo que sujeta sus amarillas patas.

Tambien se vé algún pavo hueco y orgulloso, que no presume estar condenado á muerte, y enfiladas por el pico pintadas perdices, esquisitas arceas y gordos pavipollos. Desplumado y con sus untazas se vende el cebado capón cuyo color icterino no promete el sabor delicado de sus ricas pechugas.

Abunda el queso de diversas clases y rebujadas en hojas asoman la cara limpias y amarillentas mantecas, fabricadas en las aldeas, de esta rica leche que es pura nata.

El cesto de mimbre que guarda castañas, nueces, avellanas y frutas secas se dá la mano con el que contiene indigestos pepinos encamados en el imprescindible peregil, los verdes pimientos se destacan del color terroso de las patatas y las pulpetas de ternera no se desdeñan de tener al lado costillares de carnero.

Allá cuelga una pierna de venado, única en la plaza y la gente acude para no quedarse sin tajada, siendo de notar que no son las menos las mujeres de los artesanos, que en Oviedo, al parecer, son muy aficionados á comer de lo mejor. No hallará V. cardos y berengenas, que no se cultivan, ni se producen en esta tierra, pero en su tiempo podrá V. chupar espárragos, rellenar alcachofas, y comer rábanos, que no sé como le gustan.

Si le digo precios vá V. á creer que está en Cádiz. Los artículos están por las nubes. No puede una acercarse á los puestos de huevos porque piden un dineral: hay que despedirse de los moles y la crema.

Muchas vendedoras no ocupan las tiendas,

ó puestos de madera, y se sientan en pequeños banquillos, teniendo delante las cestas con las mercancías, y hay veces que no se puede atravesar entre aquellas filas de cestas, porque es grande la concurrencia, y segura estoy de que cualquiera de las que para andar se mecen como vapor en bahía, si se descuida, vuelca cestos y arma una tendalera que sería de ver. Van muchas señoras, creyendo que así evitan el *siseo*; abundan las criadas, no faltan asistentes melosos, y una porción de gente de aldea discurre por el mercado, comprando poco, preguntando mucho y distinguiéndose por la afición á detenerse ante las tiendas de cintas y corales, que les llevan algunas pesetas.

Allí se ven unos cuantos de ceño adusto que clavetean zapatos y madreñas, por allí pregonan granadas y naranjas, hay castellanos cuyo puesto tiene por techo piñas de uvas y en fin todo aquello es un *mare magnum*. No es fácil entenderse sin dar voces, y como aquí la gente, por lo general, habla muy alto, no es posible estar sin detrimento de los oídos y de la cabeza.

Señora, teniendo dinero no falta nada, y puede pedir lo que se le antoje. Ciertas dudas me asaltaban en el mercado, y una de ellas era que pueda venderse sin que se pierda una *cacha*— tanta carne como se vé partida, y tanto pán como allí se presenta. No se concibe el hambre en Oviedo con tal abundancia.

Estuve en otro mercado que aunque llaman de Santa Clara nada tiene de santo, porque, ante el municipal, echaba un pillete por aquella boca más puerros y cebollas que puerros y cebollas traen de Grado á la ciudad. Y no crea V. que perdió el municipal su constante impasibilidad.

Al contrario, encontraba muy correcta aquella fraseología, porque habiendo tenido el chicuelo la contrariedad de que se le cayese una cesta con tres melones, justo era que desahogara. Aquel mercado es más alegre, pero más pequeño y surte á toda la nueva barriada de Oviedo, que se estiende hasta la estación.

La plaza del pescado es á macha martillo, de cal y canto, y aunque no se pueda mezclar carne y pescado, en algunos días, allí se mezcla todos los del año. Por eso los tablajeros viven en admirable consorcio con las pescaderas. No es grande la plaza, ni abunda el pescado, viéndose únicamente algunos besugos que parece fijan sus ojos vidriados en las fibrosas patas de ternera, cientos de sardinas que rebullen en las cestas, anguilas que pretenden rebasar los mimbres y escurrirse en libertad, y pocas merluzas de esas grandes y hermosas con coraza de plateadas escamas. No he visto mariscos, pero sí me contaron que cuando los hay acude la gente con tal ánsia, que desaparecen en un abrir y cerrar de ojos. Las pescaderas son amables, no se tiran de la greña, y se tratan unas á otras con tal dulzura, que enrojece *una* al oirlas.

Hasta aquí la alcarreña. Mucho más pudiera contarnos, pero como es recién venida, y no muy lerda, puede abrigarse la seguridad de que, con el tiempo, ha de decirnos algo de los tratos y contratos, de las escenas magníficas entre vendedoras y compradores, de las no menos interesantes que se pierden si no se está en antecedentes, de lo que se murmura de los amos, de la *poca ley* que tienen á las casas, de los muchos camelos que inadvertidamente vamos pagando y de algunas censuras que con justicia hacen

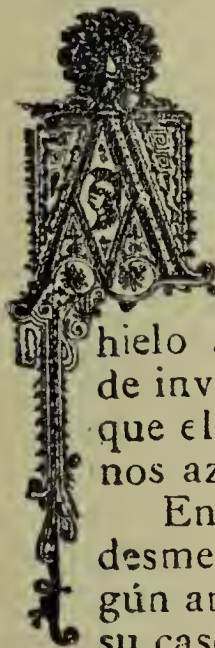
los consumidores, sin que el daño obtenga reparación ni enmienda.

Hace años un gastrónomo que recorría diariamente el mercado decía á un pinche que le acompañaba todas las mañanas, llevando una gran cesta: mira Perico, cuando me casé costaba real y medio una gallina: ahora piden doce. Díme tú si el estómago, que cuenta hoy con la misma cantidad para satisfacer sus apetitos, tiene la culpa de estas subidas, y es acreedor á que se le imponga la pena de la abstinencia. Llévate ese par de pollos, que habiéndose portado tan bien conmigo no es justo que le castigue,





LA CALLE DE URÍA



hí la teneís. No necesito pintarla. Se pinta sola para achicharrar en Agosto á quien la recorra á las dos de la tarde, y para proporcionar caricias de hielo á quien por ella transita en esos dias de invierno, tan frecuentes por desdicha, en que el viento pulveriza la lluvia y con ella nos azota el rostro

En esto no quito mérito á las casas ni desmerecerán por ello las habitaciones. Algún amigo se alegraría que así fuera, y que su casero, habidas estas consideraciones, bajara el precio del inquilinato. Que no abrigue esperanzas. Allí no queda vacante una habitación que no este pedida de antemano y hoy por hoy todos los dueños tienen alquiladas las casas, al precio que se les antoja, y por un añito, como ellos saben hacerlo.

Pero dejemos á un lado defectos. Lo cierto es que en el invierno se convierte la acera derecha en obligado paseo vespertino donde se co-dean, chicos y grandes, donde se murmura, char-la, pincha y corta como en el mentidero de San Felipe, donde se desentumecen al sol los cuer-pos ateridos y donde se zurcen relaciones de esas que acaban en el registro civil.

Vista desde la calle de Fruela parece estrecha, pero ya en la misma calle se convence uno que lo es de veras, en perjuicio del mucho movi-miento que allí se observa continuamente y que admira á cuantos después de algunos años vuel-ven á nuestro nunca bien ponderado Oviedo. Y conste que en esto no nos ciega el cariño fi-lial.

A estrecheces estamos acostumbrados. Todo nos parece ancho cuando se trazan las calles pero vienen luego los apuros, irremediables cuando se yerguen hermosos edificios, se tienden aceras, crecen las acacias y se vé tangiblemente lo que no se veía en el tablero del arquitecto.

Al trazar una calle debieran llevar los comi-sionados anteojos de miope. Ya que los males sentidos hoy obedecen á ilusiones ópticas del ayer, impedir que el mal se repita.

La calle de Uría no está terminada, pero ape-sar del defecto apuntado, el día que sobre los po-cos solares que quedan sin edificar, se levanten casas que no cedan en belleza á las construídas, será una calle digna de una capital de primer ór-den y el que entre por la calle de Uría, ha de verse agradablemente sorprendido, porque nues-tra ciudad tiene por esos mundos de Dios poca fama de hermosa, y es que hablan de ella muchos que no lo han visto hace años, y presumen que

se halla en un estado de marasmo y de inacción, que no consiente mejora ni progreso.

Ofrece notable contraste, con el antiguo Oviedo, en que á falta de *confort*, no había higiene, siendo entonces muy contadas las casas de elevados techos, amplias habitaciones y apetecido desahogo.

No hemos de conceder á la calle de Uría el privilegio de ser la primera en que se levantáran casas hermosas, pero no hay duda que subió como la espuma, que creció en término breve y que promete superar á lo que ya es actualmente.

Bien merece por lo tanto que se le haya rendido pleito homenaje convirtiéndola en paseo de invierno, aunque se sufra el martirio de las *apreturas*, que no es martirio de los menos molestos.

Aquí donde parece que estamos siempre con el agua al cuello, que no somos ya ranas por puro milagro, buscamos con complacencia *algo* que esté *seco*, y la acera de la calle de Uría es de las favorecidas en que desaparece la humedad á las pocas horas de cesar la lluvia, aunque esta no haya sido escasa, que no lo es general y desgraciadamente.

En el fondo de la calle se destaca la estación que en cuanto á desahogo dá quince y raya á la calle, porque eso sí, la compañía del Noroeste ha sido tan rumbosa como el más ruín avaro judío.

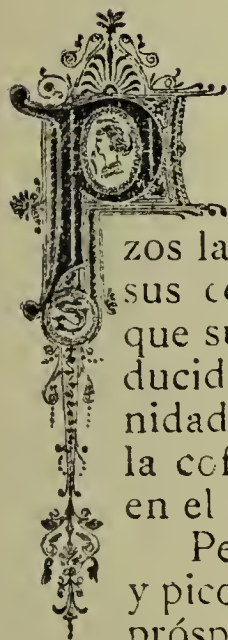
La calle de Uría estaba llamada á ser una calle comercial, pero aunque fuese llamada no ha respondido, porque allí donde se levantan *hoteles* costosos y elegantes *chalets* no pueden establecerse tiendas, escritorios ni almacenes.

Y recuerdo que un viajero reumático de los que vienen por primera vez á Caldas decía en la puerta de la estación antes de montar en el coche de la casa de baños. En esa calle habrá mucho comercio y le replicaron.—Lo que hay son extractos de acciones del Banco, perpétuo, amortizable, cubas y tabacaleras.





EL MARTES DE PÁSCUA



QUEÑO disgusto tendría la sin par *Doña Velasquita* si saltando en pedazos la pilastra, al pié de la cual se guardan sus cenizas, en San Tirso, se enterára de que sus piadosas fundaciones, quedaron reducidas á una función religiosa, cuya solemnidad depende de la situación económica de la cofradía, y al reparto del bollo y el vino en el hermoso campo de San Francisco

Pero no en balde han pasado seis siglos y pico, en que, con intérvalos mas ó menos prósperos, sucedieron las filtraciones á las irregularidades, dejando exhausta la caja—si es que hay caja—de la popular cofradía de los alfayates

Así que no está para socorrer á desvalídos,

porque bien desvalida se halla, ni para sostener un hospital, ni para costear misas y sufragios. Verdad es que los propios cofrades habrán tenido la culpa de que no haya sido la administración todo lo correcta que fuera de desear, y aún puede culpárseles de que no oyeran, ni atendieran, ni siguieran los sábios consejos de la fundadora. ni practicáran las máximas de caridad que se nos dán en las constituciones de la secular hermandad. Sin ir más lejos la corrección marcada al que murmure del hermano cofrade, revela bien á las claras que D.^a Balesquida deseaba que se tratasen los cofrades con respeto y cariño; y si puede conservarse hoy algo de lo segundo, no es la fiesta del martes la más á propósito para guardar respetos, cuando huye de la mente de muchos la idea de la templanza, y no bastando el clásico zumo de las uvas castellanas, que reparte la cofradía, se descorchan botellas de Macharnudo ó Amontillado, no siendo raro el caso de que lábios purpurinos acaricien el borde de la copa bohemía — ó gijonesa — donde brilla la olorosa manzanilla, porque aunque no sea de la hermandad, se prueba, saborea ó apura sin escrúpulos ni miramientos.

Bien es verdad que el paseo de la mañana no tiene nota de ceremonioso ni encopetado, antes bien el pueblo en sus distintas clases, *gerarquías* ó *posiciones*, tiende á darle un carácter de naturalidad y sencillez que encanta y atrae, sin que durante el año haya otro que le iguale ni sea factible instituir en la actualidad fiesta análoga que remede esta *matinée sans compliments*.

Hasta el sitio parece prestarse á disculpar cualquier expansión, que en otro lugar pudiera tildarse de poco prudente. Unos robles añosos que en

su larga esperiencia ya saben que aquello no es más que flor de un día, estienden sus ramas, que han cuidado de vestir de hojas, y á la vez que proporcionan grata sombra, no permiten que el sol se entere de lo que pasa por allí abajo, y cuando algun rayo curioso quiere fiscalizar, la caña se cimbrea, ayudada por el Nordeste, para impedirle que penetre donde se le veda la entrada.

Y debajo de aquellos brazos protectores de los robles, un paseo que se ha ensanchado y engrandecido, cuyo enarenado piso huellan las plantas de asturianas preciosas ó lindas forasteras, de estudiantes que rebosan alegría porque guardan en el bolsillo de la cazadora las notas alcanzadas en los inmediatos exámenes, gallos que pollean como si tuvieran veinte Abriles, y jamonas que se olvidan de los años que pasaron; madres orgullosas de sus pimpollos, y padres complacientes que comen el bollo en su propia casa, é invierten el vino de la cofradía en rociar las fresas que polvoreadas de azúcar se apilan en el frutero. Por allí abundan aficionados al zumo, que se prestan á acercarse cien veces á la cuerda que rodea el sitio destinado á la carroza, para sacar el bollo y el vino correspondiente á los cofrades, cuyos recibos presentan; y corren niños de cara sonrosada cuyo pelo ensortijado sale por debajo de su gorra marinera, y niñas de cabeza rúbia, vestidas caprichosamente, que solo padecen al verse agobiadas de besos y caricias.

La carroza que ha conducido triunfalmente desde la tahona y el registro los bollos de retorcidos cuernos,—bollos que no son de escanda, ni remedan siquiera el pan de *fisga*—y el vino de *pasado el monte*, se halla situada en uno de los lados, adornada con los colores nacionales, y ver-

des laureles, y custodiada por los que tienen arte ó parte en la administración de la cofradía. De allí salen bollos sin cuento, y corambres que se vacían como por ensalmo, y mientras las músicas lanzan notas al viento, el que lo tiene, quiere y puede, vá pasando á *tragos* las horas de la mañana.

Al lado contrario sobre el verde cespèd ó *ray-grass*, se ven grupos animados, que van trasegando vino de la bota al estómago; otros que tienen verdadero carácter familiar, y otros que se forman á las inmediaciones de esos *chigres* de quita y pon, en que se despacha pescado frito, sidra *hecha*, vino de Toro ó bautizado tierra, embutido reseco y picante, para que se agote pronto el jarro, y quesos del país, de *trapo*, *Cabrales*, *Caso*, ó de *afuega el pito*, en consorcio amigable con el castellano de Villalón.

Si aquella mañana han llegado langostas, se siembra el suelo de los pedazos de sus rojas corazas, y se saborea con fruición aquella carne blanca, y aquellos corales esquisitos, sin pensar en dificultades digestivas, que no pueden presentarse en estómagos de hierro. Alguno destapa la cazuela que guarda apetitosa menestra, otro abre una lata de escabechada perdiz y el de más allá acaba con una mortadela de Bolonia, que le deja el gaznate en disposición de ser remojado con tal frecuencia, que raya en temeridad.

Así que la fiesta resulta consagrada á Baco, con lo cual acaso Ceres no esté muy conforme, pero es lo cierto que allí el pan—aunque nadie perdone el de la cofradía—goza un papel que necesariamente hay que calificar de secundario.

Para el martes de Pascua se organizan comidas en el campo ó en sus alrededores, y los ami-

gos del círculo, los compañeros de profesión ó de profesorado, los constantes contertulios, se reunen en sitio elegido *ad hoc* y, poniendo á contribución los *restaurants*, celebran, por conservar la tradición, nuestro original *martes del bolllu*.

Aunque estemos en Junio, Trannoy y Lacoume hacen su Agosto, porque no dán paz á la mano, agotan en breves horas sus provistas des-pensas, el pavo trufado marcha en finas lonjas, y el jamón desaparece bajo una filamentosa capa de oro de huevos hilados.

Tras la comida, viene luego concurrido paseo en el salón principal del Bombé, abriendo *los estrenos* ancha puerta á las modas de verano.

Si el tiempo es inclemente, la fiesta se realiza en deplorables condiciones. Refúgiase la carroza en el átrio de San Francisco, y es preferible perdonar el bollo por el coscorrón, pues aumentan extraordinariamente las apreturas, y son innumerables los estrujones.

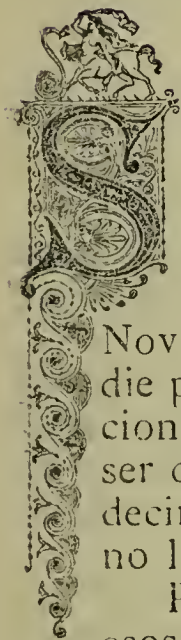
No son pocos los que llegan á Asturias, y se aficionan á la fiesta del Martes de tal manera, que aun despues de alejarse de aquí recuerdan lo que gozaron en el clásico día, y sienten no poder hacerlo nuevamente. Nada de particular tiene, por lo tanto, que los ovetenses que de aquí se fueron, se acuerdan del Martes del *bolllu*, y haya alguno que ordene se le envíe el vino de la cofradía como *balsámico*.

Creo que es costumbre mandar el bollo y el vino á la Princesa de Asturias y á las autoridades. A estos no les costará nada, pero de mí sé decir que todos los años me cuesta algunos céntimos sacar el recibo, porque siempre hay *derrama* entre los cofrades, sin duda por lo que antes se ha

derramado, y además se insinúa la necesidad de contribuir al *fomento* de la rifa, tomando papeletas. Así es que el regalo de la cofradía le sale á uno por una triolera. Casi es preferible *pasar el monte* en busca de vino, y buscar el pan de fisga en algun horno de los que no modificaron las modernas invenciones. Pero ya que me cuesta no lo perdono, y hállese donde se halle prometo, mientras viva, ir en demanda del sabroso bollo y dorado vino de la cofradía de los *Ķastres*, ya que en esto de cortar el que mas y el que menos corta un sayo, aunque resulte hopa.



EL DIA DE SAN MARTÍN



SIN duda aquella espada de San Martín, que un día partió en dos la capa del santo para abrigar al mendigo de Amiens, ha pasado por aquí cortando el once de Noviembre los contratos de arriendo. Nadie podrá decir la causa. Ningún motivo racional abona tan extraña costumbre, á no ser que obedezca á que de este modo pueden decir con razón los dueños «á cada inquilino le llega su San Martín.»

Pasa aquí como cosa corriente, que en esos días de mudanza hace buen tiempo, y hasta se tiene como clásico el *veranin* de San Martín; pero ríanse ustedes de clasicismos. Si no fuera una prueba irrefutable lo sucedido este año, bastaría el recuerdo de tantos días fatales en que muebles, ropas y efectos sufrieron las inclemencias del agua y el granizo.

Más de unavez se ven repletos carros de mudanzas, sobre los que cae pertinaz lluvia, y cualquiera *envidia* la situación de aquel inquilino que tardará en dormir cómodamente, cuanto tarden en secar aquellos colchones empapados como esponjas

Este sistema de que todos cambien á la vez de casa, tiene otros inconvenientes y multiplica los gastos y los disgustos. Los carros de mudanzas están por las nubes, los mozos *de cordel*, — que son mozos de carne y hueso — se venden muy caros, y como la mudanza tiene que hacerse en un limitado espacio de tiempo, se origina un barullo incalculable, cruzándose en la escalera, cuando no en la alcoba, el catre del que se vá con la cama del que viene.

El menor retraso, la menor demora en un inquilino, retrasa y demora el cambio de habitación de otros muchos; así es que unos hurgan á los otros, y cada cual se convierte en un apremio del que vá á sustituir. Con esto los ánimos se sobrecitan y surjen acaloradas disputas, causa muchas veces de eternos ódios.

Es claro, á nadie le gusta que llegue el dia de la *forzosa* y le pongan los trastos en la calle. Cada cual quiere tener arreglado el nido, y no vá á sufrir nuevas molestias ni agradecidas ni pagadas

Los dueños de casas están interesados en que siga tan perniciosa costumbre, y como ellos imponen la ley, el que no quiere acatarla, tiene que andar de la Zeca á la Meca, buscando un piso vacante, y pidiendo el arriendo por meses, que si lo obtiene, es á cambio de un sobreprecio en el alquiler del cuarto.

Puede asegurarse que sean ó no conquista del

progreso las huelgas, hasta que no vengan radicales transformaciones, se sucederán las de cuantos oficios, artes ú ocupaciones pueda tener la humana naturaleza, pero nunca sobrevendrá una huelga de inquilinos. Porque esta consistiría en vivir en el arroyo, y allí no había de tolerarlo el Municipio ni el *pudor*. También podía ser á campo raso, pero aunque se encontrase campo, no había de consentir tal vida ese tiempo que nos prodiga caricias paternales, ni esos mil bichos, enemigos de la tranquilidad y de la vida, que zumban, pican ó muerden en esta *costra* que ocupamos. Además, á campo raso podrá no haber hundimientos, caseros, ni cucarachas, pero habrá el peligro de que se coman á uno vivo, con trapos y todo, los mamposteros, albañiles, carpinteros, canteros y hasta arquitectos, que quedarían sin pán si se adoptara esta *vida rural*.

Queda el recurso de resistirse al pago, pero es un recurso que le deja á uno sin ellos para toda la vida, porque cada dueño fulmina la ley de deshaucio y en menos de un sancti amen malvende los trastós la curia, y queda el inquilino, con su caterva de chiquillos, de patitas en la calle, cacareando y sin plumas, como el gallo de Morón.

Les digo á ustedes que esta costumbre no se estirpa ni se acaba. Están tomadas todas las avenidas y es preciso soportar resignados este despótico yugo indestructible, porque no queda más salida que la de la puerta de entrada.

Pero todos los inconvenientes referidos son un grano de anís ante las molestias que ocasiona el acomodarse en el nuevo cuarto. Mucho se sufre empaquetando muebles, y mucho se padece

viendo cuánto destruye la carga y descarga; pero entran Vds. en la nueva habitación, y tienen que soportar,—aunque cueste erupciones ó reuma—revoques y blanqueos generales de los tabiques y paredes, pintura de puertas, y cepillo y fregoteo de pisos. El inquilino anterior era súcio á *nativitate*, y sus niños se entretenían en hacer túneles en los tabiques, é hicieron tantos como hay de la Perruca á Fierros. Por cada enfermedad que esto produjese debía perdonarse un trimestre de alquiler; pero el Gobierno no perdona contribuciones, replican los dueños y no podemos perdonar ni las injurias.

Así es que hay quien sale de una casa, porque unos *hemípteros* con antenas le chupaban el quílo, y se mete en otra donde las obras que se ejecutan le proporcionan males que tarde mal ó nunca se desarraigan.

Además actualmente la mayoría de los arriendos comprende la cláusula de pagar el agua, y hay inquilino que paga la cuota sin disfrutar del servicio, quedándole como lenitivo la esperanza de tener agua cuando concluya el *estiage*; un *estiage* sin principio ni fin, porque del principio nadie hace memoria, y el fin no puede predecirse, ni hay trazas de que llegue tan venturoso día.

Con todas estas palpables ventajas creerán ustedes que nadie se mudará sino por verse compelido á ello, ya por el aumento de familia ó el ánimo de disfrutar mayores comodidades. Pues se equivocan Vds.; hay quien se muda por gusto, gusto extragado, pero que proporciona satisfacciones á los que, si no se mudan, tienen que cambiar de lugar los muebles para hacerse ilusiones. Conozco á uno que cambia de sitio la

cama y cada año se vé más sorprendido de que en el anterior no se le hubiera ocurrido la feliz idea de la variación que acaba de efectuar, porque encuentra mil ventajas en cada cambio, y le parece que el cuarto crece cada vez que da vuelta á sus trebejos.

—Es preciso matar esas costumbres viciosas, decía un propietario muy amante de la ciudad. La embriaguez, el juego, la vagancia....

—Y los arriendos por año. agregue usted.

—Hombre el dueño propone ...

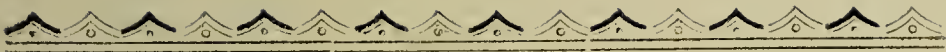
—Y el inquilino forzosamente acepta, pero no dispone, que si dispusiera, ya otro gallo les cantara.

En esta época, en que todo se arregla con fórmulas, debiera buscarse una de transación entre propietarios é inquilinos. Mientras no suceda, el único remedio es el que daba un amigo á otro que echaba chispas cada vez que se mudaba:

—Esto es intolerable, decía, ¿qué haré yo para librarme de estas chinchorrerías?

—Comprar casa.... y entre reparos, retejos, ciclones que vuelcan chimeneas, reemplazo de canalones corroidos, revoques y pintura de fachadas, inquilinos que no pagan un cuarto y contribuciones gravosas cobradas á toca-teja, quedas convencido que el dueño de un edificio es el ser más privilegiado de la tierra.





CON EL BATALLON



Somos tan impresionables como una p'aca gelatinizada. Y de esta cualidad, no muy recomendable por cierto, hemos dado otra prueba cuando supimos que guarnecería á Oviedo un batallón, y vendría á la ciudad la plana mayor.

Como niños con zapatos nuevos nos regocijamos sin rebozo, gozando de antemano en los acordes de la charanga, y en las distracciones y animación que iba á proporcionar.

Este gozo se tradujo en preparativos para recibir *dignamente* al Batallón, y se levantaron arcos triunfales para aquellos soldados bisoños que no venían de reñir luchas, ni de conquistar lauros. y las gentes invadían la estación, la calle de Uría y el paseo de los Álamos.

Juzgando que llegaban de un momento á otro hubo quien sintió que del estómago partía una voz que pedía la cena, y prestó oídos, no obstante, á la curiosidad, que en tono imperioso le mandaba esperar, y esperó hasta las nueve y pico, hora en que entraban los viajeros admirándose de la acogida, y sorprendidos del entusiasmo con que se les recibía y del inmenso gentío que encontraban al paso.

De aquel entusiasmo del primer momento quedan sólo vestigios, pero de aquella multitud apiñada resta todavía una cohorte de aficionados que siguen al Batallón de Cazadores de la Habana cuando éste vá, por las tardes, á la instrucción, cuando, los domingos y fiestas, asiste á la misa, y cuando, en días determinados, emprende *saludables* paseos militares. A este puñado de *amateurs* vamos á unirnos para llegar con ellos al campo de instrucción.

El campo de instrucción es realmente poco espacioso, y reúne medianas condiciones, pero no hay otro mejor

Los asistentes, (no los de tropa) suelen echar su cuarto á espadas, emitiendo juicios acerca de la precisión con que se efectúan los movimientos, de la actividad con que se ejecutan las órdenes, y de la mayor ó menor aptitud que demuestran los soldados al realizarlas.

Las opiniones se dividen, se suscitan cuestiones, se promueve en algunos casos discusión reñida, y en no pocos se toman las cosas más pequeñas con un calor asombroso, tanto más asombroso allí, donde reina un Norte, y, como Norte, frío, del que es preciso resguardarse, buscando refugio en las paredes del Hospital Manicómio.

—Le digo á V. que aquella compañía se distingue de las otras dos.

—Está V. completamente equivocado. Es preciso fijarse en el tiempo que tardan en cumplir la órden los soldados del flanco derecho.

—No vé V. la cara que pone el capitán de la otra compañía. ¿Crée V. que aquel gesto revela estar satisfecho?

—Hombre de Dios, á los oficiales el menor detalle de incorrección les desagrada. De seguro que tampoco se halla satisfecho el que manda la compañía que tanto elogia V. Pero es claro no se puede V. fijar en su cara si está mirando las de los demás.

—Pues amigo, los oficiales de aquella compañía tienen más suerte con sus soldados, ó toman con mayor empeño la instrucción, porque los hechos revelan un adelanto notable.

—No es V. justo. Precisamente en este Batallón no se halla un oficial que no tenga empeño decidido en que el soldado alcance pronto la instrucción necesaria, y todos, sin despertar rivalidades, ponen especial cuidado en elevar su compañía cuanto sea dable, teniendo en ello singular complacencia.

Así mutuamente se estimulan, y dan todas ellas pruebas relevantes de perfecta organización, y esquisita disciplina, siendo hoy este Batallón uno de los más brillantes de nuestro ejército; porque aparte de los jefes y oficiales, que son modelo de militares, y que se han conquistado aquí merecidas y generales simpatías, cuenta como una honra el que los reclutas de ayer son hoy buenos soldados.

En otro grupo la conversación es de más bajo vuelo.

—Sabes que tiene poco génio el alazán que monta el Teniente Coronel?

—Qué entiendes de génios ni de alazanes?

—Y ese carnero, ¿á qué viene? (1)

—Es del Batallón. Lleva el vivo verde de los cazadores y es tan agasajado por el primer jefe como por el último soldado. Viene á la instrucción, porque acompaña al Batallón á todas partes. Cuentan de él prodigios de inteligencia inconcebibles en un carnero.

Tiene buen tamaño y esa testuz cortada de diverso modo que la generalidad de su especie revela cualidades excepcionales porque de la conformación depende.

—Adios. Ya te metiste de patitas nuevamente en lo que no sabes. Quieres competir con Federico Couvier en sus elogiadas investigaciones sobre el instinto é inteligencia de los animales.

La tarde espira, el Batallón dando por terminada la tarea del dia sale del campo de instrucción. toma la carretera, se forma en la bifurcación de la calle de Uría, toca la charanga un paso doble que fina en la entrada del cuartel y los *amateurs* se quedan á la puerta, marchando luego de allí, con el consuelo de que se repita la función en la tarde próxima.

Los aficionados, y sigamos llamándoles así, asisten en mayor número á la misa de tropa, porque para ésta cuentan con un gran elemento, el femenino, que en la instrucción solo está representado por alguna niñera que, vá á la instrucción, saliéndose de las instrucciones de su señora, y expone á los chiquillos á catarro seguro ó pro-

(1) Conste que esta silueta fué escrita en vida del *malo-grado* carnero.

bable pulmonía. Es verdad que el ros encandila á cualquier niñera y á la que no lo sea.

No afirmo que termine en San Tirso la peregrinación emprendida por el Batallón, para *oir* tranquilamente su misa. La Catedral le abrió sus puertas, de allí fueron á San Isidoro, por ahora se celebra en San Tirso y sabe Dios si aquí seguirá, porque al paso que van, si en los meses de estancia en Oviedo han recorrido tres iglesias, aun les queda la esperanza de recorrer, en lo que resta, todas las demás. Aunque supiera las razones de estos cambios, libraríame de mentarlas para que nadie pudiera decir que nos metemos donde no nos llaman.

Lo que sí puede decirse es que la entrada y salida del Batallón era mas lucida en la plaza mayor, cuando se celebraba en San Isidoro, á las ocho y media, la misa de tropa. Por la Plaza discurrían desde las ocho los habituales concurrentes, que esperaban *verle subir* por la calle del Peso, presenciando luego la entrada en la iglesia.

Probable es que no pocos se fijáran mas en los uniformes que en el altar, y que el movimiento de cualquier soldado les robara la atención, que la misa exige, pero es muy cierto que cuando en el momento de alzar, los soldados se doblegan para adorar á Dios y á Él se elevan las oraciones, entre las notas magníficas de la marcha real, todos parecían poseídos de ese algo inesplicable, que no sé si llamarse debe arrobamiento, que produce siempre la contemplación del que todo lo puede.

A la salida formaban las compañías en la embaldosada plaza, y emprendían el regreso por Cimadevilla, tocando la charanga animado paso-do-

ble, demostrando por el de «Cádiz» singular predilección.

Ahora el Batallón vá á San Tirso, con gran complacencia de los vecinos de la Catedral y de la Platería, que tienen este número más en su programa de distracciones.

Como la iglesia es pequeña y el Batallón ocupa la nave central, nada tiene de particular que las laterales sean insuficientes para albergar tantos devotos de la misa de tropa. También se llenaba la iglesia de San Isidoro apesar de que sin que me ciegue el cariño de feligrés, caben dos iglesias como la de San Tirso dentro de nuestra parroquial. La decana necesitaba un buen solar y algunos miles de duros para construir otro templo.


Los concurrentes á la misa de tropa dicen que van porque es breve, porque encanta la composición de los soldados, su constante atención y profundo respeto, y que como la música solo toca al alzar, para mayor realce de este momento solemne, no hay el peligro de distraerse, ni se toma tal misa como mero pasatiempo.

No á todos será dable sustraerse de lo que en la misa de tropa robe la atención, y por eso algunos, conociéndose á fondo, prefieren oír tranquilamente cualquiera de las ochenta misas que se dicen diariamente en las iglesias, capillas y oratorios que hay en Oviedo. Y hay que convenir en que si la tropa no ahuyenta la devoción no son las bayonetas agujas imantadas que la atraigan.

Reducidísimo, pero muy reducido, es el número de los que acompañan al Batallón en sus paseos militares. Algunos amigos de los oficiales anuncian á todos vientos su hazaña, no sé si con-

siderándolo militar proeza, ó como honesto entretenimiento que se permiten á costa de sus piernas. Regresan muertos de cansancio, pero con el polvo *glorioso* del camino, y el que lea en aquellos ojos de carnero á medio morir, puede convencerse de que tales aficionados no están hechos á aquellos trotes, y difícilmente ocultan que les rindió la fatiga del día. Dejémosles, pues, que descansen y descansen tambien nosotros tranquilamente que bien lo hemos menester después de esta larga excursión con el Batallón.





EN LA FÊRIA

Dudo que en otros pueblos se identifiquen con los genuinamente ferieros los que nada tengan que feriar, pero aquí vamos á la fêria, y nos preocupamos y hablamos de la fêria, como si algo nos fuese en ella. Lo general es que no tengamos caballerizas, ni caballerías y que no seámos dueños de otra crín que la vegetal que, en vez de pelote, forma las tripas de trasnochada butaca; pero apenas se columbran los vistosos collares de las muletas, van los aficionados al *real* de la fêria, con una constancia digna de mejor causa.

Aún no me he penetrado de los atractivos que pueda tener para los legos, que nada tienen que vender y menos piensan en comprar, porque en nuestras fêrias los caballos son casi todos de

la misma calaña, y apenas se vé un animal de buena estampa, y las transacciones no tendrán lances que revelen gracia, ni proporcionarán grato pasatiempo, porque aunque entre compradores y vendedores haya muchos con alma y comportamiento de gitanos, ha de faltarles esa sal que á estos les ha eximido más de una vez de la aplicación de legales preceptos.

Nos hallamos en época de fèria y cruzan las calles los jamelgos corriendo ó galopando como si todo Oviedo fuera hipódromo y no hubiera transeuntes expuestos á un atropello, ni municipales que guarden nuestras costillas, impidiendo la fogosidad de caballos y caballeros.

Abramos pues los ojos para evitar que en el camino de San Lázaro tengamos algún percance, porque viene un tropel cabalgando en descompuestos corceles y hácia la fèria ván otros en carrera desatentada, así que nadie podrá tildarnos de medrosos si tememos alguna caricia desagradable. El más valiente piensa en ello al encontrarse entre tanto bruto.

Pero gracias á Dios hemos llegado sanos y salvos.

La fèria ha comenzado con buen tiempo, *avis rara* en Oviedo y más aún en época de fèria.

Los vendedores están en desoladora mayoría, y entonan tenebrosas! lamentaciones porque aman á las *muletas* más que á sus propios hijos, y sienten tener que darlas por un pedazo de pán. Allá vá uno que ya ha vendido. Vuelve á los hogares cabizbajo, y durante el camino se confunden sus cuítas con los relinchos dolorosos de aquella *yegua de vientre* que se vé separada de una hija entrañable.

En un extremo de la fèria se realiza la venta

de un tordo de cuatro yerbas que es de lo mejorcito, que se ha visto, y á nuestras espaldas se oye:

—Dás en los treinta la potranca?

—Sólo el cuarto delantero vale cuarenta.

—Pues has de tener que mantenerla en Marzo con trigo candeal.

—Cuánto ese jaco *á tira ramál*?

—Cincuenta y la robla.

—Guárdalo en espíritu de vino.

—Quiere V. cuarenta y seis por el macho? dice un leonés.

—Era preciso que fuese más macho que él.....

—Veinticinco duros esa luchuza.

—Si es la reina de la féria!

—Pues quédese con su real magestad.

—En otros tiempos valdría setenta pesos.....

—Pues nacer antes.

Por allá se vá aquel castellano que en la féria de la Ascensión marcó tanto caballejo. Sea el villino ó que es optimista, porque siempre las cosas le salieron bien, parece que vá contento. En cambio, el compañero no las lleva todas consigo. Desembuchó cuanto traía y está amilanado por haber vaciado el gato, y llevar por delante tantas reses, con el temor de no poder venderlas con ventaja, corriendo el riesgo de tener que invernar con ellas. Recuerda aquellas nevadas persistentes cuyo manto blanco fué la mortaja de ganado y ganaderos.

La gente se acerca á un grupo donde se justiprecia un pollino en catorce pesetas. Un borracho es el que lo lleva de la cabezada y el burro, apesar de ser malo, anda mejor que el que le conduce. Todo tiene su término de comparación, y en este caso es favorable al burro. Intenta comprarlo un pordiosero de esos que cubren la cabe-

za con gorra de cuartel, sin otro ánimo que el de pasar por inválido de la guerra civil y creer más probable excitar de este modo sentimientos caritativos. Aquel hombre no anda muy bien, pero piensa ir en carrillo y ganar con exceso para la manutención de su familia y del burro. Acaso el burro sea para él un negocio. A pié se recoje menos.

Aquí no hay coches cuyos dueños vengan á lucir los troncos, ni apenas se ven caballos de tiro, aunque hay muchos jacos que merecían el tiro, pero de Remington

No hay paseo cómodo para los *peatones*, ni sitio donde guarecerse, ni puesto donde tomar algo más que agua con azucarillo y gotas de mal llamado anís. Aquí suele haber amantes del pañuelo ajeno que anhelan hacerse con él para conservarle como recuerdo cariñoso, sin que les moleste que en vez del pañuelo sea un Amadeo ó un billete *ú dos* de cualquier precio y emisión. Aquí corremos el peligro de un *espanto*, donde puede ganarse alguna coz, ó un pisotón rural, que son peores que coces. Aquí está el ambiente saturado de ajos y puerros, porque el amílico, ó el peleón analizado, surten efecto, y cada boca es una ametralladora Nothenfelt cargada de sapos y culebras, y si un chicuelo pega á un caballo, y éste se altera, su dueño echa más ternos que los que se han cantado en cuantas honestas loterías caseras, con camilla y gato, ha habido en España durante los inviernos del presente siglo.

En la fèria todos parecen de mal génio. Basta lo más mínimo para que se vocifere y alborote, se pongan las caras como pimientos de Ca-

¡Ahorra y echen los ojos mas chispas que las que saltan al descargar una botella de Leiden.

Pero no ha de ser la electricidad la causa de esta irascibilidad y escitación nerviosa. Mientras abunde el zumo de uva ó de manzana y crujan, por el peso, las tablas del repleto cajón de la taberna, no ha de curarse esa endemia de los *ferrieros*.

Por eso puede afirmarse que lo mejor de la feria es no ir á ella.





LA PLAZA DE LA CONSTITUCIÓN



UE nada ganaste con los repetidos cambios de nombre, lo creo; que lo que necesitas es cambiar de aspecto, también te le concedo; pero no te agrada oír que, aunque te llamen *constitucional*, eres una pobre plaza de pueblo.

Te dan ese carácter las consistoriales con sus arcos descascarados, la iglesia en cuya fachada ha impreso el tiempo térrica patina, y algunas de las casas, cuya construcción extravagante, y cuya pintura, si cabe, de peor gusto, son muy apropiadas para que en sus bajos haya tiendas, cuya puerta guarnezcan chillonas fajas de aldeano, boinas y sombreros para la gente del campo, retales de anaranja-

da, roja ó verde bayeta, peludas correas de las que sujetan el yugo, y pañuelos multicolores de dudosa seda, que son el encanto de las que vienen al mercado luciendo zarcillos ó arracadas.

Por de pronto ganarías mucho si pudiera levantarse en el lado Norte de la iglesia otra torre que hiciera simetría con la construida, si se reparasen aristas y sillares que los años carcomieron, si se renovara el caserío, si en lujosas tiendas se establecieran comercios de primer orden, en que la luz eléctrica, luciendo en surtidos escaparates, viniera á poner de relieve á los padres del concejo la necesidad de embellecer, en cuanto les fuera dable, la vetusta cara de la casa del pueblo y si por arte mágico pudieras tener un nivel igual y disimular en parte tu lamentable pequeñez, defecto capitalísimo y difícil—sino imposible—de remediar.

Ordoñín te desconocería, sin embargo, y *Juaco Bueno*, que apesar de ser bueno no pudo conseguir que se alargaran sus alegres días, tendría para tí una frase de admiración si te viera embaldosada, cuando tantas veces ha renegado de las desigualdades de tu piso, atribuyendo á estas y no á otras causas más hondas, cierto desequilibrio, y algun traspies demasiado frecuente.

Concurrida te verías en aquellos tiempos en que sobre tu suelo se alzaba el cadalso, porque siempre fué extraordinario el número de aficionados á esta clase de espeluznantes espectáculos; pero hoy no puedes quejarte de falta de gente, sobre todo en los días feriados cuando las puertas de San Isidoro son insuficientes ante la multitud de fieles que salen de misa, de los cuales queda en tu recinto un buen contingente de aldeanos que contribuyen con su credulidad á hinchar la

bolsa del parlanchín comisionista que pondera las excelencias de un papel tinta, los beneficios de un elixir dentrífico, las ventajas del jabón de brea, los efectos de una esencia para quitar manchas ó los prodigios de unos polvos tintóreos.

Tambien te ves repleta cuando el batallón se acerca al templo y los curiosos se agolpan á recibirle formando luego apretada fila que se cierra al pasar el último soldado, para penetrar tras ellos en la iglesia y oír la breve misa de tropa.

Tambien te hallas favorecida cuando el agua encharca el piso de los paseos y en la angosta Cima-devilla no puede pasearse con libertad y holgura.

Tambien te ves atestada cuando llega la época de fiestas, se iluminan las calles céntricas y forasteros é *indígenas* apenas pueden moverse y respirar, viéndote entonces alumbrada por el gas que se quema en el sinnúmero de boquillas que en correcta formación llenan los antepechos de los balcones municipales.

Tambien, por fin, te ves resguardada en todos los momentos de la vida, porque nunca te dejan sola los vagos, municipales, mozos de cordel, retirados que se aburren, los que batieron al insurrecto en la manigua y hoy yacen en la escala de reserva, y los que tras ímprobo trabajo, economía y ahorro vienen á echar raíces en la provincia donde nacieron, hermosteando la ciudad, con soberbias edificaciones y contribuyendo con sus capitales á dar impulso á explotaciones de la riqueza del suelo, á la creación de nuevas industrias ó á la realización de vías férreas.

Consuélate, por lo tanto, que aunque vieja, pobre y no agraciada, tienes más amantes que otras jóvenes que apenas cuentan quince Añiles

bellas y bien proporcionadas que revelan sólida riqueza y solo se ven concurridas en determinadas horas y contados días.

Ya que no nos oye, he de confiarte que tienes mejor fama que Cimadevilla, porque á juzgar por lo que cuentan lábios femeniles, por tí se atreven á pasar en cualquier momento, sin temor á las miradas ni á las censuras de los contertulios que se reunen en *atopadiça* trastienda, mientras que el atravesar el cacareado mentidero ofrece siempre algun reparo que más de una vez les obliga á emprender otros derroteros.

Eres democrática por temperamento y no por aquello de que te hayas llamado del once de Febrero. En tu recinto se roza la levita confeccionada por Espinosa ó Montes, con la modesta blusa del obrero, el severo traje talar y el cepillado y vistoso uniforme.

No ofende tus castos oídos el que pregonen los ciegos periódicos de encontrados matices, ni te subleva el que el obrero con ribetes de político, constante lector del *País*, estreme las ideas que este siembra y vea practicable cualquier desatinado proyecto; ni te importa que un inválido de Oroquieta proteste contra la erección de un monumento carlista. Respetas muda las opiniones de todos y aunque siempre te ves pisoteada, sufres con resignación los desahogos de los míseros mortales que vivimos en la ciudad de los Obispos.

Como si tuvieras que inspeccionar la limpieza de los gruesos cristales de sus linternas, todas las noches los serenos, al tomar lista el cabo, se colocan en fila y bajando la tapa que oculta la luz, te envían cariñosos rayos, despidiéndose cada uno para su distrito, hasta que raya el alba y vuelven

á reunirse bajo los arcos para felicitarte sin duda por el nuevo día.

No estás pues desairada ni mucho menos, y no creo recuerdes con envidia aquellos tiempos en que reunías á los que bailaban la danza prima. Presumo no obstante que habrás recordado cien veces aquella fuente rematada por marmóreo león, que al ser arrasada produjo enérgica reclamación de las sirvientas. Por cierto que me parece que la reclamación llegó á formularse por escrito, pero decretarían «Visto» y este visto fué que la piqueta municipal acabó con aquel remedo de abrevadero, donde tantas horas perdían las domésticas, descendiendo de su trono el león y yendo á sufrir soportable cautiverio tras la reja que cierra la ventana rasgada del primer descanso de la escalera municipal.

Recuerdo que en cierta ocasión, contemplándole un aldeano y un hijo suyo de 8 á 10 años, se vió perplejo al preguntarle el chico por qué si era de piedra le tenían enjaulado y con reja de hierro, replicando el padre despues de rascar cabeza y cogote, y con una sonrisa de estupidez mal disimulada:

—Por miedo.....

No quedan vestigios de tu mercado ni ya se sitúan en uno de los lados aquellas lienceras, vendedoras rezagadas que se resistieron por algun tiempo á abandonarte.

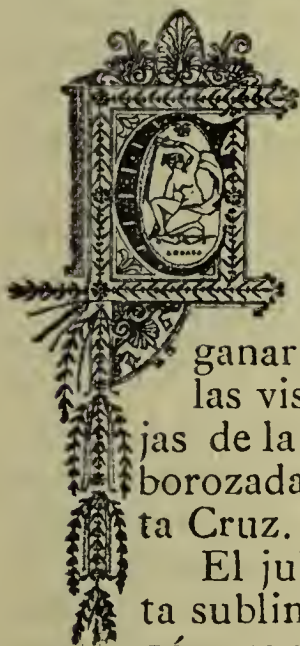
Réstate aún recibir en las gradas de San Isidoro á las atezadas y nervudas brazeras que vienen con la azada al hombro en busca de quien les demande y arriende el trabajo (el romano *locatio-conductio*.)

Y vamos á terminar esta plática, porque temo que origine murmuraciones. No te ofendas por

las verdades que te he contado, pues ya sabes que son hijas del cariño que te profesa un santanderino *per accidens*, pero ovetense hasta la pared de enfrente.



LAS FIESTAS DE SAN MATEO



OMO el galileo evangelista, abandonando su telonio, acudió presuroso al llamamiento de Cristo, así también los fieles acuden hoy á ganar la plenaria, tan luego les llaman las vistosas banderolas, que, en las agujas de la torre de la Basílica, flamean alborozadas anunciando el jubileo de la Santa Cruz.

El jubileo es la principal fiesta—la fiesta sublime del alma—que no admite parangón con ninguna profana; y hoy como ayer, ante el comulgatorio de nuestra Señora de la Luz, se hinca un gentío inmenso, que persevera en la fé, y dá una prueba irrefutable de que la

santa tradición, arraigada en el suelo asturiano, prevalece incólume, resistiendo la segur del ateo, que acecha la ocasión de propalar incredulidades, y la apatía del indiferente, siervo de la gleba, aferrado en cumplir terrenales fines, sin preocuparse de futuros y mas altos destinos.

Si á esto se agrega la exposición del Santo Sudario, veneranda reliquia que guarda la iglesia del Salvador, bien puede afirmarse que aunque las fiestas profanas sufran el traslado que amaga, no podrán jamás dejar de celebrarse las tradicionales de San Mateo, con un concurso numeroso, que ha de preferir lo que es preferible, sin cuidarse de toros ni cañas.

Pero además espira la temporada de verano, y tornan á sus hogares los que fueron á zambullirse en el Cantábrico, los que aspiraron puros aires en el campo, los parroquianos de establecimientos de aguas minerales, y los que emigraron á las provincias en busca de mayores comodidades, mayor número de distracciones y mayores gastos.

En Luanco no queda un forastero, Gijón ha devuelto los que albergó en los dias de Begoña, en Avilés terminaron las ferias de San Agustín y en Candás las fiestas del Cristo que tiene mas devotos.

Natural es que Oviedo reciba, pues, á sus hijos, descarriados en el estío, y abra cariñoso los brazos á los *mateinos*, que vienen á cumplir gustosos el compromiso de visitarnos anualmente.

Y aparte de lo que la religión ofrece, se preparan festejos prefijados en programas que, si tardos en aparecer, no por eso dejan de ser cumplidos con matemática exactitud.

Y como esto se sabe de antiguo, y la ciudad

no puede ser desairada, llegan continuamente carruajes, que á riesgo de sufrir gubernativas multas, por no concretarse al número de asientos, vienen atestados de viajeros, que se apean gozosos, mientras las mulas, de finos remos, menean alegres sus cascabeles, satisfechas del *flete* que diariamente aportan.

Las locomotoras orgullosas lanzando bocanadas de humo denso, miran con soberbia la cola del largo tren, y se glorian de su potencia, al ver la mucha gente que arrastraron, y que llena materialmente los andenes.

Las fondas habilitan camas hasta en los pasillos, los *restaurants* se ven llenos en determinadas horas, las casas de huéspedes sufren verdadera invasión, los cafés se desquitan de la soledad del verano, y en las principales calles se anda con dificultad.

La mayoría, pero una mayoría absoluta, hace firme propósito de no perder nada de lo que haya, y no sé cómo hay cuerpo que resista despues de varios dias de continuo movimiento.

Ya las dianas no son soportables cuando vienen exornadas con un simulacro de bombardeo, y el estampido de las granadas, hace saltar de la cama al hombre—ó mujer—de mas pesado sueño.

Pero esa diana de *artillería* anuncia que empieza á realizarse lo prometido en un programa, que, cortado por patrón idéntico al de otros pueblos, viene hinchado de cucañas é iluminaciones, carreras de caballos y de velocípedos, fuegos paelentinos bautizados con nombres estrambóticos, premios, limosnas, bailes públicos y de sociedad, y funciones teatrales y acrobáticas.

La lectura del programa produce efectos contrapuestos.

Mientras la gente joven recibe con júbilo aquellos festejos interminables, las caras paternas se nublan, porque divisan en lontananza cansancio y aburrimento, y se vengán censurando la espléndidez de los individuos de la comisión, que han agotado cuanto puede hacerse para gastar dinero, y hacerlo gastar á los demás.

Para el paseo se precisa un vestido, otro para la velada, para el teatro otro y para el baile..... oh! para el baile es preciso sacrificar algunos billetes, porque las telas vaporosas, los adornos sencillos, se fueron para no volver. y ahora lo que priva es deslumbrar á otras, superarlas en riqueza, y que la confección sea obra de artista que cobre caras sus puntadas, y que viva lejos..... cuanto mas lejos mejor.

La alegre gaita y su consorte el tambor, ahuyentan estas amargas reflexiones é incitan á salir al balcón. Es que los *xigantones*, representando las cinco partes del mundo, se han echado á la calle para desentumecer sus miembros, y vienen escoltados por los enanos cabezudos que reparten testaradas á diestro y siniestro excitando las provocaciones de los chicuelos, que se complacen en burlar los golpes.

Coma V. de prisa porque en la pradera del Hospicio la gente apiñada contempla la operación de hinchar el aereóstato, cuyos pliegues se van desenvolviendo con irritante lentitud, que pone á prueba la paciencia.

Ya en los aires el atrevido capitán, baje usted al Bombé, convertido en velódromo donde los bicíclo corren como rayos para conquistar disputados premios.

Tras las carreras y las cintas aguante V. dos horas de paseo, cene por la posta, acuda á la iluminación *tan sólo un momento*, como dicen las niñas, pues necesitan regresar para ir al baile, y una vez en el baile rueda V. toda una noche por los pasillos mientras *ellas* dan oídos á un insulso, que es lo más inútil que se conoce en la culta sociedad

Pues esta no es más que una fase reseñada á vuela pluma.

Otros días vendrán de mayores *atractivos*, ó vendrán noches en que por esperar el globo de *colosales* dimensiones cae V. rendido en una silla del paseo, y penetra la humedad hasta la médula, sin que luego se obtenga curación de una dolencia que acaso resista todos los procedimientos balneoterápicos.

Nadie tema que lo dicho nos perjudique en lo sucesivo. En primer lugar porque quien esto lea hará de ello poco caso, pero aunque lo hiciera; ha de convenir en que lo mismo sucede aquí que en cualquier parte; y que el principal incentivo de las fiestas, en todos los pueblos, es el de que proporcionan pretesto para ponerse de patitas en la calle en las primeras horas de la mañana, y que le den á uno las doce de la noche contemplando los farolillos de una iluminación.

Tiempo llegará en que no sea preciso regresar á las horas de los almuerzos y las comidas, y que se habilitarán medios de poder todos satisfacer su apetito, más ó menos ordenado, en las propias barbas de los demás, y que una fiambrera *eléctrica* (porque todo ha de venir de ahí) nos permita tener la comida caliente y sin tufo, tras el respaldo del banco del paseo; pero mien-

tras esto no sucede es un hecho evidente de que muchos no comen en época de fiestas y viven del aire como los camaleones, ó de satisfaccion de curiosidad, que debe tener algún elemento nutritivo, aún ignorado.

Sé de un sastre que abriendo la boca ante la cucaña de la sartén, donde enterrada entre pez se vislumbra una peseta, que es preciso arrancar con los dientes, le han dado las seis de la tarde sin que se acordára de que no había ido á comer, porque á la una, que es cuando come, se entretuvo en ver colocar los arcos que en la noche, habían de cuajarse de vasos de colores, y empalmó esta satisfacción de curiosidad con la de las cucañas.

No son pocos los que ven con disgusto que se les aplique el nombre de *mateínos*, porque creen que este nombre sólo lo merecen los que quedan encandilados mirando la torre, con la cabeza echada hácia atrás, y la nuez pronunciada, y que apenas aciertan á balbucear un elogio.

Creen que son propiamente *mateínos* los que se admiran al ver las candilejas de colores, ó las estrellas de pólvora y bengalas.

Creen que sólo son *mateínos* los que compran las cintas que se venden en las inmediaciones de la Catedral, que llevan impreso el lema de haber sido tocadas en las reliquias de la cámara santa.

Creen que son *mateínos* los que vienen exclusivamente al jubileo con sus mejores prendas, y sólo disfrutan de los festejos que haya en las breves horas que pasan en la ciudad.

Creen que sólo son *mateínos* en una palabra los aldeanos, ó la gente *cursi*, como ellos la lla-

man, y que no merecer tal apelativo los que residen en villas, donde se come, bebe, viste y calza como en Oviedo.

A estos es preciso decirles que nada hay de denigrante en la denominación, que si no les agrada no la oirán jamás, que si por venir á una *romería* quieren que les llamemos romeros se lo llamaremos, si prefieren el de peregrinos nos pintamos solos para llamar peregrina á la más fea, si les gusta el de comprovincianos, así será, y si anhelan el de hermanos tenemos un corazón capaz de amar hasta á los que nos tengan mala voluntad—que no hay quien nos la tenga.

Con lo que no estaremos jamás conformes es con que se juzgue poco *chic* el admirar la torre. Esa torre gallarda, esbelta, atrevida que parece una labor de encaje hecha en el aire por manos invisibles, esa delicada crestería encanto del arqueólogo, esos acabados boceles y esas ventanas ojivales de gracioso corte y artística belleza, no pueden menos de subyugar á cuantos convierten los ojos hácia tantos primores.

Nada tiene, pues, de extraño que el que la vé se quede extasiado, pues es cosa sabida que hasta el propio rayo, cobróle envidia, y la azotó más de una vez, con saña destructora causándole daños cuantiosos, que merced á real munificencia y á arbitrios otorgados, pudieron repararse afortunadamente.

Por eso cuantos saben apreciar lo bueno, vienen expresamente á ver la torre, y no son pocos los que se llevan dibujos apuntes ó fotografías para recrearse, cuando estén lejos, en las bellezas de la gótica joya de nuestra Catedral.

Conque no morirse sin verla y el que la ha

ya visto que vuelva. porque — al revés de las mujeres—cuanto más vieja está más hermosa.

Y basta de chicoleos á la torre y de hablar de fiestas mateínas.



RAMÓN PRIETO.

SILUETAS

	<u>Páginas</u>
I El <i>cañu</i> del Fontan.	1
II El Campo de San Francisco.	7
III El Rastro en Oviedo.	13
IV El Paseo de los Alamos.	17
V La Pedrera de la Universidad.	21
VI La Misa de doce.	27
VII El Casino.	31
VIII Al oscurecer en Cimadevilla.	39
IX A la compra.	45
X La calle de Uría.	51
XI El Martes de Pascua.	55
XII El día de San Martín.	61
XIII Con el Batallón.	67
XIV En la feria.	75
XV La Plaza de la Constitución.	81
XVI Las fiestas de San Mateo.	87



EL CAMPO DE LOS PATOS



Es uno de los bárrios más bajos y modestos de la ciudad, tanto por su posición, como por la gente que en él habita.

Allí, nadie, que sepamos, adquirió la categoría de capitalista, en el buen sentido de la palabra, y son muy contados los que pueden llamarse propietarios de algo; pero en cambio, es gente del bronce y de bronca, capaz de armar una zambra por el más frívolo pretexto.

Y como cuando se busca, éste nunca falta, de ahí el que los jaleos sean allí el pan nuestro de cada día, para desesperación de vecinos pacíficos y autoridades celosas.

Unas veces el asalto y toma de alguna guarida de *vengadoras*; otra, la presencia en el b rrio de mozos de distintos puntos de la ciudad; otras el vino y la sidra que lib ndose en abundancia en los muchos templos de Baco, que all  hay, se suben demasiado pronto   las cabezas no muy bien sentadas, ocasionando, lo de siempre: más de una bofetada y alguno que otro pinchazo de poca monta, que obligan á tener fija la paternal mirada de la autoridad en este delicioso b rrio, en el que por privilegio especial y para escarmiento de pícaros, los serenos andan por parejas como la guardia civil.

Es de advertir que casi todos estos l os tienen lugar por la noche; durante el día no hay gente más pacífica ni más laboriosa, si es que trabaja; porque la hay que su habitual ocupación es tomar el sol en el invierno á buscar la sombra si así le conviene.

Gracias al espíritu belicoso y emprendedor de sus hijos el matute se aclimató en él pronto y bien, hasta el punto de constituir el *modus vivendi* de muchos que en apariencia pudieran pasar por vagos, cuando en realidad ganan el pan con el sudor de su rostro y de sus piernas.

En un principio se ejercía aisladamente por alguno que otro individuo   individuoa, sin plan preconcebido y con escasa fortuna, es decir, con pocas utilidades para el que tanto ingenio gastaba en burlar la vigilancia de los guardias; hoy ya es otra cosa:   la astucia ha sustituido el valor y al individualismo ha reemplazado una colectividad bien organizada de hombres, mujeres y niños que obedeciendo   órdenes emanadas del jefe de la cuadrilla, introducen en la ciudad cuantos géneros de adeudo figuran en la tarifa.


Bien lo saben decir los vigilantes, que ven en cada vecino un matutero, y en cada casa un depósito de contrabando, siendo tal la escama que hasta en los bailes y giraldillas que todos los domingos se arman hasta bien entrada la noche, creen ver un pretexto para favorecer el matute, distrayendo su atención.

No digo que los bailes favorezcan otra clase de contrabando, pero el relativo á géneros de consumo, creo que no; los jóvenes que en ellos toman parte, lo hacen alentados por el amor y la alegría, sin otras miras que las de divertirse y lucir sus gargantas ó sus especiales disposiciones para el manejo de la guitarra ó del acordeón, que son los instrumentos que por allí se gastan.

Quizá para algunos, la gaita y el tambor estarían más en carácter por aquellos sitios; pero los que tal piensan se paran en exterioridades de poca monta: en uno ó dos hórreos que en la estación presente aparecen engalanados con muchas ristras de maiz, sin duda para competir con varias casas de cuyos balcones y ventanas penden idénticos colgajos; en los carros cargados de *segáo* ó de estiércol que á cualquier hora se ven: en que las gallinas y otros animales domésticos andan por la calle y en otras cosas que hacen recordar la aldea, con sus malos caminos y con todas sus molestias. Pero los bailes, por todo lo alto, las mozas peinadas por hábil mano de peinadora, los vestidos que por allí se exhiben con bien nutrido polisón, el elegante zapatito bajo, con media de color que aquellas gastan á diario, y ... la fuente de vecindad y alguno que otro municipal que de vez en cuando se vé, nos dicen que aquel bário es urbano y muy urbano, aunque á primera vista no lo parezca.

Y eso que no tiene escuela de ninguna clase,
que si la tuviera ¡otro gallo le cantara al antiguo
fontán de los cerdos!





LOS CHÍGRES



os pueblos lo mismo que las personas tienen *cosas*, podrán ser éstas más ó ménos buenas, pero al fin las tienen.

Oviedo no forma excepción en esta regla general, tiene muchas, pero entre todas hay una que no poseen los demás; que por sí sola bastaría para dar carácter á nuestra ciudad, si es que por derecho propio no llamára la atención de alguna manera; me refiero á los *chigres*, importantes establecimientos, á los cuales no debiera imponerse contribución toda vez hasta la fecha su nombre no figura para nada en la larga lista de vocablos autorizados por la Academia, ni tampoco en los diccionarios etimológicos nacionales y extranjeros.

Y que los establecimientos son importantes no cabe duda alguna, si hemos de dar crédito á sus dueños que no dán reposo á la lengua publicando en todos los tonos los muchos impuestos y gabelas que á los mismos afligen, á pesar de estar las ventas malas y de no ser estos tiempos como los de antaño.

Estas lamentaciones, estas quejas jeremiacas que hoy se oyen lo mismo que se oían ayer y años atrás, parecen no ser muy justificadas dado el incremento que los *chigres* van tomando en Oviedo, creciendo su número en progresión geométrica á medida que la población lo hace en progresión aritmética.

Más al hacerlo confesemos paladinamente y en honor á la tradición, que no pierden el carácter típico, el sello distintivo que siempre tuvieron, y que conservan á pesar de las modificaciones que el progteso imprime á todas las cosas.

Un ramo de laurel colocado en lo alto de la puerta, en señal de las victorias que se pueden ganar con el auxilio de los líquidos que allí se despachan; una cortina de color blanco en algún tiempo, y que tan solo cubre la mitad superior de la puerta, sin duda para que solamente se vea á medias el individuo que se aventura á penetrar en este templo de Baco, y, á veces una banderola cortada por su parte anterior en ángule entrante, mitad blanca, mitad encarnada, que se disputa, con el ramo su compañero, los honores de ser acariciada por el viento; hé aquí las señales exteriores de los establecimientos de que nos ocupamos.

La banderola no siempre existe, por la sencilla razón de que no siempre se vende vino en los *chigres*; pero nunca faltan en la entrada del esta-

blecimiento, una pequeña mesa con tortillas á cero grados, sardinas arañques y huevos duros á prueba de buen estómago, y en el invierno, la castañera que con estóica resignación y fuertes piernas soporta sobre las mismas una enorme cesta cubierta de trapos de color indefinido, entre los cuales se guarecen las castañas asadas á una tempeatura capaz de dar envidia á la encargada de venderlas. Esta ocupa la parte más alta del plano inclinado que desde la puerta conduce al interior del *chigre*, antro oscuro, por lo general, mal ventilado, de paredes ennegrecidas por el tiempo y el humo de los fumadores, dentro de cuyo local se ven pipas y toneles en gran número, á veces alguno que otro pellejo de vino, una mesa mugrienta segunda edición de la ya descrita, con sus tortillas, arenques, huevos y panecillos, y un barcal con unos cuantos vasos semi-flotantes en un poco de agua súcia; al pié de cuyo barcal descansa una matrona de mediana edad, aficionada al Virginia, que es la encargada de suministrar los vasos de sidra á los consumidores.

La tarea no deja de ser pesada aún en días de poca concurrencia, pues si bien el lavado de los vasos no le ocupa mucho tiempo, porque ¿quién repara en pelillos? en cambio el manejo del cigarro en la mano siniestra, la série de rayas que la tiza manejada por la diestra tiene que hacer en la tapa de un tonel, libro diario donde se anotan las deudas de los parroquianos, y sobre todo, al mecanismo especial de trasladar la sidra desde la pipa al vaso de modo que en este ocupe el mayor espacio posible la menor cantidad posible de aquella, requieren una actividad febril y una resistencia superior á la del mas robusto mozo de cuerda. Añádase á esto el que á la vendedora se

Le exigen dotes especialísimas para atraer gente á la taberna; tino singular en el modo de sacar los vasos para hacer que el líquido resulte en apariencia rico de espuma y de otras cualidades que no tiene, y una sangre fría y oídos de mercader si ha de soportar el feo lenguaje y las zambras y jaleos que en tales sitios se arman, y se comprenderá el por qué no sirven todas para el caso.

Una mujer con nervios saldría mal parada á las primeras de cambio, cuando los vasos empleados como argumento contundente cruzasen los aires en busca de alguna cabeza que destrozar, ó cuando las navajas discurriesen el medio de hacer algún ojal en el pellejo del que se pusiera por delante; por eso se las busca *ad hoc*, curtidas en el oficio y que entiendan además el *mús*, la *brisca* y sobre todo la *llave*, que es el juego predilecto de los *chigres*, por si alguna vez se la nombra árbitro en las cuestiones que con motivo de estos se suscitan.

El gas—me refiero al del alumbrado—no ha conseguido penetrar todavía en estos establecimientos; á lo sumo los quinqués de petróleo son los que, después de una lucha tenaz, han logrado alguna ventaja sobre los reverberos, alimentados con aceite común, y especialmente sobre el antiguo y negro candil que, pendiente de una caña llena de agujeros, tan solo alumbraba pálidamente la pequeña zona comprendida entre la vendedora y sus parroquianos mas cercanos. Sillas con, ó sin regilla, buen entarimado, mesas de mármol... ¡Dios lo diera! cuando más alguno que otro banco desvencijado, la mesa de pintado pino, sostén de las viandas fosilizadas ya mencionada y por tarima el piso terreno, frío, húmedo, capaz de absorber todo el calor solar, pero impo-

tente para hacerlo con el producido por la acción de las bebidas.

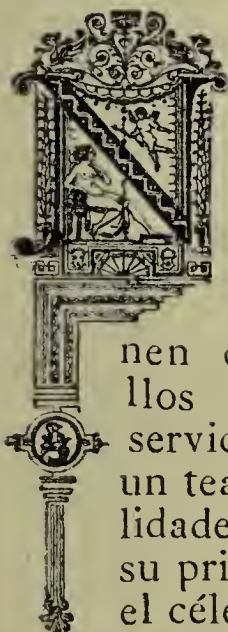
En cuanto á los retretes.... las inmediaciones de los *chigres* bastan por sí solas para demostrar y poner en evidencia la inutilidad de las Ordenanzas municipales.

Como escuelas de vicio rayan á buena altura estos establecimientos, que nunca debieran perder de vista la policía. ¡Ojalá! alcanzase tanto la descripción que de los mismos hago, pero ¡quíá! me falta mucho para ello.





LOS CAÑOS DE REGLA



o son tan conocidos como los del Peral de Madrid, pero en punto á fama, por lo que respecta á esta culta y antigua ciudad de Oviedo, nada tienen que envidiar los de Regla á aquellos que en algún tiempo aparte de sus servicios hidráulicos, dieron nombre á un teatro en cuyas tablas lucieron sus cualidades líricas muchos artistas italianos y su privilegiado talento para el arte escénico el célebre Maiquez

Sus aguas fríasimas en el verano y á temperatura agradable en el invierno, eran ensalzadas por casi todos los habitantes de la ciudad, y aunque algunos decían que cortaban el jabón y no cocían bien los garbanzos, ello es lo cierto, que muchos las bebían con deleite, sin que se

quejasen de las males. cualidades que la maledicencia les atrebuía.

Más de ¡ cuatro en los calurosos días del verano, las habrán ingerido disfrazadas con un poco de azúcar y algo de zumo de limón, que á buen seguro no lo hubieran hecho por temor á digestiones laboriosas si hubieran sabido su procedencia; pero como los vendedores de agua de limón nunca dijeron verdad en este punto, de ahí el que en calles y paseos corriera con tanta aceptación este refresco, que una docena de viajes diarios á los célebres caños, no bastaban á reponer las agotadas garráfas de los vendedores.

Y, por cierto que estos tenían que bajarse más de lo regular para llenar sus vasijas; tal era la profundidad á que estaban colocados estos caños.

Otro tanto sucedía á todo el que se surtía en ellos del precioso líquido, orignando estas flexiones de cuerpo reclamaciones para ante los padres del concejo, los cuales movidos á lástima y quizá, quizá, ansiosos de concretar el privilegio de doblar espinazos tenidos por inflexibles, á la fuente del Fontán, acordaron su elevación, con gran contentamiento de aguadoras y asistentes.

Se elevaron los caños pero ¡oh fatalidad! al terminar la obra el agua no salía por ellos, originándose con tal conflicto una série de trabajos no concluídos hasta el día, y que por su cronicidad hicieron famosa la *obra de Regla*, hasta el punto de servir de término de comparación de las cosas que no tienen fin.

Unos cuantos carros de piedra arrojados oportunamente en la arqueta-depósito, salvaron la dificultad elevando el agua hasta los orificios de salida.

Gracias á esta feliz ocurrencia el líquido corre, sirviendo de bebida á muchos y de alimento al mayor y más antiguo de los lavaderos municipales, en el que por privilegio exclusivo, cuantos callos se comen en Oviedo tantos se lavan allí en compañía de los *samartinos* ó mondongos que más tarde se han de utilizar en la fabricación de embutidos destinados al consumo público y al privado

También las ropas de uso interior dejan allí sus microbios animales y vegetales, pero sobre todo las destinadas á cubrir el cuerpo de los pequeñuelos son las que más veces se sumerjen en aquel no muy limpio Jordán, en el cual más de un hombre célebre, como otro hijo de vecino cualquiera, ha purificado su cuerpo por el intermedio de una camisa ó de un pañal lavado por manos mercenarias; que también los hombres célebres padecen de excreciones y secreciones harto vulgares.

Todas estas operaciones de limpieza las acompañan las lavanderas con canciones de varios géneros, desde las más vulgares hasta las más clásicas, que si bién no agradan mucho á los vecinos, sirven, en cambio, para demostrar el decidido empeño que tienen en destrozar la música de las zarzuelas y aún de las óperas más conocidas.

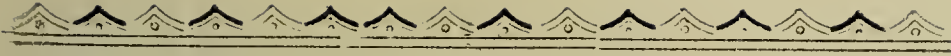
Peguen ó no peguen, en Regla se oyen árias, dúos, tercetos y hasta coros, que nunca existieron en las partituras á que las cantantes se refieren; dúos y coros que á veces se interrumpen con peloterías mayúsculas, armadas nunca se sabe por quién, pero en las que figuran todas las mujeres que en el lavadero están, con su lengua, sus uñas y sus puños.

La intervención del municipal del bário y vá-
rias pesetas de multa, dan fin al sainete, de suyo
demasiado largo para el que tiene que soportar-
lo y más que monótono, pesado á fuerza de re-
petirse tantas veces.

Estas escenas que de tiempo inmemorial se
vienen representando casi á diario, no han decaído
en importancia, con la el emplazamiento de otros
lavaderos en distintos puntos de la ciudad; lo
cual prueba el buen nombre de los caños de Re-
gla, cuya gloriosa historia eclipsada momentá-
neamente cuando la construcción del depósito
del Fresno, aparece hoy cada vez más limpia á
medida que las aguas de Fitoria arrastran mayor
cantidad de barro.

Así lo han comprendido los hidrópatas sen-
satos, pues al cabo de los años mil, ván por el
agua do solían ir, demostrando con esto su afe-
cción á las tradiciones pátrias.





EL CLUB VENATORIO
DE LA CALLE DE JESÚS.



SON muy eontados los que están satisfechos con su profesión; el militar, el marino, el médico, el abogado, todos en una palabra, echan pestes contra ella y se lamentan de la hora en que por fatal ocurrencia se les vino á las mientes seguir la milicia, la marina, la medicina ó la abogacía; unos por que las escalas no corren y las pagas son escasas para variar á cada momento de uniforme ó por lo menos estrechar de real órden las mangas del capote ó hacer más holgadas las perneras del pantalón; otros por que los temporales, la falta de puertos, los ferro carriles costeros, etc., mataron comple-

tamente la navegación; los demás porque visitan, y nadie les paga, ó salen á media noche para un dolor de muelas, ó hay carencia de negocios y esceso de personal, en fin, todos se quejan amargamente de sus destinos en los que poco á poco van pasando esta pícara vida de la mejor manera posible, y bastante mejor que muchos

En cambio los aficionados ejercen con entusiasmo cuantas profesiones adoptan. No hay militar que pueda competir en gallardía y apostura con el miliciano nacional que al són de bélica marcha y uniforme de colores muy chillones, recorre las calles de la ciudad en un día de formación, ó cubre la carrera en la festividad del Corpus; ni hay marino que compita en entusiasmo con el aficionado que al mar se lanza por pasar el tiempo en una hermosa tarde de verano, ni médico que tenga la audacia del ignorante curandero, ni abogado que en locuacidad alcance al de *caleya*; pero por grande que sea el entusiasmo de todos estos señores, se queda muy por debajo del que poseen los cazadores de afición, los que viven, beben, comen y duermen para la caza.

Podrán tener un empleo, un arte, una profesión con que ganar el sustento cuotodiano, pero es casi seguro que aunque le desempeñen á maravilla, la mayor parte de las veces lo harán mecánicamente, por tener su cabeza casi siempre á pájaros ó á liebres, que para el caso es lo mismo.

Siempre pensando en la caza, su conversación favorita es este higiénico ejercicio, y como no hay quién sin instintos venatorios, quiera escucharlos más de una vez, de ahí el que siguiendo el refrán de que Dios los cría y ellos se jun-

tan, procuren buscarse para cambiar impresiones é improvisar partidas en las distintas épocas del año en las que abundan las perdices, liebres cordornices y *arceas*.

Y se buscan y reúnen con una constancia y una asiduidad digna, —según los socios protectores de animales y plantas, —de mejor causa, en uno de los sitios más céntricos de la población, en la calle de Jesús; bajo una bóveda de la antigua iglesia del colegio de San Matías, en la que ejerce desde tiempo inmemorial su industria un conocido fabricante de herradas.

Allí y sobre una alfombra de virutas sin que la estación bípeda les moleste se vienen congregando uno y otro año hasta media docena de cazadores, representantes de todas las clases sociales incluso la iglesia, y caballeros grandes cruces.

Ni lo reducido de la habitación, ni lo baja de techo de la misma, ni la falta de asientos—hoy solventada con un modesto sofá—que en otro tiempo obligaba á más de uno de elevada estatura á estar largo rato encorvado, les hacía olvidar por un momento siquiera su asistencia, en las últimas horas de la tarde al club de la calle de Jesús.

En él, en tanto que el industrial trabaja al compás de la *gargalla* y del *rasero*, se discuten las ventajas de la escopeta Latacheux sobre la de pistón, la buena ó mala calidad de la pólvora de caza, la agilidad del ga'go *centella*, la inteligencia del podenco *xic*, el olfato del perdiguero *chispa*; armándose raras veces disputas acaloradas acerca de las buenas ó malas condiciones de tal cazadero, disputas en las que interviene el dueño del club con su buen juicio, interrump-

piendo momentáneamente por esto la obra entre manos.

De vez en cuando se dá paz á las lenguas para *liar* algúna cigarro ó encenderlo si se apagó; pero este descanso es breve, reanudándose de nuevo la conversación, para lamentarse del subido precio de las licencias de caza, de los muchos intrusos que cazan sin ellas; de lo muy cazados que están los alrededores de Oviedo, y de que la Sociedad arrendataria de consumos mató la caza con los fuertes derechos que carga á la misma.

Hoy, dicen ellos, no se puede cazar perdices en el Puerto, por que cada pieza paga una *perra* grande de entrada, ni se puede por idéntico motivo matar una liebre, ni siquiera un *glayu*, teniendo que concretarse, para no perder el ojo, á tirar á los vencejos en Buena vista.

Estas lamentaciones duran hasta la hora misma de la noche, en que se cierra el establecimiento, retirándose cada concurrente á su *olivo*, con su correspondiente séquito de perros, los que momentos antes dormían pacíficamente sobre la áspera alfombra que cubre el pavimento.

Si alguna vez dejan de oirse es la víspera de una cazata ó cuando está para levantarse la veda, —que aquí nadie observa;—entonces todos son cálculos, preparativos y proyectos que la mayor parte de las veces salen fallidos.

Pero esto no les hace perder la afición, todo al contrario, cobran nuevos alientos para el porvenir volviendo entre tanto sobre el mismo tema.

Solamente así se comprende que media docena de españoles y por apéndice de distintas ideas, puedan reunirse uno y otro día sin discu-

tír siquiera de política ni dar importancia á tal ó cual personaje de los que en ella figuran.

En cambio la presencia de los algarabanes y de los patos marinos en los aires de Oviedo, la rifa de una escopeta ó la pérdida de un perro de caza les saca de quicio poniendo en tensión sus nervios.

Hay cazador de los del club. que con tal de dar detalles acerca de la presencia de estas aves, es capaz de pasarse las noches de temporal al balcón oyéndolas *piar*, si es que antes no se ha decidido á darles una batida primero que Dios amanezca, en los llanos de la Barrera ó en los pantános de Lugo. pues á estos y otros sacrificios arrastra una afición que trae en pós de sí reumas y más de cuatro catarros.

Y, si luego se aprovechasen de la caza, menos mal: pero cuentan que en el club, ni se ha celebrado una merienda ni jamás hubo una comida con las piezas cobradas. Otros que no son los cazadores se aprovechan de ellas, en tanto que aquéllos se muestran muy contentos con haber satisfecho su manía dando muerte tras larga caminata, á las inocentes cuanto sabrosas perdices, liebres y *arceas*.

Así lo dice el que recauda, y no para el pueblo, como el que es capaz de hacer una escopeta en menos que canta un gallo, ó lucír lujosa banda de antigua orden en cualquiera recepción: todos, en una palabra, de los que concurren y han dado cierta celebridad al club venatorio de la calle de Jesús, con sus correrías y memorables partidas de caza.

Que les dure muchos años la afición es lo que les desea, este cazador plátonico.



EL CAMPO DE LA LANA

DÍCESE que allí se vendió lana en algún tiempo y que también hubo algo de campo, pero hoy ni lo primero se hace y en cuanto á lo segundo no queda resto alguno que pudiera denunciar la existencia anterior del mismo, y no tardando, desaparecerá el nombre con que hoy se le conoce vulgarmente, como han desaparecido de la memoria de los ovetenses los de la *Soludad* y *Solazogue* con que antaño se distinguían las calles de Món y de San Antonio.

El Ayuntamiento se empeña en que se ha de llamar al antiguo campo, calle de Argüelles, y pasará con ello. Más al bautizarle con el nombre del célebre prócer asturiano, progresista de su época, debió de tener en cuenta que si progresó y

no poco el antiguo camino de *Só castiello*, este progreso no fué excesivo ni mucho menos para lo que en la época presente se necesita.

Se objetará que allí hay magníficas aceras que harían honor á la mejor de las calles de la más hermosa población; se dirá que no lejos de allí, á pocos pasos, por cierto, se ha colocado un recipiente urinario, con agua y todo, que simboliza los adelantos del siglo, cuyo lema es proporcionar el mayor número de comodidades posibles al individuo; que allí hay un estanco,—con permiso de la compañía arrendataria de tabacos—en el que, se puede surtir de sellos vários, y sobretudo del Virginia, ó del Cuba, mejor ó peor elaborados, pero nunca buenos, por lo general; pero aquel pavimento. señores, aquel piso, que Mac-Adam no hubiera aplicado á los pueblos de este pais, si en él hubiera vivido, aquella malhadada carretera rebosando lodo las tres cuartas partes del año, no puede menos de ser protesta fehaciente, del tan cacareado adelanto de aquel bárrio. Y eso que algunos dicen, que más que bárrio es un pequeño mundo en el que hay de todo, y casi, casi no les falta razón; pero es un pequeño mundo muy embarrado, muy súcio, como lo era la antigua Lutecia—París—bajo el reinado de Felipe-Augusto.

Aunque en la gran metrópoli, no suceda otro tanto, en aquel, es decir, en el Campo de la Lana, cada casa es una fonda. un hotel. ó por lo menos un restaurant, existiendo desde el más lujoso y confortable donde *on parte francaise*, hasta el más modesto en que *seda de comer con equidad*, y se sirven callos los domingos, con ó sin picante.

No faltan tampoco tiendas de comestibles.

panaderías, un modesto guarnicionero, encargado de vestir á los más sufridos individuos de la raza equina, un inteligente veterinario, cuyos dependientes surten de calzado á cuantos bueyes y caballos pasan por allí, y tabernas bastantes disfrazadas de abacería, en las que tiran de *tralla* los mozos y gente de idem, que constituyen la población flotante del bårrio y uno de los mayores estorbos de sus aceras, después de los del órden público.

En algún tiempo llegó á percibirse por el olor una carnicería, que el buen sentido de los que gobiernan hizo desaparecer, sin duda porque establecimientos de esa clase ne favorecen nada á los que habitan cercanos á los mismos, ó porque quizá no formaban bien al lado de los que allí hay, por más que todos ellos se propougan la conservación del individuo mediante platos más ó menos apetitosos

No hay bårrio dõnde más se coma, diga lo que quiera el Fontán. y, claro es, que sucediendo esto no había de faltar en él un lugar apropiado donde se proporcionasen por poco dinero los digestivos más eficaces que en el día se conocen: el té y el café, con ó sin copa de rón ó de cognac, pero siempre con un periódico, y para ello nada mejor que el *Suizo*, que es el único legalmente autorizado, prévia la filiación en el gremio de cafés.

Como tal está colocado á buena altura ya se tome á falta de nivel para medirla, el crédito ó ya se elija el pavimento de la carretera, pero de ella no puede hacer alarde porque aún hay otra que la supera, la en que está situada la *Central Telefónica*, que domina á las mayores conocidas en el bårrio y sus inmediaciones.

Representa el último escalón del progreso actual y por eso se fué tan arriba, dejando, y como quien dice, en los primeros peldaños á la *Principal de Correos*, viva encarnación de los medios anticuados que en el día todavía se estilan para comunicarnos con el resto del mundo—si es que por algunos no se pone veto á la correspondencia—ya sea por peatón ó por carretillo.

Recordando los buenos servicios prestados en otro tiempo, en que la posta era el medio más rápido de comunicación que se conocía, los vecinos del Campo de la Lana miran con cariño este edificio, de cuyo portal—teatro de tertulias muy curiosas—salen las buenas ó malas noticias para el interior de la población, y se reciben las que han de recorrer la provincia y el orbe entero.

Y cuenten que este cariño no decaerá tan pronto, á pesar de tocar tan de cerca las ventajas de poder hablar con sus convecinos, con la celeridad del rayo, tan fácilmente como antes lo hacían con sus compatriotas y hasta con sus antípodas, sin la molestia de salir de casa.

Hoy ya no pueden realizar esto último, porque la fatalidad, la envidia quizá, ¡quién sabe! separó de aquel centro de vida y de movimiento el telégrafo, llevándole á calle mas céntrica pero no por eso mas frecuentada.

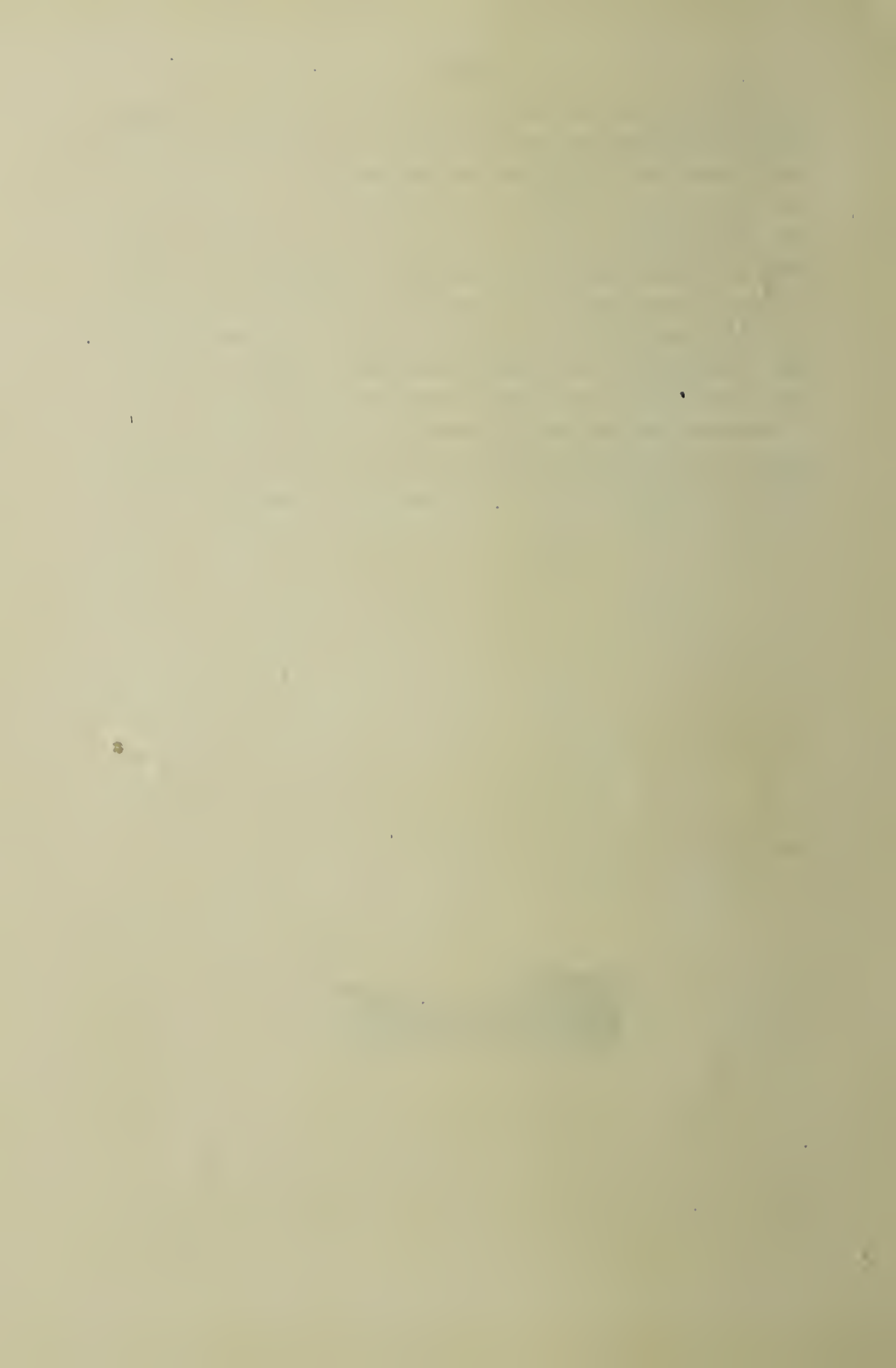
De partir de allí los alambres telegráficos, ¿qué les hubiera faltado á los del Campo de la Lana? ellos que desde casa pueden emprender el viaje á todas partes,—incluso al otro mundo—y, por poco dinero, porque hay competencia—¡ellos que pueden rizarse el pelo, hacerse la barba ó ser descañonados antes ó después de cualquier expedición *urbi et orbi*, ellos que por tener de todo hasta tienen *frutera* que les surta de la del país á

bajo precio, y tintorería por si la fruta les man-
chase el pantalón; qué les hubiera faltado, deci-
mos, para no tener nada que pedir?

Pues que las canteras de Galicia se prestasen
á embaldosar su calle-carretera, y que un fotó-
grafo se encargára de trasladar al papel, los tipos
y escenas que se observan todos los días alrede-
dor de los infinitos coches que llegan y parten de
allí, ya que los aficionados á confeccionar siluetas
no tienen el *chic* suficiente para hacerlo.

Con buen piso y álbum tan especial, nada hu-
biera tenido que envidiar el Campo de la Lana,
al más alegre y bullicioso *faubourg parisien*.





LOS TRASCORRALES



UE los antiguos eran aficionados á la mecánica bien á las claras lo demuestran las estrechas y tortuosas calles de la mayor parte de nuestras poblaciones, y las casas que de tiempos atrás se conservan; pero que esta afición debió ser en grado superlativo por lo que respecta á nuestros antecesores palpablemente lo dicen las construcciones que en Oviedo existen, y entre las cuales debe de figurar por todos conceptos en primera línea, la plaza de los Trascorrales.

En ella la mecánica se luce en todo su esplendor, echó, como vulgarmente se dice, el resto, rompiendo la monotonía de las líneas rectas

á fuerza de martillos que por todos lados del recinto salen compitiendo en longitud

Son tantos que á rendir culto á la lógica debiera de llamarse aquel sitio plaza de los martillos, ya que hoy el nombre de los Trascorrales no tiene ninguna significación. Y debiera llamarse así, porque andando el tiempo ¿quién sabe? para el siglo que viene quizá habrán desaparecido todos, con arreglo á lo aprobado por la Academia de San Fernando, quedando de su memoria tan sólo el nombre con que se les distingue. Pero ¡cá! dudo mucho que los que nos sucedan lleguen á ver tal milagro; y lo dudo no sin fundamento, por que así como hay personas desgraciadas en las que todas las enfermedades se ceban dejando huellas indelebles de su paso, así hay en todas las poblaciones calles ó plazas en las que ocurre una cosa parecida: todo son verrugas, que jamás llegan á desaparecer por buena que sea la voluntad de los que gobiernan el concejo.

Después de todo, la demolición de tanto martillo, sería altamente perjudicial, porque ¿dónde se esconderían, sin interrumpir el paso como hoy lo hacen, los muebles de todo género que allí se venden?

Los *mundos* fabricados en la plazuela, y los oriundos de otros mundos, pero hábilmente restaurados por inteligentes manos, tendrían que ir en busca de otro mundo mejor, de otros martillos que los cobijasen, con permiso, por supuesto, de la autoridad competente:

Otro tanto sucería á las *maseras*, *escudilleros*, cátres y roperos, compañeros inseparables de sillerías trasnochadas, marquesinas y mesas-ministro, que el yute y el barníz. no de lo más caro, convierten en nuevos, por breves momen-

tos, encandilando la vista de nívios rurales, *americanos* de menor cuantía y empleados de todas clases, que se encuentran en el duro trance de poner casa, amueblándola con decencia, pero por poco dinero.

Pues, ¿y las camas de hierro que al aire libre se pintan y lucen dorados *boliches* y chillonas flores de calcomanía, no pueden competir, con las que nuevecitas, salen flamantes de la Amistad ó de Bertrand? Ya lo creo, y con ventaja: porque aquéllas al menos tienen historia, é historia larga que referir, con la que, y las que nos pudieran contar los armarios, mesas de noche y ropas de todo uso, fuera fácil hacer un buen libro capaz de competir con el mejor de Zola, si al curioso coleccionador le diera por seguir la trillada senda del naturalismo.

Una comedia es cada capa ó pantalón de los que cuelgan en los roperos que al exterior lucen, casi todas las casas; un drama cada vestido ó chál de los que allí se venden.

Pero no vaya á creerse por esto, que en la famosa plaza no existe otro comercio, todo al contrario, allí arraiga y progresa el de comestibles que es una maravilla, allí no faltan panaderías, establecimienios de bebidas bien montados, y aún de modas, aunque por su parte accesoria, y allí hay en competencia con *Colón*, un café en el que se sirve el moka y los *cohombros*, el aguardiente y el rosolí, con poco aparato, pero todo de legítimo cosechero. á las vendedoras que al abrigo de la intempérie, se cobijan bajo los techos de la *Bastilla*, formidable plaza.... cubierta, en la que en amigable consorcio, se exhiben la nutritiva carne de vaca, la rica pesca del Na-

lón ó del Cantábrico, y el jabón de la Primitiva Paz.

Esta plaza, conquistada á la carrera por nuestro valiente ejército, se vé guarnecida, por las tardes y en las primeras horas de la noche, por soldados de todas armas y paisanos entusiastas de la milicia doméstica, los que con el noble fin de fomentar el amor y las *sisas*, acompañan en sus compras á las del respetable grémio de criadas.

La animación que allí reina, es extraordinaria; se charla, se ríe y se pasea, hasta que el municipal se dispone á cerrar las puertas; entonces, todo son apuros, á una que se le olvidó la carne, la otra que le hace falta el jabón, la de más allá que se quedó sin pescado; en una palabra, se encuentra en la calle con su novio, pero sin la compra, acudiendo para tapar los ojos á sus amos, á la leche, que por pucheros, y al aire libre se vende en la parte más escondida de la plaza.

Este alimento natural, al que hoy persiguen con tesón los empleados del resguardo; no alcanzó — á pesar de los tres mercados cubiertos — el privilegio de ser vendido al abrigo de los agentes exteriores y de autoridad, sin duda por que hay quien nota en él demasiada afición al agua; como no lo alcanzaron tampoco las frutas del país, incluso las castañas. Cierto es que á las vendedoras de estas no les importa gran cosa: por eso, para desesperación de los del orden, se sitúan en gran número bajo el arco que dá acceso á la plazuela y cerca de la botica, por si á alguno se le indigestan, interrumpiendo el paso á los transeuntes á cambio de ofrecerles la mercancía conservada á buena temperatura en pucheros recubiertos de trápos tan blancos (sic) que

da gloria verlos. Buscan techo gratis ya que el techo municipal cuesta los cuartos.

Otro tanto quisieran hacer las nobles hijas de Cudillero, que al comercio de aranques se dedican; pero el tamaño y peso de las barricas, la necesidad de asientos y otras cuantas cosillas más las obligan á situarse, una tras otra y arrimaditas á la pared para que ocupen menos sitio, en la más amplia calleja de las tres que establecen comunicaci6n con las calles colindantes

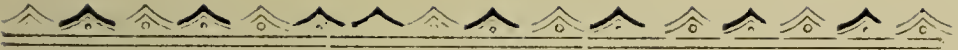
Allí se pasaron muchas de ellas, los mejores años de su vida, esperando con heroica resignaci6n, aunque no siempre en paz, la venida del aficionado á tan sabroso pez.

Allí ha tenido que ejercer, y no pocas veces, sus funciones el Alcalde de bárrio, con el fin de calmar los altercados que la pícara competencia suscitaba entre las mismas

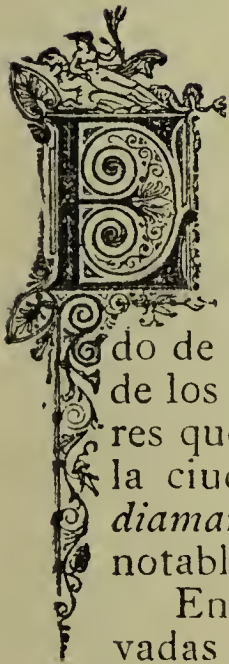
De allí han salido en varias ocasiones las barricas disparadas por manos traviesas, á dar con su carga en los bajos del Postigo ó de la calle Oscura, ocasionando á sus dueñas los sustos y las molestias consiguientes á tan pueril diversi6n.

De allí, por último, van desapareciendo poco á poco las que á este tráfico se dedicaban, sin que otras nuevas vengan á reemplazarlas. Con la última desaparecerá uno de los tipos que daban carácter á los Trascorrales, y á este tenor irán desapareciendo los demás, modificándose los establecimientos que en el dia hay á expensas del lujo y de la moda; todo en fin, desaparecerá de allí, todo, menos los famosos martillos, que á semejanza de muchos hombres, irregularizan la plaza famosa de los Trascorrales.





LAS CASAS DE VECINDAD



El Oviedo que todos ustedes conocen, el Oviedo de Cimadevilla y del Campo de San Francisco, de las calles de Uría y de Campomanes, no es el Oviedo de los bárrios ocultos y de las tabernas, de los rateros indígenas y avispados timadores que sin haber traspasado los linderos de la ciudad, dan tres y raya á la *Concha de los diamantes*, el *Rata*, el *Galleguito* y otros notables industriales de la villa de Madrid.

En este Oviedo desconocido están enclavadas las *casas de vecindad*. vetustos edificios. caserones antiquísimos de negras paredes, de siempre cerrados ventanuchos, y de balcón de madera sin pintar, medio carcomido por la acción del tiempo y de la lluvia, de la cual no le ha pre-

servado el enorme alero del tejado de tan fea vivienda.

A mayor abundamiento suele tener un sopor-tal ó porche sùcio y destartalado, que sirve de átrio al portalón húmedo y oscuro hasta en pleno día, del cual portalón arranca la desvencijada escalera que conduce al piso principal, al final de la que se encuentra a puerta siempre cerrada herméticamente. Tales pajarracos se ocultan allí, que son precisas todas las precauciones para evitar cualquier sorpresa de la policía.

El que después de llamar diferentes veces á la puerta consigue penetrar en el piso y vencer la repugnancia que el olor nauseabundo y el aire infecto le producen, se encontrará de repente con un largo pasillo, á derecha é izquierda del cual existen, lo mismo que á sus extremos, una série de habitaciones ocupadas por la sociedad más abigarrada que puede imaginarse: ciegos que imploran la caridad pública valiéndose de su violín, los cuales, en el momento de la visita, se ocupan en aprender de memoria, con el auxilio de su mujer, en tanto que los niños gimen y se pegan en el suelo, las coplas que han de recitar en el momento de la mendicación; vendedoras ambulantes de ramos de papel y de santos de yeso, con sus respectivos maridos ó allegados; dueños de billares romanos; *fabricantes* de gallos de caramelo encarnado, con su correspondiente ruleta: sustitutos para Ultramar; *infatigables viajeros* de países desconocidos que recorren toda Europa, gracias al socorrido sistema de bagajes; tímadores que parecen extranjeros y extranjeros que resultan tímadores y muy aficionados al zumo de la cepa; mujeres que ni para vengadoras sirven, sin más defectos que beber mucha caña ó

aguardiente y fumar como cavadores; mendigos de todas clases; músicos ambulantes, y, en una palabra, lo más selecto de la sociedad en las distintas manifestaciones del vicio.

Todos los que allí habitan son enemigos acérrimos del aire puro y de la luz, tal vez porque el dueño, como si dijéramos el fondista, suele ser á veces un ciego de los que ejercen el oficio de pordiosero y que explota este negocio mediante los buenos consejos de su *costilla*, que aunque de aspecto tosco y medianas esplicaderas, sabe más gramática parda que la que puede contener su voluminoso bocio.

La cocina de la casa, única en su género, es la primera habitación que se encuentra á la derecha según se entra. Allí se reúnen durante las primeras horas de la mañana, todas las mujeres que pueblan las casas, con el fin de arreglar su comida, si es que la tienen, ó de escamotear, si les es posible, valiéndose de la poca luz de la habitación, el primer puchero que á mano les venga, el cual puchero suele ser causa de un escándalo en el que toman parte los hombres que en la casa se encuentran, con su jerga especial, sus soeces palabras y sus argumentos de Toledo ó de Albacete.

Salvos estos incidentes y los producidos por la embriaguez de algun individuo ó individuoa, por la desaparición de cualquier prenda de vestir ó de alguna que otra moneda, la paz más octaviana reina en el establecimiento, gracias á la *energía* del dueño y á la intervención más que frecuente del alcalde y sereno del bário, únicos que con los de orden público conoce las llamadas casas de vecindad, contra las que, se estre-

llan los bandos de policía é higiene que periódicamente dá la alcaldía.

El médico del distrito las visita con harta frecuencia, ya porque á una *dama* le haya dado un ataque efecto de la *bebía*, ya porque á una *señora* le haya saltado un ojo su *caro esposo*, ya porque un *cabayero* en riña con otro se haya encontrado con un *ojal* en salva sea la parte, ó ya porque un jóven decente fugado de la casa paterna en compañía de una *paloma* haya tenido la desgracia de enfermar en este súcio é inmundo nido, en el que ni las paredes ni las conciencias andan muy limpias, ni la higiene ni la moral salen muy bien libradas.

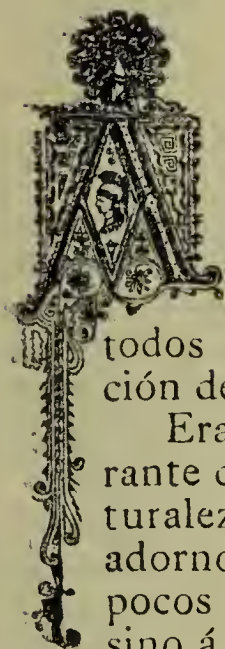
Para que nada falte, estas casas, que tienen puerta de escape, suelen estar cerca de estrechas y poco frecuentadas callejuelas, no lejos de alguna taberna, porque de todo necesitan los personajes que en ellas habitan, si han de vivir en paz y sin que la curia tenga necesidad de conocerlos.

Estas son las casas de vecindad de Oviedo.

Ni las denuncias por ruinosas, ni las medidas extremas en tiempo de epidémia, han podido echar á tierra esta clase de edificios, con cuyo derribo iría ganando mucho la población bajo el triple aspecto del ornato público, de la higiene y sobre todo, de la moral.



EL PRADO PICÓN



Al final de la antigua calleja de la Lana, hoy elegante calle de Campomanes, existía años atrás un prado de bastante extensión y de fama no pequeña entre todos los habitantes de la ciudad, sin distinción de clases ni personas.

Era debida esta, no á la variedad exhuberante de plantas forrageras, que la madre naturaleza se había servido concederle para adorno propio y provechoso alimento de no pocos rumiantes que á su costa se criaban, sino á que, su vasta superficie se había dedicado á *fortiori* á Campo de Marte, con gran desazón del dueño y no poco perjuicio del arrendatario del mismo.

Más, no eran nuestros bravos soldados los que

en él se entregaban á evoluciones propias del arte, ni tampoco los entusiastas milicianos,—cuando los había—los que con verdadera afición le utilizaban para sus periódicas formaciones. no; para unos y otros era más que suficiente el bosque de San Francisco con su piso desigual y sus naturales obstáculos, representados por los corpulentos y añosos robles que en él había: eran los mozalvetes de doce á quince años y *ainda mais* los que de él se aprovechaban. convirtiéndole en teatro de sus hazañas, contra viento y marea de cuantas oposiciones se les pudieran presentar. Y, cuéntase que estas no eran pocas; pero todas ellas resultaban perfectamente inútiles, con grave detrimento del principio autoritario, ante la tenacidad que los tales muchachos mostraban por aparecer en pequeño, héroes al estilo de los que se gastan en las guerras de todas clases.

La lectura, muy en voga entones, de historias y romances del córte de las de Carlomagno y los doce pares de Francia, y los relatos de acciones y batallas que con tanta frecuencia describían los periódicos, antes lo mismo que ahora, por ser género que nunca se hace antiguo á pesar del tan decantado progreso, exacerbaban de tal manera la sangre juvenil, que no teniendo gente extraña con quien reñir, reñían entre sí los chicos de una misma ciudad y hasta de una misma escuela.

A falta de pretesto formal que suscitase el ódio entre ellos, buscaban la rivalidad entre dos bárrios distintos de la población, librándose en su nombre, verdaderas batallas que no pocas veces traían sérias consecuencias.

Para espíritus belicosos no podía darse situación más á propósito que la del prado Picón.

Tendido á la falda de una pequeña colina, en

la que se asienta el viejo cementerio de la ciudad, con dos entradas por las callejas de la Lana y del Teatro, para servicio de los ejércitos combatientes y en caso de huida, una á la parte posterior, por la que en breves momentos se salía á voluntad al camino del Fresno, ó á la fuente de los Teatinos: hé aquí el campo de instrucción que por aquella época hacía competencia no pequeña á las escuelas y aún al primer establecimiento de enseñanza de la provincia.

A dicho campo concurrían casi todas las tardes los aguerridos batallones de los bárrios beligerantes, con sus populares jefes,—uno de los cuales, Ballesteros, fué víctima de su arrojo y de las piedras enemigas;—sus bravos oficiales, y su correspondiente bandera, á cuya defensa se entregaban con el mismo ardor que el soldado que pelea por la causa nacional.

No bien en él, uno de los batalladores se posesionaba á la carrera del alto del Cementerio, en el cual no se fortificaba, porque el arte militar no llega á tanto entre los chicos; más en cambio, se defendían con tal ardor y tal pericia, que las piedras arrojadas por ellos con ó sin honda, se convertían en peligrosos proyectiles para las cabezas que pillaban por delante. Tan convencidos estaban de esto los de orden público, que no se mortificaban gran cosa en hacer firmar la paz entre los combatientes; así que, á sus anchas despleaban las guerrillas aquellos que, deseando tomar la colina, punto obligado de la batalla, atacaban de frente y por los flancos con el fin de conseguirlo.

En ocasiones así sucedía; pero otras, el ejército defensor, descendiendo con vertiginosa rapidez de sus ventajosas posiciones, invadía el llano,

sembrando el espanto entre las filas enemigas, las cuales en su huida eran perseguidas hasta en el interior de la misma ciudad. Otras, la fortuna, siempre veleidosa, se ponía de parte de los que atacaban, haciéndoles posesionarse de la altura que conservaban hasta tanto que la pericia y valor de los contrarios, disponían otra cosa.

Banderas, sables de madera, cajas de guerra y alguno que otro morrión de miliciano, caían á veces en poder de unos ó de otros; prisioneros de guerra tambien había, y chichones y descabraduras eran tan comunes, que en dias de batalla tenía no poco que hacer, curando heridas, la botica más próxima al lugar de la acción, convertida por el momento en hospital de sangre de tirios y troyanos.

Afortunadamente, la apertura de la *carretera nueva*, llevada á cabo en el año cincuenta y ocho para conmemorar la venida de Isabel II, acabó con las célebres pedréas, que tantos disgustos hacían pasar á papás cariñosos y transeuntes pacíficos.

Los gritos de ¡viva la Puerta nueva! ¡mueran los Estancos! dejaron de oirse desde el momento en que el famoso prado fué dividido en dos por aquella nueva vía, desde la cual, en noche plácida, inmensa multitud contempló los vistosos fuegos de artificio con que la ciudad festejaba la presencia de la entonces reina de España.

Aquellos variados resplandores que con arte mágico, hacían producir á la pólvora afanados pirotécnicos indígenas, eran los primeros destellos de la luz del progreso, que más tarde había de iluminar á Oviedo con vivísima intensidad.

Bajo su acción, la antigua ciudad de Fruela ha sufrido cambio muy radical, adquiriendo ho-

nores de población moderna, con elegantes barriadas, entre las que descuella la levantada en el famoso *prado Picón*, antiguo campo de Agramante de las generaciones que nos precedieron.

Aquellas luchas bárbaras, oprobio de la ciudad, han desaparecido. ¡Bendito sea el progreso que realiza tales milagros!



LA FONTICA



LA antigua ciudad de los obispos, de vetusto aspecto aunque no por sus cuatro costados, es un plantel de manantiales, en el sentido más amplio de la palabra; buenos y malos, potables y no potables, pues de todo hay, pero con especialidad los utilizables en bebida, aún en la época de más escasez, y ¡cosa rara! á pesar de esta abundancia, apenas pasan cuatro ó seis meses á lo sumo sin que nos lamentemos de la falta de agua, elevando en todos los tonos las quejas más amargas, las protestas más enérgicas, contra los hombres que componen el común de vecinos, que deben de ser, si mal no me engaño, los del Ayuntamiento, según aprendí en las inscripcio-

nes que esculpidas tienen las fuentes de la ciudad de León.

Y es porque avezados á que el *Fitoria*, llegue en abundantes chorros hasta la misma cocina, no bien este famoso pico acorta su cotidiana ración, cuando ya empieza á pintarse la ansiedad en las caras de todos, de tal manera, que si la sed amenazáse concluir en pocas horas con sus vidas.

Más gente que se ahoga en tan poca agua, es porque ha echado en el olvido á los ricos manantiales que en abundancia brotan en Oviedo y sus inmediaciones, todos los cuales tienen limpia historia y antiguo abolengo en los fastos hidráulicos de la población, de los que para su desgracia no puede hacer alarde la confinada en el depósito del Fresno, cuya transparencia y falta de color dejan bastante que desear así que las nubes se toman el cargo de reponer las pérdidas que aquel experimenta; labor que hacen con harta frecuencia en este país de las *madreñas*.

Muchos de aquellos manantiales merecieron los honores de ser analizados en tiempos no lejanos por distinguidos químicos, que por suerte de ellos y de la ciencia, todavía viven: otros fueron descriptos con todos sus pelos y señales, no se si por bien ó mal cortadas plumas,—porque en esto de córtes no estoy fuerte,—y, otros, como *Fumaxil*, no alcanzaron del Ayuntamiento en recompensa de sus buenos servicios á los vecinos de sus contornos, ni siquiera un tubo adicional que facilitase lá operación de coger el agua; que para todo se necesita suerte en este mundo.

Más tocante á esto la *Fontica*, tiene mucho que agradecer al Municipio, pues no sólo la dotó del aditamento necesario á toda fuente—un poco pobre, por cierto, por lo que respecta al metal y

mano de obra en él empleados—sinó que procuró embellecer el sitio en que mána, dotando la zona que la rodea de buenos bancos de piedra con sus correspondientes respaldos de hierro, y de hermosas acacias que le dan sombra en los dias calurosos del estío.

Hizo más; que farol de largo mechero, sujeto sobre férrea columna emplazada en la piedra que cubre el depósito de tan precioso líquido, iluminase durante la noche todo aquel recinto, á fin de evitar, sin duda, sustos y caídas por las escaleras, que es preciso descender para llegar á él, y también los que se pudieran recibir de los *bul-tos* que á espaldas de la luz quizá se tropezasen por sus inmediaciones.

Pero idea tan *luminosa* hubo de acabar en breve tiempo con la fama que á fuerza de años había adquirido la tal fuente. El gás mezclándose con las aguas comunicaba á estas tan ingrato sabor que fué preciso, para hacerle desaparecer, trasladar la columna sostenedora del farol, á la respetable distancia de vara y media del manantial; acertada disposición que devolvió el contento y la alegría á no pocas caras.

Desde entonces han vuesto á establecerse muchas digestiones interrumpidas por la falta de magnesia en el agua; los que padecían del hígado han visto con gusto desaparecer paulatinamente su afección y hasta modificarse su idiosincrasia, y, más de cuatro ictericias y no pocos estreñimientos han conseguido curarse en pocos dias, gracias al uso continuado del agua de la Fontica. Añádase á esto los casos de longevidad que se registran en nuestra población, cási todos los cuales reconocen por causa, al decir de muchos, el beber un vasito de ella todas las mañanas.

en ayunas, y la cualidad de preservar del cólera que le atribuyen y se comprenderá que no es infundado el renombre con que de antaño se la viene distinguiendo

Sus muchos partidarios no contentos con beberla en sus casas durante el invierno aprovechaban en el verano las horas más próximas á la de la media noche, para saborearla al pié del mismo manantial, alrededor del que no faltaban animadas tertulias: de vez en cuando más de un Gayarre en agraz daba gusto á su garganta, y se pillaba también *algo* que hacía recordar por mucho tiempo lo malo que es abusar del sereno en este país.

El dulce siempre atrae, sea cualquiera la forma bajo la cual se presente; así que los *esponjados* del *cazu* que allí se vendían arrastraban hácia sí respetable contingente, entresacado, sobre todo de los que cansados de pasear en Porlier, iban á limpiar sus *gargüeros* del polvo que en aquel sitio habían tragado

Más como teóricamente las mangas municipales han acabado con el polvo de los paseos, y la moda concluyó con los de Porlier, hoy la concurrencia no es tan numerosa, como lo fué en algún tiempo, formándola en la mayor parte, los que de buena fé creen en las grandes virtudes de la Fontica.

Para estos ni las costas tienen atractivos, ni mérito los más afamados establecimientos de aguas minerales; donde está la Fontica, no hay nada; por eso provistos de vaso y azucarillo — pues la *esponjadera* se eclipsó hace tiempo, — la visitan todas las noches con el fin de beberse los tres de ordenanza, en el intermedio de los cuales más de cuatro veces se suele arreglar la

nación, y más de una se ha arreglado la provincia y aún el concejo; en fin, media hora pasada formalmente y nada más, quedando, del bullicio y animación de otros tiempos, tan sólo el recuerdo, grato para muchos, ingrato para algunos.



LA PROCESIÓN DE LA PARROQUIA



ON cuánta ansiedad la esperábamos de niños! Tres meses antes de acercarse tan suspirado día, mareábamos á nuestras respectivas mamás preguntando á todas horas en que día caía: si faltaba mucho tiempo, si llovería ó no llovería, si para entonces habíamos de estrenar algun traje con sombrero y todo; en fin, una série de preguntas capaces de atormentar á la cabeza mejor sentada.

Soñábamos con la tal fiesta no bien Morfeo se apoderaba de nosotros: y en la escuela era la conversación favorita de todos los chiquillos, cuando la tolerancia del maestro nos permiti-

tía soltar la sin hueso. Más esta tolerancia redundaba en perjuicio del orden general del establecimiento, y acaso por este motivo solía resolverse no pocas veces en alguno que otro latigazo que el maestro distribuía en la sección y con la oportunidad que la práctica y buen tino le aconsejaban.

De este modo el orden quedaba momentáneamente restablecido; más apenas el maestro volvía la espalda, comenzaba de nuevo la discusión y el mosconéo tomaba proporciones alarmantes, que en breve tiempo se achicaban, gracias á la varita encargada de sacudir el polvo á los que con más calor tomaban partido en tan empeñada lucha. Y es que los chicos andábamos preocupados sobre si era ó no era mejor la procesión de San Tirso, que la de San Juan, ó si en San Isidoro se hacían funciones más lucidas que en la Córte.

Tan pueril preocupación, causa de no pocas bofetadas repartidas casi á diario á la salida de la clase, cesaba de repente al aproximarse el día destinado á la procesión. La víspera se firmaba la paz entre los distintos bandos y, unos y otros animados por el mismo pensamiento esperaban con febril ansiedad la hora del medio día, distinta en aquél de todas las demás del año, porque en ella, el repique general de campanas en la parroquia, los gruesos cohetes de palenque y la salida de los tambores á recorrer las calles de la carrera que al día siguiente habia de seguir la procesión, era acicate poderosísimo que estimulaba á los chiquillos á salir escapados de la escuela en dirección á la iglesia.

En sus alrededores no faltaban distracciones para ellos; primero cojer los cohetes que una vez explotados á buena altura se venían al suelo con

rapidez vertiginosa; después seguir al par de tambores, que partiendo de la puerta de la iglesia recorrían las calles al son de la marcha que traducida al lenguaje vulgar de los muchachos, dice poco más ó menos:

Toca el tambor, Palín, Palín (1)

Toca el tambor que te cae el *chapín*;

más tarde observar los preparativos para la función profana, si es que la había; luego, al oscurecer, nuevo repique de campanas, acompañado de los correspondientes cohetes de palenque; y nueva salida de los tambores á recorrer las calles de la carrera y, por último, si el sueño no le sorprendía asistir á la verbena, que en algunas parroquias solía consistir en iluminación, fuegos artificiales, globos y música. con los indispensables tambores y gaitas, pero que en otras se reducía simplemente á unos cuantos farolillos distribuidos en los huecos más notables de la fachada principal, y pare usted de contar. En fin, que no le quedaba tiempo á uno ni para rascarse, y eso que había que pensar en el día siguiente, que era lo principal, pues en dicho día se había de estrenar el trajecillo que desde la víspera yacía descansando (de tantas fatigas y disgustos como le ocasionaron las muchas manos que en él intervinieron) sobre una cama á cubierto del polvo, gracias á la protección dispensada por una colcha en med ano estado, cuya protección se hacía extensiva también á un airoso sombrero de paja y á unas botitas de charol, que por su buen corte iban á ser la invidia de más de cuatro.

(1) Palio honrado industrial que además de su oficio se dedica á tocar el tambor.

Tan á lo viyo se lo creia uno, que la mañana de la Sacramental resultaba demasiado larga, esperando la hora de poder vestirse; la comida se hacía de prisa y corriendo y con poca gana, abandonando la mesa más de cuatro veces tan solo por el gusto de contemplar cuanto estaba preparado en obsequio del chico que iba á asistir á la procesión.

La hora llegaba, por fin, que todo llega en este mundo por lejano que aparente estar, y muy vestido, muy fresco y muy peinado, se salía de casa seguido muy de cerca del acompañante y portador de los cirios con dirección á la iglesia.

El corto rato de espera ¡que largo se hacía! ¡cuántas preguntas, cuantas vueltas y cuantas pataditas de mal humor, se hacían y se daban en tan breve tiempo! más apenas se abrían las puertas del templo, y aparecían la cruz parroquial y los ciriales, precedidos de los tambores que batían acompasada marcha, y de algunos caballos de la Guardia civil, que entonces había; las campanas se echaban á vuelo y los cohetes hendían el espacio, con qué violencia palpitaba el corazón; que variedad de emociones se sentían en aquel momento, que á pesar de ser tan rápidas le fascinaban á uno de tal manera. Y esta fascinación iba en *crescendo* á medida que las imágenes abandonaban la iglesia unas en pos de otras, llegando al *summum*, cuando las cornetas de la escolta, los acordes de la marcha real, las nubes de incienso y los grandes cohetes indicaban que la custodia estaba ya en la calle; entonces seguido del que le acompañaba, se incorporaba uno á la larga fila de fieles que con velas encendidas concurrían á la procesión, encendía uno la suya y cogiéndola por la parte media, por encima del pa-

ñuelo arrollado á la misma, se emprendía la marcha ácompasada preocupado siempre con el papel que iba uno desempeñando.

Y tan grande era la preocupación que unas veces por que el *San Juanin* con el cordero era de los santos conducidos procesionalmente, otras porque lo era *Santiago los Moros*, muy popular entre los muchachos, ó *San Isidro labrador* que tenía unas vacas muy bonitas, no se acordaba uno que delante iba otro ciudadano, quizá tambien con los trapitos de cristianar, y contra el que se iba á apagar la vela ya frotándosela sin querer á una pernera del pantalón, ó ya al gabán ó á las aldetas de la levita.

Más de cuatro *babas* se recogían, para hacer *banzones*, y no pocas gotas de cera se depositaban sin quererlo sobre las botas y trage nuevo, que la buena solicitud de la mamá se encargaba de hacerlas desaparecer con no poca perfección. Cerca del oscurecer se terminaba la carrera; los grandes cohetes de *bomba real* se encargaban de comunicarlo á todos los bárrios y suburbios de la ciudad y un globo de grandes dimensiones que majestuosamente se elevaba á compás de los acordes de la banda de música, llevaba la misma noticia á los espacios aéreos.

Hasta no perderlo de vista no abandonábamos el lugar, teatro de estas escenas. Se retiraba la Guardia civil de á caballo; la escolta al paso ordinario iba hácia el cuartel y la multitud se dispersaba en todas direcciones quedando en la soledad más completa los alrededores de la iglesia. Confundidos con aquella atravesábamos varias calles para dar fondo en la Botillería. ¡Aquel chico de leche helada con doble ración de barqui-

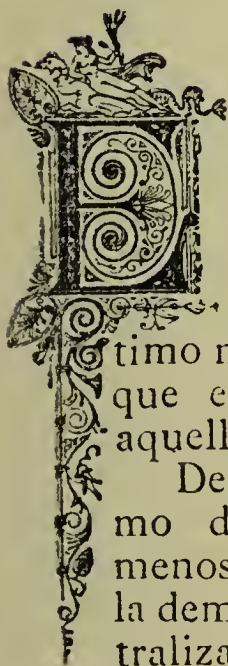
llos, con que fruición penetraba en nuestros estómagos!

Era á nuestros ojos, digno remate de tan solemnes funciones, y el recuerdo de las mismas, no se borraba tan pronto de nuestro pensamiento.





LA ROMERÍA DE LA CANDELERA



Es la primera de las muchas que se celebran en Oviedo y su término municipal, pero es también la más fría.

Basta saber que inaugura el último mes del invierno para convencerse de que el calor no hará grandes estragos en aquella época.

Debido á esto, sin duda, y á que el zumo de la manzana y el de la uva más ó menos auténtico que en las tabernas de la demarcación se beben con exceso, se neutralizan con frutos harto refrescantes, no se observan en esta romería aquellas grandes *filoxeras* que se lucen en otras, y se traducen muy libremente por garrotazos y puñaladas, con terror de la gente pacífica.

Cuatro ó cinco grados sobre cero y un Norte.

ó Nordeste capaces de afeitar al más terso de los hombres, enfrían los espíritus más belicosos, la sangre más ardiente que se conozca, todo, menos el entusiasmo de los ovetenses por las romerías.

De no ser así aquél sitio abierto francamente al Norte, sin amparo de ningún género y por apéndice bastante elevado, se vería desierto en el día en que la Iglesia celebra la Purificación de Nuestra Señora; pero, ¡quía! se conoce que hay muchos, muchísimos á quienes entusiasman los aires puros, los aires capaces de colarse por los menores resquicios limpiándolos de impurezas, y produciendo pulmonías sin cuento; pues más de cuatro se dejan cojer en aquél día por la enfermedad que arrastrada por el viento llega cuando menos se piensa.

Es cierto que ellos se tienen la culpa, pues si no la esperasen sentados, sin duda para dar pruebas de intrepidez y valor, no les sucedería quizá eso; pero en tal día, y sin que nadie se dé cuenta de ello; parece como que se entabla cierta competencia entre los que reposan duramente en los paredones de la bajada de la Noceda, y los que con pecho muy sano suben y bajan mil veces en la tarde aquella malhadada cuesta.

Valor necesitan los primeros para arrastrar con estóica calma, todas las inclemencias de que es capaz una tarde del mes de Febrero; valor y piernas requieren estos últimos, para ejecutar aquella série de ascensiones, en plano de tal inclinación y no exento de peligros, dada la humedad del suelo tan frecuente en aquel tiempo, y dados los muchos *arqueros* que provistos de *gomas* acechan traidoramente la cara de un individuo con la sana intención de producirle un car-

denal, ó dejarle tuerto á expensas de un tiro de cáscara de naranja, lanzado á gran velocidad.

Este, para el que le guste, es el principal *chiste* de la romería. Cupido ha cambiado sus saetas por *pellejos* de naranja, y, ama y ódia á pellejazo limpio, sin que la policía evite las muchas equivocaciones que padecen los pequeños Tenorios, dirigiendo sus tiros á mamás respetables y caballeros pacíficos. Y, eso que la batalla dura todo el tiempo que dura la romería,—las tres últimas horas de la tarde,—sin que en tan largo tiempo se agoten los proyectiles, gracias á los muchísimos acumulados con anticipación en los arsenales de la plaza de Feijóo y calle de San Vicente.

Aquellos sitios, feos de suyo, se transforman momentáneamente en otro jardín de las Hespérides, en el que las ricas naranjas de Muros, lucen su tamaño, enviando de paso aromáticas emanaciones con el noble fin de incitar el gusto escogido del comprador.

Antes, solamente las de la provincia, buenas y malas se exhibían allí: pero hoy, gracias á la facilidad en las comunicaciones y al afán de las competencias, las malas han tenido que retirarse y explotar su cáscara amarga para la confección de jarabe, y las buenas se ven precisadas á sostener todos los años una lucha titánica con las que de Murcia y Valencia se han atrevido á traspasar los Pirineos asturianos, saliendo aquellas más de cuatro veces triunfantes á cambio de renunciar á *fortiori* la paternidad provincial.

Más afortunados los *pumares* ó manzanos que en apretados haces descansan muellemente contra las tápias del convento de San Pelayo, pueden hacer gala de su abolengo asturiano, en la segu-

ridad de que este carácter será el más apreciado de cuantos puedan reunir.

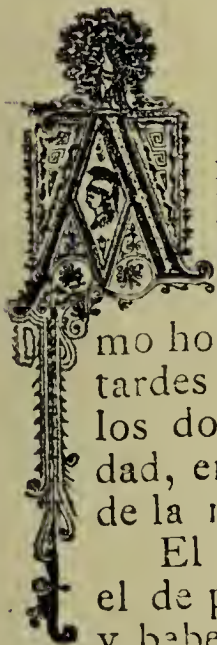
Bien lo demuestran los muchos hijos del terruño, que cual otras mariposas, revolotean alrededor de los *arboricultores* al aire libre, sobando y resobando desde las ramas hasta las raíces; de cuantos árboles aparecen en el mercado, antes de decidirse á cargar con los que pasado algún tiempo han de formar en apretada línea en cualquier pumarada de las inmediaciones.

Unos y otros, es decir, vendedores y compradores prescinden por completo de la romería, estando como quien dice al negocio, y .. nada más; pero cuando las tinieblas de la noche han ahuyentado á la alegre concurrencia, cuando ya no queda ni un solo puesto en la romería, empieza la fiesta para ellos en cualquiera taberna de la jurisdicción, yendo á terminarla en las primeras horas de la madrugada, en la más próxima á su casa, última *capilla* de las muchas visitadas, si antes, y por *mor* de haberse estrenado las *pértigas* que mercaron con los manzanos en la romería, en las costillas de alguno, no fueron á dar de bruces en el *blando* lecho del depósito municipal al abrigo del relente.

Epílogo digno de una fiesta, para la que es necesario llevar *blindada* la cara y bien forrado el cuerpo.



LA FUENTE DE LOS TEATINOS



ANTES que la vía férrea atravesase el lugar de Vega en dirección á Castilla, y que la costumbre de remojarse en agua salada estuviera tan arraigada como hoy lo está, solían congregarse en las tardes calurosas del estío, más especialmente los domingos, bastantes familias de la ciudad, en un pequeño bosque no muy distante de la misma.

El fin que allí les llevaba no era otro que el de pasar tres ó cuatro horas alegremente y beber de la riquísima agua, que una fuente medio escondida en el bosque proporcionaba á cuantos quisieran aprovecharse de ella, y, al efecto, ningún preparativo mejor que la merienda para llenar cumplidamente ambos objetos. Y

que así lo entendían las gentes, lo demostraban bien á las claras las muchas que por allí había, más ó menos modestas, pero todas ellas rociadas con raudales abundantes de alegría, sin que el menor disgusto viniera nunca á interrumpirlas.

Los bailes y giraldillas ayudaban poderosamente la digestión, hasta que el crepúsculo empezaba á iniciarse; entonces comenzaba la retirada, llevándose á cabo ordenadamente y por un sólo grupo en el que aparecían mezclados hombres, mujeres y niños de todas clases y condiciones.

Los cánticos la animaban tanto, que con su auxilio ni se apercibían las muchas asperezas del camino, ni la distancia resultaba demasiado larga.

Insensiblemente se encontraba uno dentro de la ciudad á la hora precisa en que el gás, por mandado de los faroleros, empezaba á disipar las tinieblas que á hurtadillas habían conseguido apoderarse de las calles y plazuelas.

Uno y otro año se venían repitiendo aquellas expediciones, sin que la competencia que por entonces entablára la fuente de Pando, sitio predilecto de una buena parte de la sociedad, hiciera disminuir en lo más mínimo ni el número de ellas, ni el contingente con que cada una contaba; tal era la fama con que de antiguo hacía mérito la conocida *f fuente de los Teatinos*, fama que, así como el nombre que lleva, creen algunos haya sido impuesta por los inquilinos del antiguo colegio de San Matías dada la afición que con sus frecuentes paseos á la supradicha fuente le demostraban, y que otros con más visos de verdad, atribuyen á los regulares de San Cayetano, hijos

predilectos del obispo de Teati, conocido más tarde en el papado con el nombre de Páulo cuarto

Más la historia nada dice en concreto respecto á este interesante punto, ni hay para que tomarse la molestia de averiguar lo que en ello haya de verdad, máxime en una época en que por ley fatal de la decadencia, han venido á menos con tal rapidez las tradicionales expediciones á dicha fuente, que en el día son contadísimos los que se acuerdan de ellas, aún cuando el termómetro exceda de los treinta y el cuerpo reclame con imperio los medios de ponerse al *dolce farniente*. Y todavía estos andan reacios para realizarlas necesitando por lo menos de algún aliciente que les invite á hacerlos.

La locomotora trasportando en cada instante miles de personas al famoso *Campo del Infierno*, en el día de Santiago, es un espectáculo que ofrece no poco entretenimiento y variedad, dada la notable diferencia que se observa entre la carga de los trenes que ascienden y la de los que descienden, por la pendiente de Vega.

De él se aprovechan los que chapados á la antigua y con no pocos ribetes de formalidad, huyen del mundanal ruído, buscando la paz del espíritu y los placeres de una mesa frugal bajo los robles y castaños que por allí hay.

A su sombra brotaba la fuente, que si muy rica por la cualidad del agua, era tan pobre en vestimentas hidráulicas, que á no haber sido por el cariño que le profesaban dos conocidos ovetenses que há tiempo desaparecieron del libro de los vivos, y á los que debe las pequeñas obras en ella ejecutadas, mal se vería cualquiera que á impulsos de la sed quisiera utilizarla, por

bien pertrechado que fuera de cangilón ó de *pe-
nada*.

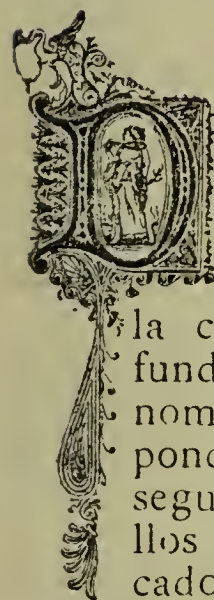
Las obras subsisten aún, sin haber merecido en tanto tiempo, los honores de una ampliación por parte de la municipalidad, en cambio los árboles frondosos que tan grata sombra le prestaban, desaparecieron quizá para no ser jamás reemplazados por otros.

El acha que sirvió para derribarlos, sirvió también para acabar de una vez con tan gratas expediciones, y para transformar repentinamente en barranco, el antes delicioso bosque de los Teatinos.





EL BOLLO DE LA MAGDALENA



DE cuantos se conocen en el día es el bollo más formal. Ni el histórico bollo de *pan de fisga* tan apreciado por D.^a Velasquita Giraldez, á juzgar por la cláusula impuesta en la escritura de fundación de la cofradía que lleva su nombre; ni los bollos de Morcín, antes tan ponderados, hoy en decadencia, quizá por seguir la moda general; ni los muchos bollos que el arte del panadero arroja el mercado para escitar el apetito bajo la forma de *bonetes, pistolas, jamancios y roscas*, pueden competir con el de la Magdalena. Aquella cortecita dorada que da gloria el verla; aquella miga tan esponjosa que al decir de los cofrades parece bizcocho, aquella falta de *ampollas y oquedades* entre *cuero y carne*, es decir: entre

corteza y miga, que están denunciando lo esmerada que ha sido su confección, indican que el citado bollo es de buenas condiciones y cual corresponde, á una cofradía que de tiempo atrás gozó fama de formal.

No en vano en otras épocas perteneció á ella lo más selecto de la población, la *hig life*, como se dice hoy, quizá interpretando los deseos del fundador o fundadora, pues, de dar crédito á la historia, no sabemos, si fué obra de varón ó si lo fué de hembra, la famosa hermandad.

Hoy todas las clases sociales pertenecen á ella, todo Oviedo, podemos decir sin temor á exagerar, pero no el Oviedo aquel de tambor y gaita, de génio alegre y capaz de bailar en la calle de San José antes de componerse si en ella hubiera habido serenata; sinó el Oviedo grave y sesudo, que prévia la asistencia á la función religiosa celebrada en la capilla de la Santa, vá á recoger el bollo y el vino, que lujosa carroza condujo momentos antes desde la panadería y registro del vino al paseo de la Herradura, y una vez recogido se retira á su hogar en donde lo come y bebe en compañía de su familia.

Ni un puesto de vino se vé en ese dia en el Campo de San Francisco, ni una merienda, ni siquiera una *chispa*; hasta la música participa de cierta gravedad, tocando piezas serias durante el tiempo que dura el reparto.

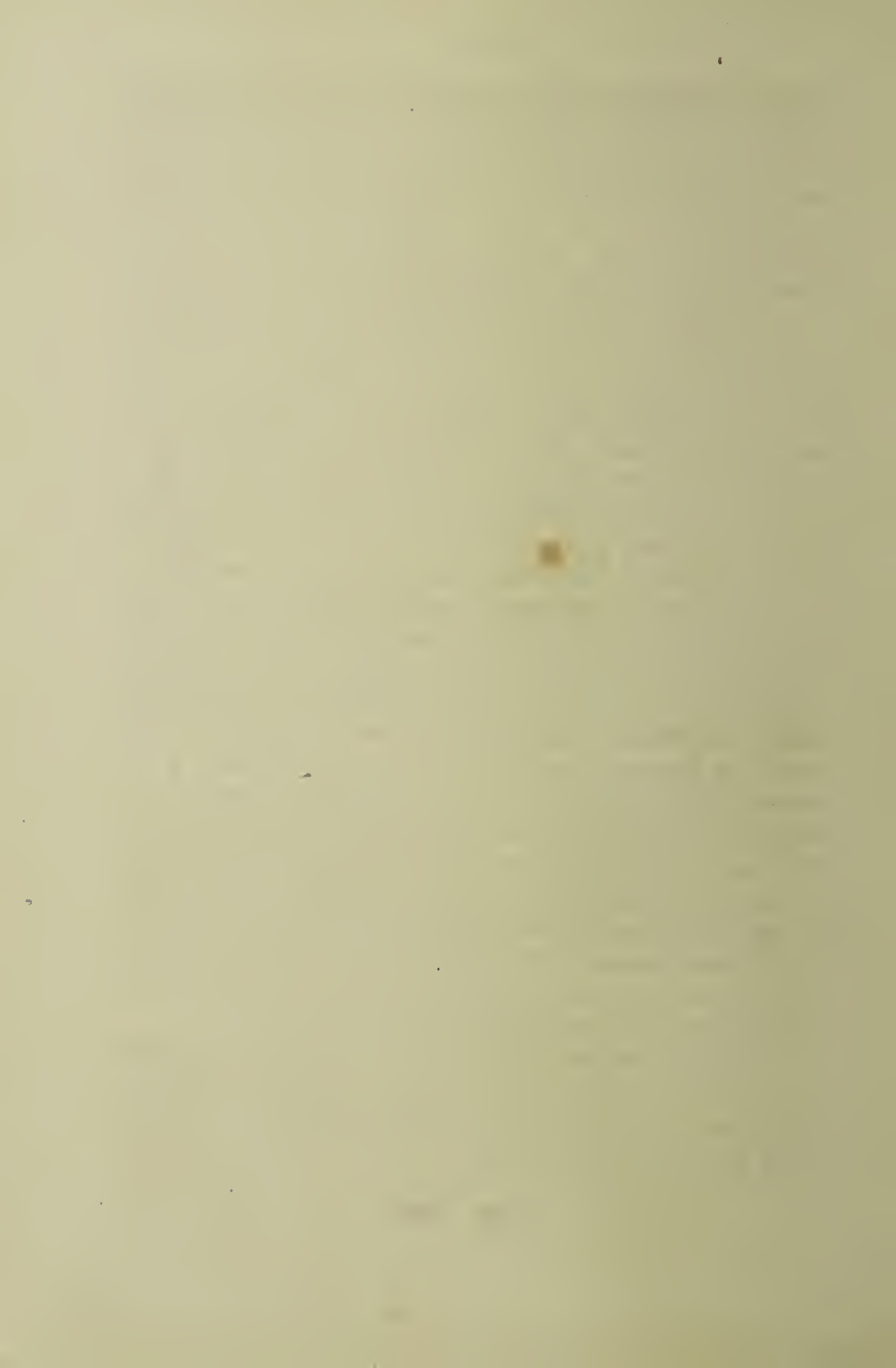
Años atrás un mayordomo de génio alegre y por ende cofrade de la Balesquida, quiso encauzar á la Magdalena por los derroteros que la de los *Caballeros Alfayates* sigue de tiempo inmemorial, aprovechando la oportunidad del derribo del Cuartel de la Compañía, y utilizando para sus fines la magnífica plazuela que tras de la ca-

quila quedaba; es decir que trató de festejar la víspera con gran iluminación, no pocos cohetes y mucha música; más sea porque la gente no estaba acostumbrada, ó sea porque la gran esplanada desapareció bajo la férrea techumbre del mercado cubierto, es lo cierto, que la tal verbena, no volvió á celebrarse, quizá para bien de muchos.

De ello no debe de estar pesarosa la cofradía, y les *viejes* habrán de dar mil gracias á Dios, por que al cabo de los años mil pueden vivir todavía al amparo de la Santa en el modesto albergue de la calle de la Magdalena, merced á resistir aquella los embates de los Ministros de Hacienda, y de haber salido á flote, empujada quizá por los buenos mayordomos que en ella hubo. Pero el de hoy, partidario acérrimo del *Progreso*, con aficiones guerreras en otros tiempos, buen mozo, gran contratista y buen nadador, segun noticias recibidas del golfo de México, ha hecho milagros, en la tal cofradía hábilmente secundado por un Juez, que si cachazudo y de buen estómago, para ciertas cosas, es de actividad pasmosa y de inteligencia clara cuando se trata de mejorar todo cuanto á la cofradía se refiere. Sus aficiones médicas de otros tiempos, le han enseñado que el alcohol es un remedio poderoso de la medicina moderna, y por eso y porque conoce los grandes centros productores procura que el vino que se dé, sea de lo mejor de la Nava ó de Rueda, que por aquellas tierras se cosecha

Así lo dicen los inteligentes y por eso favorecen con sus sufragios hace años al Juez y Mayor-domo, en cuyos cargos les desea muchos días de vida *uno de la Hermandad*.





LOS JARDINES DE SAN JUAN y de San Pedro.



AS verbenas de San Juan y de San Pedro, se solemnizan aquí con alguna que otra parranda, no pocas *chispas* y unos cuantos jardines improvisados en distintos puntos de la ciudad, previa la vènia de la autoridad competente.

En un principio gozaba de este privilegio el bendito San Juan, cuya festividad se adivinaba quince días antes, por el movimiento inusitado de la gente menuda, la cual no se daba punto de reposo ya trasportando tierra en cajones y seras, ó ya limpiando de yedra cuantas paredes viejas y árboles la sostenían, ocasionando inconscientemente á estos un bene-

ficio que nunca tuvieron que agradecer á sus legítimos dueños, pues al fin y al cabo se veían libres, por algún tiempo, de una plaga no pequeña.

Más de un dueño de heredad quisiera poder decir otro tanto, respecto á otra no menos temible, constituída por la nube de chiquillos, que so pretexto de recojer *mofu*, arenas coloreadas y flores, asaltaban huertas y cercados dando un tiento no pequeño á la fruta que por esa época empieza á dar señales de madurez; pero cuantos esfuerzos se hacían con dicho objeto, resultaban perfectamente inútiles ante la astúcia y desfachatez de los muchachos, para los cuales ni hay tápia que se les resista ni perro que les asuste.

Cierto es que sus asaltos encontraban disculpa en el fin que les animaba; fin sancionado por la costumbre de improvisar jardines en los barrios, de cuyos planos y realización se encargaban los más sesudos de la cuadrilla, aquéllos que por su carácter y condiciones lograban imponerse á los demás.

Después de todo, la cosa en si no ofrecía grandes dificultades; un terraplen rectangular de unos cuantos metros de superficie y de ocho ó diez centímetros de altura apoyado por uno de sus costados contra una pared encargada de sostener un pabellón formado por un par de colchas de colores claros y un arco de pípa, bajo cuyo pabellón, se habían de cobijar el retrato de Espartero ó el de Prím ó el de algún santo que no fuera San Juan, y las jardineras encargadas de cultivar el petitorio entre la multitud que acudía á admirar tan bella obra de arte; media docena de caminitos cubiertos de tierra de colores, unas cuantas macetas de flores distribuídas á capricho.

sobre los cuadros formados por los caminos; alguna bola de cristal de las que sirven para recoger calcetines, pendientes de los arcos de follaje que formaban la puerta de entrada. y, por toda valla hojas de vedra ensartadas en hilos á postes cubiertos de hojarasca, eran los elementos que constituían los jardines, con los que, tiempos atrás, se solemnizaba la víspera de San Juan.

Estos jardines se iluminaban durante la noche con modestísimos farolillos de papel. cuyo esqueleto le constituían una peana de barro de forma cuadrangular y cuatro varitas clavadas en cada una de las esquinas de ella. y con candilejas de hoja de lata alimentadas con aceite. las cuales en correcta formación y corto número lucían lánguidamente sobre los arcos de las puertas de entrada.

Ní música. ní fuegos artificiales, ní pomposos anuncios en los periódicos: cuando más un tambor y una gaita ó una zanfóina y unos cuantos cohetes de los baratos, bastaban para anunciar á las gentes la existencia del jardín en el punto más conveniente del bárrio ó en un patio interior de cualquier casa del mismo.

Hoy ya es otra cosa: el progreso que se apodera de todo. se apoderó también del fructífero terreno de los jardines; así que los que se exhiben en vísperas de santos tan populares, llevan impreso el sello de la mocedad. de la gente adulta, en una palabra, de la gente que vió algo, como lo demuestran el trazado de los jardines. sus grutas y cascadas. juegos de agua y glorietas que en los mismos se improvisan.

En el dia se construyen, á ser posible, en el centro de una plazuela, y se les da la forma circular con preferencia á la de rectángulo; en su

centro se levantan preciosos pabellones ó glorietas en las que no faltan ni las mesas ni las sillas sobre las que han de descansar y hasta tomar *algo*, las niñas á quienes la suerte, para envidia de sus amigas, ha convertido por breves momentos en elegantes y bien ataviadas jardineras.

La iluminación es á la veneciana, y tan profusa que participan de ellas las calles inmediatas; la velada se anuncia con música, gaitas y tambores, y en los intermedios no faltan gruesos cohetes de palenque y tal cual fuego de artificio que entretenga á la concurrencia, ya que ésta acósada en casas, calles y paseos por el enjambre de jardineras, tiene que soltar los cuartos en pago del buen rato que se le proporciona.

En tales días de no quedarse en casa conviene llevar bien forrado el bolsillo en cobre, pues la plata se cotiza á precios muy altos en nuestros mercados y, por otra parte, pudiera ser causa de discusiones entre los factores del jardín, sócios de la empresa constructora.

Bastantes tienen durante el día ocasionadas por el *amílico* ó la sidra que á dulces va penetrando en los estómagos de los que acompañan á las postulantes, sin que una *blanca* ó un *Amadeo* venga á turbar la paz que momentáneamente reina entre ellos; paz que debiera durar siempre para bien de los vecinos que puestos á contribución de muebles, objetos y dinero, no han tenido un momento de reposo durante las veinticuatro horas que preceden á la inauguración del jardín y las que siguen á su destrucción.

Tiene esta lugar á las doce, poco más ó menos, de la noche, y se lleva á cabo con tal rapidez, que en ella bien claras se vén las manos de los que ávidos de jaleo y ganosos de rendir culto

á Baco, se disponen á pasar en claro noches tan celebradas, gastando de la peor manera posible los fondos recaudados á pretexto del jardín.

Y que la cosa debe dar de sí, bien lo dice el considerable aumento que de año en año se nota en el número de empresas de esta índole y la gran competencia que entre ellas se entabla, con el fin de explotar mejor el *negocio*, que antaño nadie le miraba como tal, y sí como uno de los muchos medios con que el pueblo acostumbraba á festejar á San Juan, único santo de quien se acordaban entonces.

Hoy, San Pedro, es el que está en auge, á juzgar por la animación que en su verbena se nota, y por lo mucho que tienen que hacer los barranderos, oportunamente ayudados, casi siempre, por las *lágrimas* del santo, para limpiar las calles, en los días subsiguientes á tal festividad, de los múltiples despojos que las cubren, restos informes de jardines que fueron.

Pero parece ser que Santiago, patrón de España y de sus Indias, trata de alzarse con el patronato de los jardines, oscureciendo con su reciente fama la que en algún tiempo tuvo San Juan y la que en la actualidad goza San Pedro. Sus partidarios, —los de Santiago, —se proponen añadir, sin duda, un buen *prefacio* al libro que con páginas dé sidra y más de cuatro veces de sangre, se escribe en tan señalado día, á orillas del Nalón, en las frondosas riberas del Barco de Soto, ya que por fortuna para la gente de buen humor, no le falte el correspondiente epílogo, con la no menos célebre romería de Santa Ana de Abuli.

De cuajar el pensamiento, tendremos que añadir un día más á los muchos que de bullan-

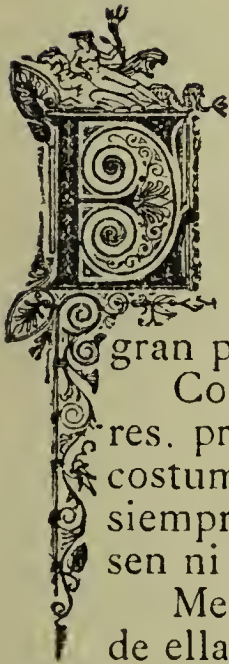
ga hay en esta noble ciudad, y... ¡qué domonio! por qué no se ha de patrocinar tan buena idea, si al fin y al cabo somos hijos de Oviedo, y no podemos desmentir aquel antiguo refrán.

Animo, pues, y que la verbena de Santiago alcance tanto renombre, como el que tuvo en algún tiempo la del popular San Juan.





EL MIÉRCOLES DE PUMARÍN



Es indudable que el sitio hace á la romería y no la romería al sitio, es decir, que la mayor ó menor importancia de una fiesta popular depende en gran parte del lugar en que se celebra.

Comprendiéndolo así nuestros antecesores. procuraban conservar intactas cuantas costumbres existían en su pueblo, poniendo siempre especial cuidado en que no decayesen ni por un momento siquiera.

Merced á esto, han podido llegar muchas de ellas hasta nosotros, aunque no en toda su pureza; más el espíritu reformista de la época, no contento con las ligeras variantes en ellas introducidas, quiso que otras de mayor cuantía las modificasen, obteniendo en cambio la total des-

aparición de muchas ó la visible decadencia de las más.

El *miércoles de Pumarín*, está comprendido en el número de las últimas: su decaimiento es tan visible que el cuarto día de pascua de Pentecostés antes tan alegre y bullicioso, pasa casi desapercibido ya para la mayor parte de los habitantes de la ciudad.

Desde que se ha dado en celebrarle en el bosque de San Francisco, quedó reducido á la categoría de un día de paseo más en el hermoso parque, sin otra modificación que tres ó cuatro puestos de vino y alguno que otro de comidas, distribuidos como con miedo, por las inmediaciones del paseo de la Herradura.

Los que alrededor de ellos se agrupan, beben con la solemnidad con que lo haría el más grave de los ingleses, sin atreverse siquiera á dar gusto á las gargantas entonando algun trozo de *Marina* ó cualquier áire más popular.

Participan de la gravedad que reina allá arriba, en el Bombé, donde pasea lo más selecto de la población, sin acordarse siquiera de que, á pocos pasos de allí, entre los robles, se ha de celebrar la rifa de los cubiertos con el aparato que el acto requiere.

Antes este acto llevaba tras el fielato de Pumarín, gran parte de la concurrencia de la romería, suspendiéndose por breves momentos el paseo que á lo largo de la carretera de Pando se celebraba, y los bailes, que no eran pocos; porque en Pumarín se bailaba de todo, desde los bailes sueltos y semisueltos, hasta los bailes de *agarráos*; desde la jota y el fandango, con acompañamiento de guitarra y de gaita, hasta las polkas

y habaneras, destrozadas por murgas de gallegos ó violines trashumantes.

Allí se baila antes de la merienda y despues de la merienda; en el bosque de Piñoli y en los prados colindantes, bajo los castaños de junto á la Quinta y en el barranco frontero á la carretera.

Cási todas las clases sociales en cuestión de faldas, bailaban; porque, entonces, sin alardear de tanta democrácia había más fraternidad, más unión entre la gente de Oviedo; y, todas las clases sociales sin temor al mal parecer comían, convirtiéndose por breves horas aquellos sitios en inmenso restaurant en el que no faltaban desde la más modesta hasta la más rica de las meriendas, por el número y condimento de los platos.

Unos adquirían las vituallas en la romería, muy abundante en puestos de comidas y bebidas; otros, los de gusto más refinado, los verdaderos *gourmands*, las hacían traer de sus casas, á cabeza de alguna moza, y en cestas siempre proporcionadas al número de comensales.

Estas cestas en las primeras horas de la tarde aparecían dominando á la multitud, que en animado tropel descendía á Pumarín por los dos únicos caminos que desde la ciudad á él conducen: la *Gascona* y *Foncalada*, y de su número dependía en gran parte la animación de la romería, y decimos en gran parte, porque para muchos la animación solo existía en los lagares que por allí tanto abundaban, y en las quimeras que por efecto de la sidra se producían, ocasionando los sustos consiguientes á la gente formal, y más de cuatro veces, la necesidad de huir por retaguardia, es decir, por la carretera que comunica con

el Campo de los Reyes, á causa de estar defendido á pedrada limpia y tal cual navaja, el paso obligado para la ciudad. Más estas escaramuzas, estos alardes de valor enardecidos á expensas de los zumos de la uva y de la manzana, pocas veces traían sérias consecuencias, y, eran por decirlo así, la salsa de la romería, como lo prueba el que ésta, tras corta suspensión, continuaba como si tal cosa, hasta el oscurecer, hora en que la gente se replegaba hácia la población, algo más alegre que cuando había salido de sus casas.

A la legua se oían los cánticos de los diversos grupos en que espontáneamente se dividía la concurrencia, cánticos en los que aparecían mezcladas voces de hombre y de mujer; á veces los acordes de la banda de música ó los desacordes de las murgas exóticas y no pocas los chirridos de la gaita que con acompañamiento de tambor, entonaba con entusiasmo el aire de la canción cuya letra es:

Dónde van los xastres?
Van á Pumarín,
á beber el vino
que dexó Pendín. (1)

Hoy, en cambio, tan de capa caída está la antigua y tradicional romería, que ni las gaitas pueden, sin pecar de importunas, *bordar* aire tan antiguo, ni las gentes pueden satisfacer su gusto cantando aquel otro popularísimo:

Venimos de Pumarín,

(1) Pendín: bebedor muy popular en cierta época en Oviedo.

venimos de Pumarín,
de ver las niñas del tirulirulí,
de ver las niñas del tirulirulá,
de ver las niñas bailar.
Que con tanto meriñaque, etc.

porque ni se vá ya á Pumarín, ni la gran avenida
del Campo es el camino que á él conduce.

¡Pumarín ha muerto!
¡Viva Pumarín!





LA GIRALDILLA



UÍLN alcanzára á meterse en disquisi-
ciones coreográficas para poder decir
á nuestros lectores el origen de la *gi-
raldilla*. su historia. y modificaciones
que ha sufrido. desde que por la pri-
mera vez se bailó hasta nuestros días.

Por que despues de todo. el punto no
deja de tener interés para el arte, y más
de un sábio académico de la Historia, ó
de San Fernando daría algo de bueno
por saber si los godos. tras larga lucha en las
montañas de Asturias. bailaron la *giraldilla* en
señal de la victoria ganada á los invasores, ó si
éstos, como gente de buen humor y que la fortu-
na en las batallas hacía más alegres todavía, en-
traron bailando en nuestro país.

Tales investigaciones, tales *recharches*, como decimos hoy para que nos entiendan los menos, no debieron de preocupar gran cosa á los ovetenses, cuando ninguno, que sepamos, se dedicó á practicarlas, siendo muchos, en cambio, los que con delirio se entregaron á los placeres de tan animado baile.

Díganlo sinó los que en las postrimerías de la vida, aún recuerdan con fruición aquellos buenos tiempos en que la giraldilla se bailaba á la caída de la tarde en el Campo de San Francisco, por gentes de todas clases.

Muy pocos habrán olvidado quizá, aquellas concurridas romerías de *San Juan*, *San Pedrín de Ventanielles*, el *Montícu* y otras en las que tras de frugal merienda ó por lo menos tras de unos dulces y un vaso de *sangría* hecho por mano inteligente, se lanzaban con todas las ilusiones de la juventud á bailar el dicho baile, con las modistillas y *mozas de calle* que por aquel entonces eran la envidia de más de cuatro damas encopetadas, por su buen palmito, y el principal incentivo del amante de Terpsícore.

Aquellos floreados mantones de Manila, atados atrás, aquellas faldas lisas, de colores claros y muy bien planchadas, por cierto, aquellas cabezas descubiertas luciendo gran peinado, hecho, sin duda, por buena mano, aquel pié bien calzado, y sin pretensiones, atraían y no poco. Y luego como el baile se componía de un corro en el que aparecían interpolados, y cogidos de las manos los dos sexos, bello y fuerte y en el centro de aquel los que por turno les correspondía quedarse para sacar á bailar, claro, el que tenía interés procuraba dirigirse á la que le gustaba con el fin de poder apretarle la cintura, una vez, termi-

nada la especie de jota que constituía la segunda parte, diciéndole, de paso cuatro cosillas agradables al oído, si es que antes no había dado la norma á todos los bailadores, entonando una canción alusiva á la señora de sus pensamientos.

Por que en la giraldilla hay coplas tan variadísimas tocante á la música y letra, que aún los de gusto muy delicado pueden escoger á su antojo las que más les plazca en el largo catálogo que encabezado con la antigua de:

La casa del señor cura
nunca la ví como ahora,
ventana sobre ventana
y el corredor á la moda.

Termina con la más reciente de:

Amores y dolores
quitan el sueño,
quitan el sueño
quitan el sueño;
yo como no los tengo
descanso y duermo,
descanso y duermo,
descanso y duermo.

A coger el trébole
el trébole,
el trébole,
á coger el trébole
la noche de San Juan.
A coger el trébole etc.
los mis amores dán.

Conteniendo además otras tan animadas como:

Eso nó, señor médico, nó;
que no es esa la vena

la que á mí me da pena,
señor doctor,
más abajito me da el dolor,
que me dá al lado
del corazón.

O estas otras:

Si caigo ó no caigo,
niña á tus piés,
y si me levanto,
vuelvo á caer;
Si me caso contigo,
todo lo logré,
todo lo logré;
Si me caso contigo
te luzco en Porlier
te luzco en Porlier.

Tal era la afición que á la giraldilla había que, en los intermedios hechos por la música amenizadora de los paseos de Porlier, se bailaba con inusitado entusiasmo por numerosos pollos y pollas, que hoy son respetables papás, mamás jamonas y ciudadanos de algún viso.

Más aquellos nocturnos paseos en los que tanto se *amaba* aprovechando la escasez del alumbrado, la tolerancia de las mamás que permitían á sus niñas pasear con las amigas, en tanto que ellas, tomaban el relente sentadas debajo de una espinera, y, la dificultad de dar un paso, por la excesiva concurrencia, desaparecieron para no volver, llevándose consigo la giraldilla, que ya no se baila en paseos y romerías, por impedirlo, tal vez el exceso de polisón, y el poco vuelo de los vestidos que unido todo al bajo precio alcanzado por los guantes y otros aditamentos de la

moda femenil, han nivelado demasiado pronto todas las clases sociales matando aquella democracia ovetense, que en el día ya nadie conoce, á pesar de lo que se diga en contrario por los que se titulan políticos avanzados.

Actualmente la giraldilla se baila en algunos bárrios como el Campo de los Patos, las Dueñas y otros, aprovechando las noches de los días festivos, si el tiempo no lo impide; pero, se ha maleado tanto, que ni los *virusos* — como llaman las artesanas á los señoritos — pueden tomar parte en ella, ni los mozos de otros bárrios pueden permitirse este placer, por que su atrevimiento sería causa suficiente para que el baile termino como el *rosario de la Aurora*, si es que antes una *filoxera* colosal de esas que son percibidas por todos, menos por la policía, no dió al traste con el rato de esparcimiento, difundiendo el terror entre niñas sensibles y *jóvenes prudentes*; pues estos *milagros* y oostos mayores hace el alcohol ayudado por los *hierros* de Albacete, en esta culta ciudad, modelo en otros tiempos de sensatez y de cordura.





JOSÉ LÓPEZ DÓRIGA.

SILUETAS

	<u>Páginas</u>
I El Campo de los Patos.	97
II Los chigres.,	101
III Los caños de Regla	107
IV El club venatorio de la calle de Jesús..	111
V El Campo de la Lana.	117
VI Los Trascorrales	123
VII Las casas de vecindad.. . . .	129
VIII El prado Picón.	133
IX La Fontica.	139
X La procesión de la parroquia. . .	145
XI La romería de la Candelera. . .	151
XII La fuente de los Teatinos. . . .	155
X'II El bollo de la Magdalena. . . .	159
XIV Los jardines de San Juan y de San Pedro.	163
XV El miércoles de Pumarín. . . .	169
XVI La giraldilla.	175



91-B/7045

